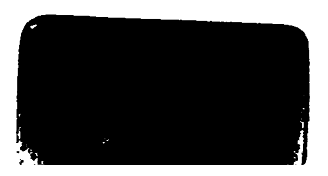
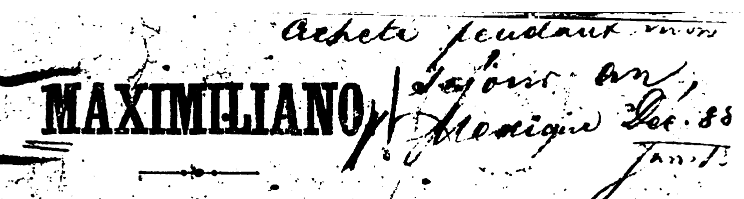






MAXIMILIANO

GRECIA Y EL ASIA MENOR

VERSION CASTELLANA

POR

Eduardo A. Gibbon.

TRADUCTOR

De las Memorias del Príncipe Salm-Salm, sobre "Querétaro y Maximiliano, etc., etc."

MEXICO.

IMPRENTA DE LA "VOZ DE MEXICO."

ESCALERILLAS NUMERO 21.

1873.


GRAN

PROLOGO

DEL TRADUCTOR.

"Tarda mas el cuerpo en descomponerse, que la memoria del muerto en borrarse."— MAXIMILIANO.

Cuatro años hace desde que los señores Linares y Mendez, nos dieron á conocer en México, por medio de una version castellana, las memorias del infortunado príncipe Hapsburgo, cuyo adverso destino le hizo cambiar las risueñas playas del bello Miramar, para encontrar en el lejano cerro de las Campanas un cadalso por trono. Con la lectura de este admirable libro, se comprendió mejor entre los mexicanos al hombre que por tan

breve tiempo rigió nuestros destinos. Sí, en estos recuerdos íntimos de su vida, se nos reveló el poeta, el clásico y el artista, y muchos corazones (aun de sus enemigos) han vibrado llenos de entusiasmo con las mágicas páginas del que al describir lo mas grandioso de la naturaleza y de la vida, nos hace sentir; y al dilatar el pensamiento humano, nos conmueve profundamente. Mas para acabar de formarnos un juicio completo de Maximiliano, nos falta conocer su primera obra. El traductor frances de sus memorias, á propósito de ésta, nos dice lo siguiente: "De sentirse es que no haya sido comprendido en estas memorias el primer escrito de Maximiliano, la relacion de su viaje á Grecia y al Asia-Menor, que tan profundos y bellos recuerdos le han dejado.

México, igualmente se lamenta de la falta de esta obra, mas hoy esperamos llenar este vacío presentando á nuestra culta sociedad una version, hasta donde se ha podido, literal, de uno de los mas bellos como interesantes escritos que se conocen sobre esa joya deslumbradora del pasado que le llamamos Grecia.

Cuando el jóven archiduque escribió esta obra no contaba mas que diez y ocho años. Hacia un viaje de placer acompañado del príncipe Cárlos Luis su hermano. Sus compañeros de

viaje eran: el príncipe Jablonowsty, [desde entónces muerto] el conde de Coudenhove (coronel del ejército) el baron Koller, el cronista Kaltenbeck [célebre escritor), y el doctor Fritsch, facultativo especial del emperador de Austria.

El "Vulcano," corbeta de guerra puesta á las órdenes de los príncipes, y mandado por él entónces capitan Julio Vissiak, actual Vice-Almirante y comandante de la marina, fué el que les condujo de sus lares á las encantadas y lejanas playas de la Grecia y del Asia Menor.

La presente obra habia quedado inédita, pues su autor por modestia, no habia querido darla á luz, creyendo que no era digna de ella. Cuando se publicó más tarde en Austria, fué solo con el objeto de darla á conocer en la corte, y para los parientes del príncipe. Despues se hizo una edicion en Inglaterra, de la que hemos hecho la presente version castellana, convencidos de que con ésto obsequiamos los deseos más ardientes de los inumerables admiradores del carácter y elevado talento del autor. Inútil seria dar nuestro humilde juicio sobre una obra que se recomienda por sí sola. En ella admiramos los más hermosos cuadros, los elevados pensamientos filosóficos, la perfecta metáfora y el bello conjunto que irresistible-

mente arrebatada al lector como un hermoso sueño del que no quisiera despertar. Mas al llegar á sus finales páginas siente uno el no poderlas alargar, cuando ellas nos revelan la grande alma y la preclara inteligencia del que las escribió. "El estilo es el hombre," nos ha dicho con verdad un célebre escritor. En la presente obra vemos corroborado esto, y no podemos ménos de decirnos: he aquí el espíritu Maximiliano, cuyo cadáver yerto, yace en la tumba helada bajo las solitarias y parduzcas bóbedas de las capuchinas de Viena......

A su regreso de este viaje, el jóven príncipe entró á la hermosa carrera de la marina en la que tanto se distinguió; probando su inteligencia como comandante en gefe en la célebre batalla y sitio de Lissa. Su amor al Oceano se deja ver á cada instante, de tal manera que entre sus aforismos nos ha dejado el siguiente: "En la vida del "mar nunca entra el fastidio, porque el mar pre- "senta siempre imágenes nuevas y nuevo interes."

Lo que pasó mas tarde, está ya grabado en las páginas de la severa historia. Las generaciones del porvenir juzgarán debidamente, y le harán justicia á esta grande como infortunada figura, cuando el agitado mar de las pasiones políticas

entre de nuevo en calma. Mas entretanto nosotros no podemos ménos de exclamar juntos con él:—

Vivió para morir,
Murió para vivir.

México, Agosto 12 de 1873.—

AL VUELO.

CAPITULO I.

TRIESTE.

La vista más hermosa de Trieste, incontestablemente, es la que se descubre desde el obelisco de Optschina. El viajero camina por algunas horas á través de los pedruscos y desiertos terrenos de los Karstes, adonde parece estar estacionada una pesada maldicion; las rocas forman unas figu-

ras pardas, que á la imaginacion aparecen ruinas de casas y de aldeas; arbustos secos tienden en sus ramas, y ninguna señal de vida alegra la vista del viajero. Una atmósfera de duda y de misterio se esparce sobre los Karstes, hasta que al fin, despues de un largo viaje, el fatigado viajero se aviva con la vista del obelisco, fijo allí como una imágen de esperanza. Aunque es toda el valle de lágrimas, sin embargo, es noble, brillante y vigoroso; al postillon se le acelera con impaciencia, el último y corto ascenso al obelisco se completa con prontitud, y despues el cuadro de lo infinito yace tendido á las piés del viajero encantado, cuyo placer es mayor, por el contraste que forma el mar muerto de piedras debajo de ellos.

Más allá resplandece el animado mar, adonde las ondulantes velas brillan como cisnes en el agua, y las fructíferas playas en forma de terrados adornados con hermosas quintas, lo rodean en semicírculo. A la extremidad de todo, se deja ver la bulliciosa ciudad con sus caminos esparciéndose como un mapa, llenos de vida y movimiento.

La perspectiva de Optschina es ciertamente una de las más hermosas del mundo. Un camino excelente con una ligera tortuosidad, conduce abajo de la montaña; entre viñas y quintas de

campo y se percibe con una alegría que aumenta mas y mas; rápidas vistas del hermoso mar, un presentimiento del Sur. Siente uno que es Italia? La ciudad de por sí es nueva, y tiene el aspecto de una ciudad comercial. Los edificios son grandes, macizos y aseados, pero la arquitectectura es pobre. Las calles son de una uniformidad cansada, y tan parecidas las unas á las otras, que no tienen interes.

Bajo el punto de vista histórico ofrecen poco de notable; solo en los alrededores de la catedral, la que está erigida en una eminencia, se encuentran algunas antigüedades romanas y cristianas, pero estas no son de mayor inportancia.

Naturalmente todo extrangero en Trieste, procura vivir en el muelle; por consiguiente, nos fuimos al Hotel Nacional, que tiene vista al mar y es una de las mejores casas de hospedaje que conozco. Como ya habiamos visitado á Trieste ántes, no nos molestamos con las llamadas curiocidades, pero teniamos deseos de estudiar la vida durante nuestra corta permanencia, y hallamos lo bastante para interesarnos. Despues de un excelente «lunch» de pescado fresco del mar, nos condujeron á un almacen chino ricamente abastecido y de cuyas bodegas el buque "Wellinton", debia ser cargado.

A bordo de este buque habia muchos marineros chinos é indios; debia salir del puerto al siguiente dia y regresar á Lóndres; nos embarcamos en un bote y fuimos á bordo á verlos.

Despues de habernos hecho comprender lo mejor que pudimos con los marineros ingleses, nos subimos por una escala real hasta la proa, y nos figuramos estar entre una coleccion de pinturas "Vieuxlac," tan enteramente estábamos transplantados en el mundo chino.

Nos hallábamos rodeadas por hombres mal formados, de mediana estatura, de amarillenta y pálida tez, los huesos de la cara muy salidos, las narices redondas, los los ojos sesgados y unas trenzas negras de algudos piés de largo y que pendian del centro de sus rapadas cabezas; sus vestidos consistian en un saco de un especie de género "*Spencer*," y unos anchos calzones del mismo descolorido material. Unos cuantos llevaban un especie de quitasol hecho de cañas; el cuello y los piés los tenian desnudos; eran marineros. Parecian rústicos pero de buena índole; sus fisonomías hubieran sido tristes y graves, si sus negros y perspicaces ojos no hubieran brillado en ellas.

Esta gente era entre sí amable aunque maliciosa, y no parecian tener el más mínimo embarazo. A cierta distancia estaban varios indivi-

duos pequeñitos, de aspecto tímido, enjutos y débiles, de fisonomías oscuras, lustrosas y abrillantadas, pero de facciones más nobles, que revelaban sin embargo, desconfianza, con el cabello negro y los ojos centellantes. Con excepcion de sus cabezas cubiertas con turbantes, estaban vestidos lo mismo que los chinos; su expresion era fanática y triste, sus maneras urañas y sérias. Esta era la tripulacion india, mas tres ó cuatro europeos, y estaba completa. Un capitan inglés mandaba.

El modo inculto y las desatenciones de los indios formaban un contraste grande con la amabilidad y buena voluntad de los chinos. Al principio parecia que el capitan no queria ocuparse de nosotros; pero despues de un rato dába alguna respuesta de vez en cuando á nuestra observaciones.

Inspeccionamos las partes inherentes del buque y observamos á los chinos é indios en sus variadas posturas. Algunos estaban sentados con las piernas cruzadas, otros se hallaban tendidos á pierna suelta, otros estaban agrupados al rededor del fuego de las galeras, en una masa confusa, encendiendo sus cortas pipas en el rescoldo.

Es preciso decir que los chinos son fieles á la

naturaleza en las representaciones que de sí mismos nos dan; cada una de sus posturas y facciones ya nos eran conocidas por las colgaduras y biombos que adornan nuestros "boudoirs" europeos. Casi nos podiamos imaginar que cargaban pagódas sobre sus cabezas inmóviles, al ver sus atenuados miembros, y sus largas y magestuosas trenzas. A estos últimos apéndices, aunque prohibidos por los europeos, los adoradores de Confucio parecen darles gran valor. Tan largas son estas trenzas que durante el trabajo se las enroscan alrededor del pescuezo y del cuerpo. Las edades de estas gentes aparecian ser entre treinta y cuarenta; su sistema muscular era sumamente fuerte y tosco, é inclinándose á la obesidad.

Uno de entre ellos, q ue se habia mostrado en extremo amable, y que frecuentemente se habia sonreido de un modo ca r iñoso y directamente con nosotros, hablaba un mal inglés. Le preguntamos que si no tenia algo que vender de los productos de su país, y luego nos trajo un rollo de palitos que, segun nos dió á entender por señas, se quemaban durante el rezo. Cuando los prendimos en casa ardieron por largo tiempo y tenian un aroma muy agradable.

Entre los indios, dos especialmente nos interesaron;—un anciano con una hermosa y blanca bar-

ba, nariz prominente, lábios gruesos y unos ojos medio cerrados y soñolientos. Tenia amarrado un turbante blanco alrededor de su pequeña cabeza que servia de buen contraste á su oscura tez. Su fisonomía me trajo á la memoria un camello cargado y soñoliento.

El segundo de estos era un hombre más jóven, pequeño y oscuro, de una contextura flexible; su brillante y rizado cabello, tenia un color negro; sus facciones eran nobles y hermosas; su tez brillante, y en sus negros ojos centellaba un fuego melancólico. Su expresion á veces repugnaba á veces atraia, tal cual se ve en los jitanos, húngaros y judios. A nuestra salida repartimos entre los Asiáticos algunas monedas de plata, lo que al parecer produjo muy buena impresion, pues al desprendernos del costado del buque los amables chinos sacaron la cabeza fuera de las ventanillas y nos saludaron de la manera más cordial.

Algunos dias despues de esto, tuve el placer en un hermoso dia de nadar por vez primera en el mar. Aquel que ha luchado para tenerse á flote en agua estancada y que se ha esforzado como un travieso perro, se siente encantado sostenido por el salado mar como un cisne en las azuladas aguas. El sol, tambien brilla tan delciosamente en la magnífica bahía, que es un placer el

bañarse en estas aguas. Despues de salir del baño sintiéndonos fortalecidos, pescamos por algun tiempo en el abundante mar, y sacamos ostiones los que inmediatamente devoramos. En seguida nos entregamos á una ccupacion no tan agradable como la última, pero sin embargo muy digna de notarse.

Un buzo debia descender á las profundidades del mar ante nuestra vista. Era un momento terrible, y á haber sabido más ántes como se verificaba esto, nunca hubiéramos deseado presenciarlo. Subimos al buque donde se hallaba el pobre buso,—el único entre 8,000 hombres que tenia el valor de seguir este oficio.

Ya estaba sentado en un banco, vestido con un traje de goma elástica, tenia un casco de fierro pesado é impermeable sobre los hombros, el que atornillaron sobre la orilla de su vestido de fierro. En este casco que le cubria la cabeza habia dos agujeros con sus vidrios para los ojos, tras de cuya hendedura estaba fijado un tubo de goma, con el objeto de conducir el aire, por medio de una bomba. El traje en sí es espantoso; está todo tan apretado y tan atornillado, que da la idea de sofocacion.

Una vez todo dispuesto, echaron una pesada an-

ola á las profundas aguas, á la que debia el buzo amarrar un cable al llegar al fondo. Ciertamente era esto mas prosáico que si hubiera sacado las "Copas de oro" del Oceano, sin embargo no era menos el peligro. El hermoso jóven de Schiller se vió obligado á arrojar la capa y el cinto; mas á éste pobre jóven grandes pesos le eran colgados para mantenerlo abajo del agua, y sin que los brillantes ojos de una divina princesa le inspirasen; descendió por una escala real, y desapareció en las aguas. Solo lo círculos que en el mar se dilataban mas y mas, mostraban el lugar donde se habia sumergido.

Por muchísimo tiempo no dió señal alguna. Para nosotros fué un tiempo doloroso y terrible, habiéndose apoderado de nosotros la idea que este pobre hombre podia ser un sacrificio á nuestra curiosidad. A no haberme sentido avergonzado delante de aquellas personas que estaban acostumbradas á ver este espectáculo, les hubiera suplicado que hubieran hecho volver á este hombre de su peligrosa empresa. Cuando nuestra ansiedad hubo llegado á su colmo, por fin dió señales de haber terminado su tarea. Las máquinas fueron puestas en movimiento y subieron otra vez al cargado héroe,—y muy pronto le desembaraza-

ron de su pesado trajo. Estaba bastante fatigado y exhausto.

Nos confesó que cada vez le causaba una lucha el entregarse al mar, especialmente la primera ocasion, el ímpetu de la corriente del aire en el casco de metal, le habia sido terrible. En una ocasion, se enfermó en el fondo del mar, pero pudo mediante una señal, el dar á conocer su estado; sin embargo siempre está espuesto á muchos peligros, el calor puede causarle apoplegía. Si la bomba se trabaja con demasiada violencia, y se deja entrar demasiado aire, le sofocan. Lo mismo sucede si se le mete el agua por el casco. Los que dirigian esto, me confesaron que ninguno de ellos correría el riesgo. Desde luego se los creí, y me admiraba mas que nunca del valor del buzo.

Este es uno de los marinos imperiales, y se llama "Nichola Rendick», tenia facciones nobles, pero enfermisas y tristes, y es de un cuerpo hermoso aunque delgado.

La aparicion en el mar de una "Fata Morgana" espectáculo que de mucho tiempo atras habia deseado, tocó á mi ventura presenciarlo una mañana en Trieste; aunque no es fenómeno muy frecuente en este puerto. Despues del almuerzo habiamos salido al balcon desde donde gozamos de la vista que teniamos delante. Amilrar há-

cia el horizonte me imaginaba ver un segundo cuerpo de agua; del otro lado habia buques veleros flotantes, pero volteados al reves, y playas que no se veian ántes, parecian extenderse ante nuestros ojos— era la vista mágica de un mar doble en cuya division se hallaban representados los más variados objetos.

La más hermosa luz del sol bañaba la escena que duró lo suficiente, para que la contemplasemos despacio. Al fin, el cuadro se desvaneció como un hermoso sueño en el azulado éter. Solo permanecimos en Trieste medio dia más, y despues en una mañana deliciosa surcamos las aguas del Adriático á bordo del magnífico vapor «Vulcano» navegando hácia las costas de la hermosa Grecia.

Mis sentimientos al desvanecerse de nuestra vista la bahía, eran los de un conquistador, pues en ese momento mi mas ardiente deseo se cumplia. Teniamos mil planes y esperanzas en la mente, de suerte que esta separacion fué una de las mas alegres que he experimentado.

CAPITULO II.

EL PRIMER DIA EN TIERRA GRIEGA.

Setiembre 8 de 1856.

Cosa de las cinco de la mañana, subí á la popa y casi me sentí anonadado con la magnífica prespectiva que ante mi vista se presentó.

En sonrosados contornos se estendia el golfo de Patras tal cual se vé en el crepúsculo matutino. Las montañas del Peloponéso y las peñascosas cumbres de Rumelia brillaban con el reflejo de los nacientes rayos del sol, una semi-oscuridad misteriosa cubria las playas del tranquilo verde-azul mar. Hácia el poniente el abovedado cielo

se perdia hasta una distancia infinita, el colorido era fuerte y variado, desde el azul oscuro de las lejanas montañas hasta el mas brillante color de rosa y encarnado de las resplandecientes rocas. Se considera que una mañana en los Alpes, es una de las cosas mas hermosas de la naturaleza; yo la he visto y ciertamente que es un espectáculo grandioso; pero la magnificencia y gloria del Sur no tiene rival, y las sutíles nieblas de los valles no igualan la mágia del mar.

A nuestra izquierda avistamos á Missolonghi, adonde los fieles griegos han colocado un monumento á Lord Byron. Allí murió armado para combatir por la libertad del país cuyos hechizos ha cantado en versos inmortales. Frente á nosotros, cubierta por densas sombras estaba Patras, á su izquierda la bahía de Lepanto, adonde la ondulacion del naciente dia se trasforma en una banda de plata. Repentinamente, y en direccion á Corinto, se presentó el sol, regocijándose la naturaleza en su nueva vida.

A penas, sin embargo, habiamos visto á los dorados rayos jugando sobre las olas cuando la velocidad de nuestro buque de vapor puso á las elevadas montañas de Patras entre nosotros y él; y despues le vimos otra vez, permaneciendo fiel con nosotros, y regocijándonos con su poder]me-

ridiana. Vimos otra vez á la ciudad rodeada de verdes y hermosas viñas coronadas por las ruinas de una fortaleza veneciana; sus largas pero no muy anchas masas de casas se extienden á lo largo de los caminos.

Como que no habiamos desembarcado desde que salimos de Pola, nos sorprendió repentinamente el Sur. La vereda de la estéril montaña haciendo más risueña la playa. Pronto fué rodeado el buque por pequeñas embarcaciones pescadoras, llenas de curiosos griegos que observaban á los recien llegados, estaban estos vestidos con un *fustan* blanco, y unas gorras muy artísticas. Los botecitos con sus velas triangulares surcaban como cisnes las verdes y trasparentes aguas. Como habiamos anclado á cosa de doscientas varas de la ciudad, varios emisarios se presentaron con la peticion de que les dejásemos visitar el buque, lo que, sin embargo, no se verificó, primero: porque no teniamos «práctico» y segundo porque bajo ciertas circunstancias tales visitas no son convenientes. Despues de haber fondeado al agua el ancla, que era lo primero que tocó terreno Griego, pudimos contemplar la ciudad y su tráfico desde lejos.

Hacia un dia en el estremo hermoso tal cual podia desear para ver por vez primera una tierra

que con avidez se ha buscado y el placer que solo es conocido al viajero cuando logra el objeto de sus deseos, se apoderó de mí. La prespectiva esterior de la ciudad tiene un aspecto italiano, las casas están fabricadas en masa irregular y pintoresca, y la frondosa viña trepaba por todas las paredes.

Patras, está situado al pié de una colina que conduce á las altas montañas. Las casas llegan hasta el mar. En su antigüedad no es notable. Con escepcion de uno ó dos sarcófagos, encierra pocas reliquias interesantes. Mientras estaba bajo el yugo veneciano, era de importancia por sus fortalezas; pero en la historia de la Grecia moderna, jamas será olvidada, porque los claustros de Megasderion cerca de la ciudad fueron la cuna de la naciente Grecia. Aquí se proclamó sagrada por el arzobispo la guerra contra los incrédulos, y aquí se levantó el estandarte de la cruz blanca.

Por el número de sus habitantes y por su comercio, cuyo artículo principal son las pasas de Corinto, Patras es uno de los lugares más importantes de la Grecia. Su circunferencia se aumenta diariamente.

Como que era domingo encontramos á todos los ciudadanos paseándose con sus bonitos trajes.

Vimos á centenares de griegos con sus «fustanes» blancos yendo por el muelle al sonido de la campana que llamaba á misa. El número de botes aumentaba en derredor nuestro á cada minuto; recostados en estos se hallaban los hermosos hijos del país—los soldados vestidos de azul con anchos calzones de género «Spencer» bordados de plata, ceñidores angostos y encarnados envueltos con gracia, polainas adornadas de azul y zapatos colorados. Las facciones de los griegos son nobes; sus cabezas ergüidas sobre los hombros, y su magníficas figuras se hacen más notables por su buen porte.

Despues de que fué enviado al cónsul un mensagero de nuestro buque, repentinamente nuestro querido estandarte austriaco fué desplegado de un edificio cerca del mar; pronto igualmente nos trajo un bote griego al «practico,» y finalmente el nuestro regresó con el cónsul

Este era un italiano delgado, cuyo alto y blanco sombrero bien podia como él contar algunos años. Unos emchones de pelo cano colgaban de su cabeza; su aguda nariz casi le tocaba á la barba, solo el pasado podia contar sus dientes, su largo pescuezo estaba envuelto por un corbatin blanco asemejándose á un pañuelo, y su erguido cuerpo se hallaba ocultado por un frac verde, diplomático,

cuyas faldas mostraban la importancia de su puesto.

De todo esto inferimos que era muy adicto á la Austria y que trataba de divertir á los austriacos con tada clase de festejos. Le invitamos á almorzar: durante el almuerzo nos contó que habia sido oficial en el ejército austriaco y que habia servido á las órdenes de Haynau y de Radetzky, mas tarde habia tomade parte en la guerra con Hibraim Pachá; despues habia viajado hasta Nubia, y finalmente se habia venido como cónsul á Patras, adonde tenia ya diez y ocho años de residencia.

Miéntras estaba distraido en una conversacion animada se le podia haber tomado por un "Improvisatore" italiano. Recientemente habia tenido oportunidad de exhibir su talento diplomático. Varios desterrados italianos y húngaros se habian reunido en Patras; al principio le trataron con algun desprecio; pero despues le asaltaron con solicitudes para su gobierno, con el fin de que les dejasen regresar á sus lares. Dos de nuestra comitiva le acompañaron despues del almuerzo á su lancha. Como envidiamos á los que tan pronto iban á pisar la afamada tierra, miéntras que nosotros en este dia encantador, teniamos que esperarnos hasta la tarde!

Los señores prometieron volver por nosotros muy pronto, como igualmente traernos algunas de las deliciosas uvas é higos madurados bajo la influencia del sol de Grecia. El profesor G. empleó el tiempo dibujando desde la popa del buque una vista del panorama del Golfo. Como todo lo que dibujaba le salió muy bien. Los demas hablaron de los futuros viajes, que ibamos á emprender, contemplaban con admiracion el espectáculo de la naturaleza que constantemente variaba, observaban las lanchas que iban y venian, y escribiamos en nuestros diarios.

Una pequeña embarcacion rondaba en rededor nuestro, y llevaba músicos que entonaban armoniosas canciones.

Mas no obstante todo esto, el tiempo se nos hacia muy largo antes de que hubiesemos apercibido el bote del consul. Echamos de ver por el semblante alegre y las animadas descripciones de nuestros amigos, cuan satisfechos estaban de su espedicion. Desgraciadamente nos detuvimos mas á bordo á consecuencia de un contratista que el cónsul habia traido consigo y con quien firmamos un contrato tocante á nuestro viaje por tierra á Corinto y á Nauplia.

Al fin á la una y media ya estábamos á flote, y todos aquellos que tenian piés y manos salta-

ron al bote del «Vulcano.» Alegremente dirigimos nuestro curso á tierra por entre pintorescos buques mercantes. Un encanto exquisito se apoderó de mí al poner el pié por vez primera en suelo griego. No hacia más de una semana desde que me habia despedido de mis antiguos amigos en Stephensthurm, con risas y regocijo, y ahora heme aquí gracias á ese admirable poder mecánico, el vapor, triunfo de las edades modernas, traslado á esa tierra, que sobre todas, pertenece al pasado.

La velocidad del pasaje fué como cosa de mágia. Nos encontrabamos en las abiertas llanuras de Patras rodeados de objetos que solo puedo describir con débiles sombras. A la entrada de un café, estaba sentado un grupo de opulentos griegos, con deslumbrantes "fustanes» y anchos cal zones azul oscuros, y fumando sus pipas; otros estaban parados cerca y se divertian jugando con sus cadenas de cuentas, que parecen rosarios y que las incansables manos de los griegos jamas dejan.

Mas allá un hijo de las montañas, vestido con un "fez" blanco, arrea una manada de caballos y de burros, cuya única tarea es traer en canastos y sacos las dulces uvas de las elevadas colinas. Aquí un desordenado grupo de aldeanos en traje

de fiesta, exponen la fruta para la venta; por otro lado un grupo de bulliciosas criaturas saltan en rededor de un sacerdote de cabeza blanca y oscilante barba. Mas allá una banda de alegres soldados atraviesan por entre la multitud, marchando con pasos mesurados.

Estos cuadros estaban realzados por los edificios más variados. Algunos de estos eran notables por su aspecto aseado y bonita pintura. Pertenecen á ricos comerciantes, quienes duermen la siesta tras de verdes "persianas." Habia otros edificios de una apariencia más pobre, y estos eran de madera. Debajo de las casas habia portales, sostenidos por columnas de madera; dentro de estos habia unas barracas ricamente pintadas, adonde, segun la costumbre del país, se expendian artículos de todas clases; los más curiosos eran las armas antiguas, y las imágenes de santos de madera, de los que compré algunos.

Las calles en lo que cabe son anchas, pero de subidas y bajadas y los embanquetados de piedra ofrecen poca comodidad á los piés, sobre aquellos hay pequeñas corrientes de agua que forman cascaditas. Aquí y allí se encuentra uno en un lugar en medio del cual hay generalmente unos cuantos árboles con un pozo oriental. Al rededor de éste se agrupan las mujeres segun la usan-

za de aquellos de que hace mencion el Antiguo Testamento, cargando sus anforas de barro. A dos de estos lugares se les llama: "La liga del Rey".

A instancias mias nos fuimos á un jardin en una altura. Anduvimos por unos senderos ásperos, pasamos por unas chozas en ruinas construidas de madera podrida unidas por las trabas del ramaje de la viña. Cuando llegamos al fin nos pasmamos con la sorprendente vista del golfo. A nuestros piés teniamos á la ciudad; los buques parecian como si estuvieran sobre un espejo, coronado por la cadena de la verdosa montaña del Parnáso.

Estábamos de pié en un terrado plano debajo del cual profundas cavernas escavadas en tiempos pasados en la montaña, servian como albergues á los coyotes. Un grupo de magníficas higueras crecia entre serpeantes calabazas; las uvas estaban tiradas por el suelo, y el sol las estaba secando, convirtiéndolas en esas dulces pasas de tan grande importancia al arte de cocina en el Norte.

Así es como crece y se propaga, en varios paises lo que agrada al paladar, pero cuando tomamos el dulce manjar, no pensamos en su orígen, ni en su viaje á nuestros lejanos lares.

A las pasas aquí, no se les considera con tanta

importancia como en nuestras cocinas, las echan en canastos poco aseados, en monton, mezcladas con el polvo de la tierra; se cargan sobre numerosos burros que jimen bajo la pesada carga, las traen al camino real adonde á pisotones se les empaqueta en barriles, y las embarcan para el Poniente.

Este jardin encantador está cercado por una pared por cuyas puertas en forma de arcos, entramos, y nos encontramos en un perfecto palacio de viñas, que estaba atravesado por hermosas y sombrias calzadas. Unas columnas de piedra sostienen las serpeantes enredaderas. Unas varillas de palo forman el esqueleto de un espeso techado de viñas, por entre el cual solo aquí y allí asoma el azulado cielo. Miles de uvas cuelgan de los ligeros arcos, de unas dimensiones tal cual se leen en las fábulas.

Las pilastras de la cúpula formada de hojas descansaban sobre bajas paredes que de un lado terminaban en un pequeño cenador. El piso de la ancha y sombría calzada frente á este, estaba cubierto con grandes losas de mármol, y en una de las bancas de piedra que estaban al rededor descansaban dos jardineros acostados en pintorescas posturas, y sobre unas pieles muy suaves.

Para completar el bello idilio habia en el

centro un pozo hondo cristalino, adonde se reflejaba lo verde del toldo de hojas, y el azul del cielo. En las orillas de este estaban dos palomas blancas bebiendo el agua. En el suelo habia tirada una fruta azul, la que tomamos por ciruelas; pero era, sin embargo, la fruta que se habia caido de los fabulosos y enormes racimos de las uvas, que habiamos probado con tanto placer.

Ahora nos paseamos por entre la parte más frondosa que se cruza por hermosas grutas de naranjos. Pero ay! la fruta con la que estos magníficos árboles estaba sobrecargada, no estaba aun madura. Las plantas que entre nosotros las encontramos en los invernáculos de cristales, crecían aquí con variedad pintoresca; tambien el modo como están plantados, está variado de una manera agradable. Se imagina uno que está vagando en el Paraiso. Vegetacion igual á esta jamas la habia visto, frutas como estas jamas las habia probado.

El encanto de estos bellos jardines se hallaba aumentado más por la vista del mar. El cónsul se mostró en alto grado satisfecho con nuestra admiracion y simpatizó con ella. Rara vez en el curso de diez y ocho años habia enseñado los prodigios de este vecindario á viajeros que los apreciasen como nosotros. En esa ocasion de

nuevo se hallaba entre sus iguales—en medio de hombres civilizados.

Al fin regresamos por calles habitadas, y le hicimos una visita á la esposa del cónsul, en el consulado de Austria. Es una señora de Venecia, muy política, elegante y de media edad, y habla el frances bien. Nos trajeron á su sala bastante desarreglada por cierto, algunos ceñidores bordados de oro y plata, adonde llevan las gentes sus armas, pues deseaban comprarme una.

Despues de que nos hubo invitado la señora para esa noche, nos llevamos al consul á comer á bordo de nuestro buque en un bote perteneciente al "Vulcano." Estábamos tan oprimidos como camarones en nuestro gran camarote de popa, que el calor hacia aun más desagradable.

Despues de la comida el buen anciano nos llevó á un concierto que debia ser dirigido por un batallon irregular de infantería griega, frente de los mencionados jardines y en donde la gente del lugar debia reunirse con sus ricos trajes.

Ya distinguiamos bien desde el buque el "fustan" blanco y oimos los sonidos que alegremente nos llamaban allí. La siesta habia pasado, mujeres hermosas con ricas y largas cabelleras y preciosos trajes se dejaban ver en los balcones al tiempo que pasabamos.

Tambien por las calles encontramos á las señoras las mas encantadoras de Patras, descansando en el brazo de hombres de hermoso aspecto é importancia, pero que desgraciadamente ya iban de vuelta á su casa. Adelantamos el paso y encontramos un círculo de gente bastante grande acumulado al rededor de la banda de música, la que en esos momentos no estaba tocando y presentaba un aspecto bastante pobre. El golpe de vista de esta gente, entre la cual no se encuentra division de clases, era interesante. Todos son hermanos de un mismo tronco, que habiendo antiguamente desfallecido bajo el mismo yugo, ahora le han hecho á un lado. La simpatía en la felicidad y en la desgracia, es la causa de su semejanza.

En todas partes, cuando una nacion está subyugada por otra, esta semejanza entre los oprimidos se encuentra, al ménos en la unanimidad de sus sentimientos tocante al opresor. Todos luchan con el mismo objeto, es decir, la libertad, y en medio de la lucha se olvidan de su individualidad. Solo aquellas familias cuyos padres han combatido con peculiar distincion en la guerra de independencia, tienen un rango más alto.

Despues de nuestra llegada, la banda tocó otra pieza, y despues todo el mundo se dispersó. El

sol habia desaparecido tras la más alta cumbre de Rumelia. El crepúsculo apénas duró un cuarto de hora, por consiguiente nos fuimos en derechura á la casa del cónsul—ántes de que empezase la oscuridad. Su esposa nos recibió rodeada de sus hijos. Nos entretuvimos lo mejor que pudimos, y un poco más tarde llegó el maestro de música de la casa, vestido con el traje nacional, acompañado de su jóven y encantadora esposa.

La señora del cónsul probablemente la invitó para enseñarnos una de los mejores modelos de las hermosas hijas de la Grecia.

Esta criatura hermosa que estaba sentada á mi lado, hablaba poco, y solo en su idioma. Su esposo tocó algunas de nuestras más antiguas melodías con bastante ejecucion. Mas despues, la niña de once abriles de la casa, tocó a toda prisa una piecesita demasiado estudiada. Siempre he tenido horror á las producciones de criaturas precoces, especialmente cuando están sus madres presentes, pues tiene uno que poner una cara risueña.

Poco á poco se fué llenando el cuarto con todas las personas de rango que habia en la ciudad, y entre ellas el cónsul francés, quien por su apariencia, podiásele haber tomado por un portero. Tomamos el té ese lazo de union en toda socie-

dad del siglo XIX, y ademas una bebida nacional atroz, compuesta de calabazas machacadas fué ofrecida en derredor. Nuestro huesped ofreció á los señores unas pipas largas que una vez fumadas, le inducimos despues de varias importunidades á que condujese á las señoras y niños á un baile nacional, que nos pareció muy triste y uniforme. Dimos las gracias sinceramente á nuestro huesped, y regresamos al "Vulcano" con la espléndida luz de las estrellas.

CAPITULO III.

UN VIAJE POR

TIERRA EN GRECIA.

~

El contrato con la persona que debia dirigir nuestro viaje por Grecia estaba concluido. Nuestro buque debia volver á reunirse con nosotros en Nauplia, y comenzamos nuestra marcha por tierra en una mañana de las más espléndidas.

Dejamos á bordo á toda nuestra servidumbre con excepcion de un hombre. Igualmente redujimos nuestro equipaje á las cosas más necesa-

rias. A causa de las fatigas del camino, nos habiamos vestido con los trajes más singulares, y cuando nos reunimos para entrar al bote, el espectador bien podia haberse figurado que eramos una comparsa de cómicos de la legua, á punto de partir á sus viajes. Algunos tenian bota fuerte, otros se habian ligado sus blusas con cinturones, y estaban armados con mazas, dagas y armas de fuego para los ladrones, y paraguas para el sol.

El autor de este diario sacó un paraguas chino hecho de un material sumamente ligero y que no obstante la burla de sus compañeros le sirvió de buena ayuda. Para el caso de mal tiempo, habiamos ya conseguido en Trieste unos capotes marinos de "Istriar» de un cuero color de chocolate y provistos de capuchas. Los caballos nos aguardaban frente á la casa del cónsul, el cual nos recibió en los escalones de enfrente, en *négligé* de mañana. Solo unas cuantas de las bestias y sus arneses podian sufrir inspeccion. Los pobres caballitos estaban en un estado de flacura espantoso, y los arneses eran una aglomeracion de cadenas, cuerdas y pedazos de cuero.

El contratista, á quien llamaremos Demetry, estaba sumamente ocupado en repartir las béstias entre los ecuestres, y al mismo tiempo ala-

baba de las cualidades de estos con exajeracion, en lo que el cónsul cuyos conocimientos ecuestres me parecian pobres le sostenia con ardor; las bestias de carga estaban de tal manera cargadas de provisiones de todas clases que casi desaparecian ante nuestra vista.

A las siete menos cuarto se puso en marcha la procesion escoltada para mayor seguridad por los gendarmes de la ciudad de Patras. Al principio pasamos por entre los fructíferos cerros cubiertos de viñas que se desprendian tras de la ciudad, y por lijeras pendientes; por todas partes se veía á la gente ocupada en las cosechas de uva. A lo largo del camino estaban fabricadas unas chozas de palma con el objeto de cubrir la fruta. Me sorprendí de encontrar en las alturas, entre las uvas, naranjas, manzanas, y grupos de cañas de una altura poco comun.

La prespectiva del azulado golfo y de las montañas de Rumelia, era encantadora; una tranquilidad mágica descansaba sobre el paisaje, y todo brillaba con el ambiente fresco de la mañana. El pedregoso camino que estaba interceptado por pequeños arroyos y malezas, más abajo descendia y conducia por en medio del banco seco de un caudaloso rio, en el cual á

gran sorpresa nuestra, la vegetacion era mucho más hermosa.

Las adelfas crecian en grandes y oscuros trozos de entre los cuales resaltaban las hermosas flores color de rosa; y el modesto mirto, con su pardo-oscuro follaje formaba malezas de tal tamaño y frondosidad en este terreno arenoso, que aquellos que solo le han visto en las macetas apénas le hubieran conocido. Nuestra senda iba paralela con la orilla del mar, y por última vez se dejaron ver los suburbios de Patras con la luz de la aurora.

En el golfo de Lepanto—afamado por su combate naval—vimos la ciudad del mismo nombre. Está situada entre altas montañas y el mar. La fortaleza de Rioso queda frente á este, colocada en un pequeño promontorio, y del costado más cerca á nosotros se desprendia en medio del mar la fortaleza de Antrion. Estas fortificaciones tienen igualmente guarniciones griegas. La importancia de la victoria de D. Juan en este lugar se deja ver por percepcion inmediata. Podiamos comprender la imposibilidad de que encontrase salida la flota turca una vez que habia cruzado este estrecho límite de mar. Una vez más hizo un papel importante Lepan-

to en la lucha por la libertad. Ahora apénas tiene importancia.

Espectáculo tras espectáculo, á cual más hermoso se presentaba á nuestra vista, pues las espumosas olas del mar bañando la vegetacion abundânte ofrece al viajero algo de nuevo, y nunca faltan nuevos encantos; miéntras más nos acercábamos al mar más aumentaban estos.

Despues de cabalgar por tres horas, no obstante nuestro entusiasmo y buen humor, nos sentimos cansados, los estomagos vacios, y nuestras fuerzas intelectuales debilitadas. Nos causó mucho gusto cuando Demetry nos mostró un lugar ameno á orillas de una pequeña ensenada como el "Khan" adonde debiamos tomar nuestra merienda.

Cuando habiamos llegado frente á la choza, consignamos nuestros caballos á los criados y acampamos bajo la sombra del edificio. Los capotes marinos se convirtieron en cojines, y se tendió un mantel en la yerba. Se sacaron los frascos y los platos de los sacos, y acorde con nuestra antigua costumbre comimos magníficamente acostados, descansando una hora en la fresca playa. Algunos de los señores durmieron su siesta. Mi hermano el Dr. F. y yo, nos resolvimos á dar un paseo por los alrededores.

Cerca de las casas, el reino vegetal se hallaba bañado por arroyos especies de pozos, y cerca del mar crecian malezas impenetrables. Adonde el camino no estaba bloqueado por el espeso follaje y ramaje, el paso se dificultaba por enredaderas de las más hermosas, y cuyas pulidas cadenas rompimos con mucho trabajo.

Nuestra esperanza era cojer varipo, tortugas de las que habiamos alzado algunas en nuestro camino, pero no nos tocó esa buena suerte. Observamos un árbol de platanos seco en el cual en vez de haber hojas habia un bosque de uvas silvestres, los elegantes zarcillos caian sobre nosotros como una cascada verde—el mas esperto jardinero no podia haber arreglado guirnaldas tan hermosas. De buena gana hubiera bosquejado toda esta vegetacion que rodeaba ese ramage seco, pero no tenia tiempo. Probamos la fruta de esa viña salvajo, y encontramos que no le pedia favor en dulzura á nuestras uvas de jardin. Cuando regresamos á la playa, el profesor G. se ocupó con su acostumbrado talento en dibujar la bahía, y sus alrededores. El cronista K; se sentó á la sombra de un olivo, y escribió un poema. Los demas pasaron este tiempo agradable durmiendo sin embargo unos cuantos se habian sentado en la playa.

Les fuimos á hacer compañía; las profundidades del Océano siempre ejercen en mí un encanto misterioso. Poderosa é irresistiblemente el insondable mar me atrae, y me regocijo con todo lo que le pertenece. Aun las pequeñas almejas que se volteaban en la arena, podia uno suponerse que eran moneditas de oro, con tal empeño las alzaba yo. Más sin embargo, pronto la señal de partida fué dada, y acorde con la corpulencia de cada uno, saltamos ó montamos á caballo.

Objetos nuevos continuaban á aparecer ó desaparecer; una bahía se seguia á otra bahía, primero pasábamos por las finas arenas del mar, despues por breñales y píntorescas cañadas, ó suaves colinas.

Al país, puede llamársele salvaje y sin cultivo, pero hay un encanto grande en la lozanía de la naturaleza. Adonde existen grandes lotes de tierra amarilla, hay tambien pinos con sus puntiagudas coronas, más verdes aun que las más frescas hojas, altos platanares con su ancho follaje, las enredaderas y las parras abrazando sus troncos, y el hermoso mirto entrelazado con el poético laurel. Estos verdosos lugares en los que descansa la vista, son cien veces más hermosos que si la helada mano del la-

brador hubiera arado por medio de un paisaje en que tan profunda paz reina, y que la labor no ha podido trastrocar: ningun buque perturbaba la tranquilidad del espejo del azulado mar; ninguna torre de iglesia, ningunas ruinas dis traian la vista de las resplandecientes montañas

Aquel que se queja de la monotonía de estos paises no ha esperimentado sus encantos: yo por mi parte solo puedo tener lastima al hombre cuya alma no se esplaya y llena de goce cuando respira el aire de la antigua Grecia

El sol de Grecia habia ya recorrido su camino y despues de una segunda jornada, de tres horas ansiabamos por algun refresco. Otra vez nos acercamos á un "Khan" el qué estaba cercado con grandes olivos. Se veían por allí algunas viñas é indicamos á los guías el deseo que teniamos de refrescarnos con las uvas griegas. Pronto nos hicimos de alguna cantidad, lo mismo que de un espléndido melon.

En el camino habiamos ya encontrado grupos de dos y tres personas montadas en burro, que llevaban uvas secas en sacos de cuero á las plazas de las ciudades más grandes. Estos ecuestres presentan un aspecto en alto grado pintoresco; la manera como están vestidos, su modo peculiar de sentarse sobre el animal, y su noble

porte, nos dió una idea elevada de la hermosura de los griegos. Nos encontramos con varios de estos hombres en el "Khan; en su mayor parte iban bien armados, lo que aumentaba su dignidad natural.

Cuando vieron al Dr. F. que estaba tomando un polvo, le suplicaron les convidase, dándole en seguida las más expresivas gracias. Dejaron que les examinasemos sus trajes conservando sin embargo, su parte orgulloso y confianzudo.

En el interior del "Khan" habia un cuarto como de barraca en el que se expendian artículos indispensables al país. Cristal, tiestos y tazas; entre los cuales habia licores que tenian un aroma que no convidaba, de suerte que pasamos lo que nos quedaba para descansar al aire libre. Conforme caminábamos, parecia como si mi caballo tuviese un regular andar, lo que no sucedia con los demás. El Cronista K, aseguró que el suyo era mañoso y que pateaba. Este pobre señor jamas habia montado y ahora por primera vez se veia obligado á hacer su primer ensaye por doce horas y en una mala silla!

Dos gendarmes conducian á nuestra graciosa procesion; ténian estos una mistura de Bávaros y griegos—sus cabezas conservaban el tipo nacional, y su traje ó uniforme, era griego. Tras

ellos iba el conde C. con una calma imperturbable, fumando y recibiendo las nuevas impresiones sin chistar. Despues seguian el Príncipe J. y el baron K; el primero en vano ansiaba por las quintas de campo que presentaban un aspecto confortable, con sus hermosos habitantes los que veiamos al pasar; el último de estos domó el caballo del pobre Demetry, como un maestro de equitacion lo podia haber hecho.

El Dr. F. seguia su camino tranquilamente y nos divirtió contándonos anécdotas interesantes, las que sabia relatar muy bien. De vez en cuando se regalaba con un polvo. Mi hermano generalmente montaba á su lado, y se cubria de las influencias calóricas del sol mediante un enorme paraguas. Despues iba G., montado entre los baluartes de su silla turca. En los ascensos y en los descensos las almas compasivas le prestaban ayuda, pues él tampoco estaba acostumbrado á montar, aunque no se sentaba mal para ser novicio.

Galopaba de un lado á otro del camino en mi brioso, pequeño y tordillo corcel; mi paraguas chino, cual estandarte de victoria, lo llevaba en la mano, y me divertia con las animadas bromas del cortejo. Al pasar de nuevo á orillas del mar y repentinamente nos alcanzó un chubasco que

pasaba, y nos vimos obligados á tomar abrigo en la miserable choza de un pastor. La lluvia refrescó y purificó la atmósfera, y la tarde en la playa estaba más agradable aun, miéntras que en Rumelia unas nubes negras se desprendian sobre el Parnáso.

Al acercarnos á un pueblito donde debiamos posar esa noche encontramos que el campo de los alrededores estaba muy mojado; teniamos que vadear varios arroyos, en medio de los cuales florecian las adélfas. Uno de los caballos de los gendarmes que iban por delante comenzó á caracolear por unos de estos espesos arbustos de adélfas. El caballo del Príncipe trás de quien iba yo, se espantó igualmente; pero por fin pasamos en salvo. Sin embargo, el Príncipe me suplicó que estuviera pendiente para ver como les iba a los demas al cruzar por este espanto, de suerte que al mirar en deredor contemplé á nuestro pobre cronista que iba ya en el pescuezo de su caballo bayo, que corcobeó danzando, finalizando por echarlo al suelo, sin poderlo remediar.

Resultó que el motivo de esta alarma habia sido un asno cargdo de cañas, y los caballos todos se habian espantado con esa masa movible. Corrí en ayuda de mi querido cronista el que fe-

lizmente no se habia lastimado, y pronto estaba otra vez á caballo, riéndose de su desastre.

Poco ántes de ponerse el sol nos enseñaron nuestro alojamiento de esa noche, es decir, la pequeña ciudad de Vostizza. Las playas de este golfo son especialmente hermosas, á causa de las alturas que nacen del mar, ocultando la bahía pasada y la venidera. Vostizza está en un ascenso tan bonito. Mi hermano y yo nos dirigimos con el Príncipe J. en derechura al lugar. Teniamos que pasar por la cama de un ancho rio, despues por una cuesta muy empinada formada por las lluvias como banco de arena.

El mar aparece haber subido ántiguamente casi treinta brazas mas de lo que ahora sube. Entre este banco y el mar se ensancha un prado ameno y verde cubierto de viñas; algunas casas van á dár hasta el mar,—en el centro se eleva un platanar, que se dice, existe desde la época de Pitágoras.

Entramos por la parte alta de la ciudad. El cocinero Demetry, que se habia adelantado mas ántes, nos condujo á la casa donde debiamos pasar la noche. Esta presentaba el aspecto de un albergue. En el primer piso habia un enorme salon que en vez de ventana, tenia una gran abertura que daba á la calle, y que servia de

cocina, bodega, despensa y almacen. Nuestra comida estaba ya preparada, pero cubierta por miles y miles de moscas, lo que no era agradable. Ademas de las moscas varios curiosos de los aldeanos se habian amontonado, y su charla unida al zumbido de los insectos formaba un concierto de lo mas confuso.

Subimos al piso alto mediante una escalera de madera que se estaba cayendo, allí estaban los dos llamados cuartos, en los que no nos podiamos quejar de la nueva moda de los muebles. Cuatro paredes desnudas á las que no se les podian llamar blancas tan cubiertas estaban de suciedad; nuestros olfatos podian muy bien haberse escusado de la atmósfera griega que habia en la pieza.

No era esta una prespectiva consoladora, mas despues de una caminata á caballo por doce horas, pensé qué nos podriamos hacer en lo posible, confortable con un poco de paja y nuestros capotes marinos.

El Príncipe, sin embargo, sostuvo que esta posada no estaba conforme con el contrato que habiamos hecho con Demerty, y que era indigno de nuestro rango el dormir en semejantes lugares. Yo hice presente que el plan mas sencillo era acampar al aire libre; pero el Príncipe seguia

insistiendo en hablar con Demetry, y entretanto me senté á descansar en el umbral de la abertura del cuarto bajo, y observaba los movimientos de los griegos. Varias manadas de burros cargados, caballos y mulas pasaban con paso lento, y y como que en Grecia hay pocos coches esceptuando en Aténas, estos trenes se echan de ver en todas las calles.

Nuestra apariencia, muy pronto atrajo á varias de las personas respetables del lugar. Desde el bloqueo de los ingleses, los extrangeros son espectáculo extraño á la vista de los griegos. Sin embargo debo confesar que los habitantes son mas políticos que en nuestras tierras mas civilizadas. Si se les saluda con amabilidad, en el momento dán las gracias con el saludo al estilo del páis, poniéndose la mano en el corazon, y en la frente.

Despues de algun tiempo Demetry y aquellos que se habian quedado atrás llegaron, este se vió asaltado por todo el mundo solicitando mejor alojamiento para pasar la noche; en vez de dar escusas, habló con varios ciudadános bien vestidos que estaban por allí, y nos suplicó que le siguiesemos. Nos condujo por la parte mas alta de la ciudad, y nos introdujo con gran astucia en la hermosa y cómoda casa de un oficial del servicio

real que se ha de haber encontrado no poco sorprendido, al verse repentinamente invadido por una comitiva tan grande. Sin embargo, nos ofreció una hospitalidad oriental con la mayor abundancia. Pronto nos instalamos en los aposentos en parte amueblados y que se nos asearon; uno de estos estaba en el segundo piso. El dueño de la casa se hallaba presente con el fin de proveér á nuestras necesidades con la mayar brevedad posible, y se espresaba en un mal francés con nosotros de la manera mas cordial.

Del mas grande de los dos cuartos se desprendia un balcon frágil y casi peligroso, y desde allí habia una visla de la mas magnífica de la bahía opuesta. Era una noche del Sur en su mayor esplendor—las estrellas brillaban como diamantes y la luna como un buque navegaba tranquila en el azulado éter. La ciudad con sus hermosos jardines yacia tranquilan en nocturno silencio el mar brillaba con los reflejos de la luna; en estes momentos solemnes, la naturaleza descansaba de su tarea.

Un descanso interior se apoderó de mí despues del excesivo calor del dia, y una brisa refrescante soplaba del mar sobre el paisaje adormecido; entretanto se ponia la comida y la cena en una, y

le hicimos los honores de buena gana, no obstante las nubes de mosquitos que habia.

El amo de la casa nos trajo el mejor vino que poseia en sus bodegas, y nos miraba con ahinco al llevarnos la copa á los lábios con el fin de probar el licor. La presencia de nuestro amable huésped, fué lo único que nos impidió el arrojar las copas. Era una bebida agridulce que á causa de la bota de cuero de cabra en la que se le habia tenido, se habia puesto verdaderamente atroz. Entusiasta como siempre me mostraba por la Grecia, jamas me pude reconciliar con su vino.

Una conversacion animada alegró nuestra cena; pero al fin el cuerpo reclamaba sus derechos, y nos retiramos á descanzar. Nos encontramos solo con una cama y dos divanes que estaban preparados para nosotros, de suerte que parte de la comitiva se acomodó en el suelo. Cosa de las cinco despertamos con el ruido del "réveillée" apresuradamente tomamos nuestro "desayuno» y despues nos llevaron á una bodega adonde habia tiradas dos hermosísimas estátuas antiguas.

Las artes en Vostizza no parecian estar muy adelantadas, puesto que habian dejado estas rarísimas estátuas de mármol tiradas entre basura en la mayor oscuridad. Una de ellas era una figura de mujer, probablemente una Ceres, con un ropa-

je excelente, pero desgraciadamente faltaba la cabeza; la otra era una estátua de un jóven delgado, cuyos miembros mostraban una perfecta simetría. Tirada, y cerca de estas dos estaba la cabeza de un hombre de facciones nobles. El mármol era transparente tal como aquel que se nos dice, se usaba en el Pentelicón.

Este descuido de obras de arte tan hermosas, prueba que si los griegos modernos han heredado el valor, el ingenio, y la astucia de sus antepasados, el genio creador de los antiguos no existe mas. La flor de ese arte ha muerto, y apenas encontramos huellas de sus raices, de suerte que no debemos esperar su renacimiento. Cuando regresámos á nuestros alojamientos encontrámos á nuestros caballos ya listos frente á éstos. Dimos las gracias á nuestro amistoso huésped y continuamos nuestro viaje.

Pasamos por varias calles que, como las de Patras, estaban en pintoresca confusion. A las seis y media ya estábamos fuera de la ciudad. El sol se habia elevado magnificamente sobre las montañas de Corinto, anunciándonos un dia más caluroso. A la extremidad de la llanura vimos la primera palma desprendiéndose magestuosamente á treinta piés de altura de un panteon desierto. El emblema de paz habia nacido de entre los cuer-

pos, y apuntaba con sus sutiles flechas al cielo para dirigir á los vivientes á su porvenir. La parte más baja de las antiguas hojas formaba lo escamoso de la corteza del tronco, la que cada año se pone una corona nueva, consistiendo en una canasta verde, especie de ramo que crece en la parte más alta del árbol.

De la ciudad, el camino conduce con un ligero declive á un llano ancho y cubierto de viñas, que se estiende ahsta las montañas. Está cruzado por varios cauces secos de un rio lleno de ricos arbustos de adélfas las que errantes daban hasta el mar. Las viñas estaban frondosas, y encontramos varios trenes de ricos y pobres con los mas variados trajes, montados en mulas ó burros. Iban ó se retiraban de las amenas chozas, que contenian la cosecha sagrada de la uva.

Las chozas de los cultivadores de la uva ofrecian un cuadro oriental. Varias mujeres de cabello negro y suelto cocinaban dentro el frugal alimento, y por fuera estaba parado el amo con toda su hermosura varonil, su artístico traje y sus ricas armas. Los pequeñuelos se arrastraban por entre los grandes montones de melones. Esta fruta crece entre las uvas, se madura perfectamente, y es muy dulce, aquí fué adonde vine á conocer lo excelente que es. Cerca se encontraban grupos de

béstias de carga, con unas botas de cuero de cabra y unas canastas para llevar las pasas de Corinto y las uvas maduras. Las viñas no son como entre nosotros, enredadas en varillas. O forman techos que dan sombra y que están sostenidos por morillos, ó extienden sus verdes cadenas de árbol en árbol; tambien crecen por el suelo, y tejen una red verde y fresca por el llano.

Esta llanura verdosa es solo tan larga como lo es la ciudad. Tan pronto como termina ésta, las montañas se acercan otra vez á la playa, de suerte que el camino á veces serpentea por rocas que causan vértigos. Nos sorprendimos de ver cuan diestro eran los caballos para trepar como gatos por los ascensos los mas escarpados. Frecuentemente la via estaba muy peligrosa, cerca de la orilla de la roca, cuya base estaba bañada por azuladas olas, y cuyos despeñaderos resbalosos nos cubrian de una manera alarmante. De vez en cuando en lugar de rocas, veiamos médanos de arena, los que han sido bañados por la corriente fuerte del agua, tomando las mas originales formas.

Me divertia en observar los movimientos juguetones de las olas al subir por las alturas, ya de una manera halagadora, ya estrepitosa, declarando una guerra perpetua contra la playa. Las

piedras parecian frecuentemente rayadas por el agua. El camino llegó á ser tan empinado que nos vimos obligados á desmontar y llevar á nuestros caballos de la brida. Sin embargo, esta necesidad no duró mucho, y la atmósfera ardiente se refrescó con la lluvia.

En las altas rocas crecian pinos, laureles y el siempre verde encino. Estos encinos solo eran del tamaño de arbustos y estaban cubiertos de espinosas hojas, pero la fruta sobrepasaba grandemente á la de nuestros encinos. No se ha introducido aun en los jardines de Viena este árbol, pero tuve el gusto de ver brotar en casa algunos piés que me llevé. Las ramas doblándose graciosamente sobre el camino estaban cubiertas de enredaderas de las que recogí todas las semillas que pude y las guardé en mi saco de viaje con el fin de plantarlas si fuera posible en mi jardin.

Despues de haber pasado una ó dos bahías las rocas se alejaban mas, y más del mar, y nos encontramos entre dos ensenadas sobre un llanito cubierto de viñas y de olivos. Igualmente pasamos junto al higuero más hermoso que hasta entónces habia visto. Se hallaba en medio de una viña, las ramas estaban cargadas de canastas rellenas con la más hermosa fruta. Nuestros guías se echaron sobre el árbol y cogieron los mejores

higos, que eran un positivo refresco para nosotros los infelices, fatigados y asoleados viajeros, solo que la cantidad era mayor de la que podiamos cargar. No hay nada en el mundo más dulce ó más delicioso que la fruta de Grecia y especialmente el higo que parece de miel. La montaña terminó repentinamente en un rio algo peligroso para el ginete. Habia un puente viejo al que le faltaba un arco, por consiguiente nos vimos obligados á pasar por el agua. Corria esta por un hermoso valle por alguna distancia. Una nube de insectos nos acompañó todo el paso; el ruido llegó á ser tan fuerte y agudo que le tomamos por un pájaro, y buscamos para ver si era alguna especie de codorniz. Cuando hubimos sin embargo, descubierto que el sonido provenia de un olivo y no podiamos ver pájaro alguno, quedamos seguros que el ruido era de algun grillo. Habiamos apagado nuestra sed devoradora con los higos y las uvas, pero como que tambien teniamos hambre, nos alegramos cuando oimos decir á Demetry que habia una casita en la playa de la bahía que estaba frente á nosotros y adonde podiamos tomar nuestro almuerzo. Estaba erigida en la arena movediza á unos cuantos pasos del mar cuyas refrescantes brisas nos hacian mucho provecho, pues el calor habia llegado á ser extraor-

dinario. El techado del "Khan" estaba acribillado, como la choza de un pordiosero; el resto del edificio era exactamente lo mismo que las ruinas que hemos descrito ya. En la fachada ruin del piso alto habia un balcon en el cual tomamos nuestro alimento compuesto de huevos, bizcochos y carnes frias; lo que faltaba en la comida se suplia con el buen humor, no obstante que algunas voces se alzaron por aquellos que habian esperado mayores comodidades en el viaje. El Dr. F. como legítimo y buen vividor de Viena se quejaba de la comida y de la bebida. El profesor G., y yo le combatiamos con tezon como sinceros, entusiastas viajeros, y admiradores de la Grecia.

Entretanto nuestros gías se peleaban y gritaban lo que nos ofreció la oportunidad de conocer el sonido del idioma natal y tanto me inspiró que me colgué del balcon que amenazaba ruina, y con voz de trueno le grité á nuestro acompañamiento; en un idioma que se parece á la lengua griega, lo que aumentó nuestra alegría é inmediatamente llamó la atencion de los griegos. El idioma griego moderno suena muy distinto cuando lo habla la gente del pueblo, de lo que suena en boca de personas superiores, entónces se asemeja mas al antiguo griego y siempre hacen por anteponer palabras clásicas á esclusion del elemento eslabónico.

Despues de un corto descanso nos pusimos en marcha otra vez. El profesor y yo guiamos la caravana; y pasamos una tarde agradable en conversacion amena y que daba en que pensar. Hablamos principalmente sobre los efectos mágicos del colorido en este país; se expresó como un legítimo artista, y yo gocé con sus apreciaciones sólidas y reflecsivas. Durante esta conversacion continuamos viajando por las finas arenas de la playa, lo que aumentaba el encanto de su platica. El azul oscuro y el verde claro de la superficie de las ondulantes aguas nos cautivaba de una manera irresistible é ilustraba lo que me decia. Nos metimos á caballo llenos de gozo por entre las agitadas olas, y estabamos poseidos del encanto que pertenece á la contemplacion de esas aguas movedisas y su existencia íntima. Las olas mas fuertes suprimian y rodaban sobre las mas débiles y sus fuerzas y poder magestuoso al fin se disolvia suave y hermosamente sobre la brillante y tersa arena, convirtiéndose en una espuma blanca ligera y precipitada.

Más despues, y repentinamente, el insondable mar se dilata, y solo las olitas más aventajadas y atrevidas se cuelan por la arena. Apénas cree uno estar en tierra seca, cuando una ola aun más potente sube con ímpetu, y como un tropel de ca-

ballos sin rienda, corre más léjos aun que la anterior hasta la playa, bajando tan solo la espuma como una alma inquieta—como la angustia de una mente atrevida y descontenta, que se desvanece como la ola en las arenas.

Habia un placer estravagante en conducir á nuestros caballos espantados dentro de ese elemento agitado, dejando que rompiesen las olas contra sus pezuñas. Con frecuencia se veian los animales rechazados por su potencia, pero nuestras amenazas les hacian volver de nuevo y nosotros junto con los demás gozamos con esta broma en las aguas.

Por un momento el camino serpeabá hácia arriba, y nuevos cuadros se presentaron ante nosotros; estos se multiplicaban adonde las alturas desiguales quebrantaban la uniformidad de la playa. Las figuras de nuestros compañeros de viaje vistas primero por estos pedazos de arena y piedras amarillosas, y despues trepándose con lentitud por las alturas, como (silhuettes) en el azulado éter, y más adelante desapareciéndose repentinamente tras una roca, contribuia al interes,—las figuras fantásticas formando contraste con la magestad solemne de la naturaleza.

En uno de los cerros nos encontrámos con las ruinas de una fortaleza que habia sido destruida

por el furor de los turcos. Se encuentran con frecuencia en la desgraciada Grecia, huellas de la manera terrible que la mano del Musulman ha sido impresa sobre la tierra de los cristianos y de lo tremenda que ha sido su venganz contra los combatientes. Las heridas de la patria tienen que desangrarse por algun tiempo más, y se necesitará de una mano firme para ponerla en tal estado, que le permita hacer uso de la victoria, tan difícilmente ganada.

De estas rocas descendimos por entre esa vegetacion comun, á la playa la que no abandonamos hasta que á las cinco llegamos al pequeño lugar llamado "Sakoly" destinado á ser nuestra posada para la noche. Tambien está erigido en las arenas y tiene mas bien un aspecto turco que griego. Las chimeneas brillaban como torres de mezquitas: quitando estos adornos todo es pobre en este pueblo, y todo está en el último grado de cultura.

Nos volvieron á enseñar un "Khan" adonde encontramos un cuarto pequeño con dos camas de madera. Mientras estaba la comida lista, nos fuimos á andar por la playa; el frio de la tarde formaba contraste con el calor del dia, y era tan grande que no nos atrevimos á quedarnos por mucho tiempo á gozar de ese fresco que iba en

aumento. La puesta del sol habia sido magnífica y con ese cambio de temperatura peligroso, aunque usual en Grecia, llegó la noche. Antes de la comida escribí mi diario. La mala cama, y los insectos nos privaron de dormirnos hasta muy tarde; estábamos empacados como arenques, lo que dió lugar á muchas pendencias, y á muchas ocurrencias célebres.

No habia dormido por muchas horas cuando me despertó el Cronista K. porque no se podia dormir, y por consiguiente estaba inquieto. Naturalmente no dejamos descansar á los demás. Nos trajeron el desayuno, y un buen rato ántes del alba salimos de nuestro alojamiento. Me sentia tan indispuesto que solo por consideracion á los demás hice un esfuerzo para ir á caballo. Esperaba los calurosos rayos del sol con ardiente anhelo.

Las desnudas crestas de la montaña brillaban ya con el reflejo del sol. En direccion á Corinto la banda purpurina de la aurora se aclaró y se encendió más hasta que al fin, en el momento en que se apareció el sol, se trasformó en un mar de rayos dorados. El mar daba á la playa una franga de espuma de un tinte dorado, las montañas cubiertas de viñas brillaban con una vegetacion verdosa, y los pinos se movian de acá para allá con el aire fresco. Mi malestar aumentaba y una

hora despues de la salida del sol me ví obligado á acostarme al aire libre. El querido doctor F. me cubrió con los capotes marinos, y esto me hizo tanto bien qué despues de un rato, la caravana pudo proseguir otra vez.

Seguimos la orilla del golfo por algun tiempo, frecuentemente impedidos de avanzar por numerosos arbustos. Seguido pasábamos por unas chozas las que generalmente y en su mayor parte estaban desiertas. Habia muchos pozos como aquellos de que se hace mencion en las Escrituras á orillas del mar. Junto al "Khan" donde debiamos almorzar habia una recua de mulas cargada de uvas. Mis compañeros se echaron sobre estas al instante, pero yo estaba tan fatigado con la montada á caballo que me fuí á pié.

Cosa de mediodía llegamos á Sizia, pequeño lugar cerca de la playa, adonde Demetry nos habia conseguido una casa aseada, pintada, muy alegre, y bastante bien arreglada para ser de ese vecindario. Tenia un terrado con vista al mar. La pieza en que estábamos, presentaba una mistura del gusto oriental, y de la civilizacion europea. Contenia varios divanes, espejos con marcos dorados, jarrones Etruscos y relojes de mesa. Pero lo que tomamos por más encantador, fué á la hermosa y amable prima de nuestro huésped. Debia

haber tenido algunos indicios de nuestra llegada, pues llevaba la gorra puesta con tal coquetería sobre su acastañada cabellera, y el material de su vestido guarnecido de pieles, era demasiado espléndido para el uso diario.

Parecia que estaba satisfecha cuando la admiramos su hermoso traje. Entramos á la sala y allí pudimos hacernos cargo de lo que era una casa griega bien ordenada. En Oriente se hace todo por ostentacion y magnificencia, de suerte que nos dieron toallas bordadas de oro, pero siempre faltan en medio de este lujo excesivo, muchas de las comodidades mas esenciales de la vida. En casi todo cuarto en Grecia, se ven colgados los retratos del Rey y de la Reina con sus marcos de madera sencillos, de los soldados-héroes de la libertad, y tambien escenas de la guerra contra los turcos. Estos cuadros, sin embargo, no eran dignos de los hombres, ni de sus hechos, y mostraban un talento artístico muy limitado.

Despues de un ligero descanzo continuamos nuestro camino á Corinto por la costa, y hacia el anochecer el altivo Acro-Corinto, (1) se desprendió á nuestra vista por la parte mas lejana del golfo. Miéntras mas se acerca el mar á la playa, mas

(I) El famoso Acrópolis de Corinto. N. D. T.

oscuro se pone su azul, y mas tranquila su superficie. El modo de fabricar las casas lo mismo que los modales y el aspecto de los hombres varia en esta ancha llanura. La tez y las facciones de estos toman un tinte de gitanos y su traje es lijero y desarreglado. Caminabamos á caballo por horas enteras sin parecer acercarnos á la ciudad.

Al ponerse el sol Acro-Corinto y algunas de las montañas más elevadas, brillaban con una hermosura indecible; otras de las montañas tenian un colorido como de naranja y violeta, y las más lejanas, revestidas de un azul oscuro místico que despierta en el corazon un vago anhelo. El mar tambien tenia un color más subido del que no habia visto ántes en otras partes. Caminábamos muy tranquilos admirando todo este magnífico colorido abajo del cual se asomaba en varios lugares de tierra amarilla.

Abajo de Corinto las ramas mas altas de los olivos lucieron por última vez en esa sonrosada brillantez; el sol se hundió detrás de las montañas de Patras, y esa atmósfera suave del crepúsculo se tendió por el paisaje vecino. Miéntras que continuamente nos creiamos cerca á Corinto, se alejaba de nosotros, como un espejo engañadizo; caminabamos, y caminabamos y no podia-

mos llegar. El aire despues de la puesta del sol en el llano estaba molesto é hizo que nos sintiésemos realmente disgustados. Sin embargo, al darnos la noche alcance, llegamos á nuestro término. Terribles, —sí, horribles, — aparecian las ruinas y las bóvedas subterraneas sobre esa tierra descolorida y desierta. Ibamos en medio de un mar de piedras, pero de las oscuras profundidades parecia salir un aire envenenado. Unas cuantas figuras solitarias se arrastraban de fragmento, en fragmento, como espíritus malignos. Era un cuadro de destruccion y de maldicion. Nos imaginabamos estar en la ciudad de los muertos.

Al fin llegamos á una parte de la ciudad más civilizada, adonde la vida parecia reinar de nuevo. Hicimos alto en un lugar pequeño, que estaba frente á una casa de buen aspecto brillantemente iluminada, y que relucia sobre nosotros como una estrella fuera de la oscuridad. Pertenecia á la familia N. á quien nos habia anunciado ya nuestro. huésped, sin nuestro conocimiento. No sabiamos qué hacer en situacion tan nueva para nosotros, hasta que con gran gusto oimos voces en aleman, á la vez una gran figura salió de la oscuridad y dirigiéndose á nosotros nos invitó en aleman, á que pasasemos á sentarnos, y nos quedasemos esa noche en la casa de la familia N.

Seg uimos el eco de esa voz que hablaba en el desierto, y la que en esos momentos realmente nos parecia como de un profeta, y entramos por el zaguan de la habitacion.

En este habia agrupados hombres y mujeres vest idos con el traje nacional, estos tenian sin duda noticias de nuestra llegada. El aleman era un facultativo que habia residido en este lugar por muchos años. Nos condujo á un aposento en el primer piso, aseado y amueblado con coquetería, y nos presesntó á la señorita de la casa.

Eulalia, así se llamaba esta rubia, vestia un traje suntuoso que aumentaba su hermosura, y la misma Elena si hubiera sido posible que se apareciese de nuevo, no podia haber despreciado la belleza de esta dama griega. Era un metéoro brillante en su primera juventud. Su talle elevado y flex ible, de unas proporciones perfectas mostraba unas fo rmas nobles propias del desarrollo de las hijas del Sur. Sus facciones eran las de un camáfeo antiguo. En su tez de márfil estaban pinceladas de una manera atrevida sus oscuras cejas, sobre sus ojos que los tenia en forma de almendras. Su soberbia cabellera caia por atras formando ondas desde sus deslumbradoras sienes, y sobre la cabeza tenia colocada el "fez" negro con su larga borla la que fluctuaba sobre

uno de sus hombros. Desgraciadamente solo hablaba el griego, y el Dr. H. se vió obligado á servirnos de intérprete.

El padre de esta jóven era ministro de gobernacion en Aténas; y allí debia dirigirse ella pronto para casarse con un médico. Entre su comitiva habia varias de sus compañeras; y un hermano de su padre, quien fué muerto pocos meses despues de nuestra visita, en un combate con los aldeanos. Despues que nos dejaron solos, nos sentamos al rededor de la mesa del té, bastante cansados con la caminata. El cronista K. estaba indispuesto. El doctor H. á quien habiamos convidado á comer, correspodia nuestra atencion, contándonos anécdotas minuciosas é interesantes sobre el estado de la Grecia. Estas narraciones no daban buenas cuentas de los nativos; pero en esto no hacia mas que usar de la reciprocidad, puesto que el odio que los griegos le tienen á los extranjeros es tan grande, que han inventado una paabra que expresamente trasmíte ese significado. Solo tienen consideracion á los médicos, y eso por que necesitan de su ayuda contra las fiebres terribles que tan espantosos estragos han causado en Corinto.

Bañarse en el mar, y al aire libre al caer la tarde es peligroso. Debido al temperamento de

los habitantes, y por otro lado al buen clima, otras enfermedades son raras. Mas peligrosos que la fiebre, son los ladrones. Acorde con la relacion del doctor H. la mayor parte de la gente son del oficio, y se dice que sus satélites se han elevado al rango de dignatarios de la corte.

Como que todo hombre que peleó en las guerras de independencia (llamados héroes, Palikaren) tiene el derecho de portar armas, el robo llega á ser una cosa en extremo fácil para ellos. Con frecuencia se ataca una cosa en el centro de la ciudad. Nuestro alojamiento nocturno en Vostizza estuvo así en peligro toda una noche. Los viajeros hacen bien de hacerse acompañar de un número suficiente de gendarmes. Si cogen á hombres tan peligrosos como estos, suele suceder que despues de una corta prision, asciendeu á honores y á distinciones, pues el amparo y el cohecho son mayores aquí que aun en los paises más civilizados; de suerte que de este modo y con frecuencia, los más altos del país se hallan en compañía sospechosa.

Las contiendas de partido tambien dividen y destruyen al país, á un grado que dá lástima. La desavenencia principal esta entre ciertas familias que habiéndose distinguido en la guerra de independencia, forman una clase que corresponde á

nuestra aristocracia. En cada ciudad una de estas familias tiene el poder, entretanto los demás hacen cuanto pueden para derribarlas.

En Corinto nuestros amables huéspedes los N. eran los que daban la ley en la ciudad, y ejercian un especie de poder feudal. Esta-familia encuentra apoyo en la proteccion que les dispensa el rey El padre de Eulalia como ya tengo dicho es ministro; otro hermano de este es «Pilikar» ayudante de campo de Su Magestad.

Si la proteccion real les fuese retirada segun las afirmaciones del Dr. H. no están seguros ni una hora dentro de sus cuatro paredes. Aun cuando el relato del buen doctor fuese algo exagerado era muy interesante, pues era la primera vez que escuchábamos una conversacion imparcial sobre el país y sus costumbres. Cuando el doctor comenzó á describir los horrores de la fiebre, nuestro cronista se desapareció repentinamente, y despues de la cena, le encontramos en un estado muy conmovido. Se quejaba de fuertes dolores en las rodillas y en realidad parecia estar acalenturado. Interiormente se creia víctima de la terrible epidemia, y estaba sumamente alarmado, pero no queria consultarle al médico. Le pusimos por fuerza unos defensivos frios, y no

nos retiramos á acostar hasta que le vimos un poco restablecido.

Las camas eran anchas y cómodas, y todo el órden de las cosas lujoso para el país. Echamos de ver que estábamos "sub umbrá alarum," en la casa de un hombre á quien "el Rey se complacia en honrar." Despues de nuestras fatigas dormimos perfectamente, más á pesar de las almohadas blandas y la ropa bordada de oro, habia muchas huellas por la mañana de un ejército salvaje de enanos en nuestros abigarrados cuerpos. La magnificencia y el destino enlazados!

Por la mañana muy temprano el amable H. se presentó con nuestros caballos con el fin de llevarnos despues de un buen desayuno, al renombrado Acro-Corinto. Eran las cinco de la mañana y un aire puro nos daba lugar á esperar un hermoso dia. La luz que iba en aumento nos mostraba las ruinas de una ciudad que en su época fué floreciente, y en la que no obstante los débiles rayos matutinos podiamos trazar aun la maldicion, del cielo. ¿A dónde estaban los palacios, los soberbios bosques de ciprés los inumerables recuerdos de la antigua Grecia? Por dónde vagaban las castas figuras de las sacerdotizas? Todos los encantos que encontramos descritos en las leyendas clásicas se han desvanecido. El espíritu del

hombre ha cesado de reinar y tan solo los elementos en su grandeza nos inspiran con admiracion. El mar, el cielo, y las montañas apartan nuestras miradas, de la ciudad dos veces destruida y cuyos escasos restos solo muestran á la posteridad su antigüa grandeza. Nuestro guía nos condujo primero á las ruinas del templo de Neptuno.

Estas consisten solamente de cuatro ó cinco columnas, las que son magestuosas aun en su decadencia. Dos de estas están unidas por un trozo de piedra horizontal. De entre estas, hay una que amenaza una ruina próxima, pues desde la parte baja falta un gran pedazo y este há sido unido con piedras pequeñas y mezcla.

Si este templo estuviese en Francia ó en Inglaterra hubiera sido cubierto con un capelo por el arqueólogo; pues adonde hay escasez se le dá valor á lo que poseé, pero cuando sucede como aquí que hay una superabundancia, apénas se le hace aprecio á las cosas.

Las preciosas jarras de Etrusco se compran aquí por una friolera, aunque entre nosotros se les considera como joyas solo dignas de un museo. No desperdicié la oportunidad de hacerme de algunos de estos jarrones tan hermosamente trabajados. Tras las ruinas del templo de Nep-

tuno el terreno comenzó á elevarse. Podiamos ir á caballo por fuera de la ciudad á las ruinas de Acro-Corinto.

Todo lo que nos rodeaba estaba desierto con ecepcion de un gran higuero que daba sombra á un hermoso pozo turco, en cuyas piedras habia esculpidos algunos versos del Córan. Una morisca de cuerpo delgado llenaba allí su tarro de agua. El Dr. H. nos dijo que unos cuantos de estos hijos del ecuador se habian quedado desde la época de Ibrahim Pachá, aunque la mayor parte habian sido víctimas del furor de los fanáticos griegos. En Corinto particularmente tuvieron lugar las escenas de crueldad las más horribles—los musulmanes degollaron á los indefensos, y en pago los griegos victoriosos los asesinaron á ellos.

Desde el pozo el camino continuaba á ser más escarpado, y presto nos vimos trepando las grandes rocas de las escabrosas alturas. Por algunos momentos la ciudad desapareció de nuestra vista, y por la parte del Sur apercibimos la extraordinaria fortaleza de piedra que se halla á la entrada de la vereda escarpada. Pozos, torres, y baterías, todo está plantado con un genio atrevido y práctico, sobre una roca aislada y extensa, unas de tantas de esas obras útiles del domi-

nio Veneciano. Nos desmontamos frente á la puerta que en una época fué tan tremenda, y conducimos á nuestros caballos de la brida el resto del camino. Llamamos á la oscura y grande puerta, la que nos fué abierta por dentro, por un husar griego de aspecto vivo. Pasamos por un arco oscuro ante el cual se desprendía un rastrillo, hasta una casa que ahora sirve como de residencia á la guarnicion. Esta se compone de diez ó doce hombres infelices, que de acuerdo con la idea del país se les llama soldados.

Frente al cuartel habia seis ó siete cañones venecianos sin cureñas. Acro-Corinto está erigido de una manera irregular por la parte mas plana de las rocas, cuyas orillas están circundadas por una muralla, que de punto á punto, tiene unas torrecillas.

Pedazos rotos de roca, grandes montones de piedras, paredes de pequeñas casas, algunos cañones, huesos de hombres y de animales, todo esto yace tendido en la mayor confusion, uno sobre otro.

Algun esfuerzo al órden, ó á tener un camino pasadero no se sueña. En uno de tantos de los rezagos de las roca s cerca de la entrada, encontramos la mayor pa rte de las casas en ruinas, y en medio de estas una capilla chica de donde sobresalian unos pequeños higueros. En estas chozas

se refugiaron los habitantes de Corinto despues de que les tomaron la fortaléza los griegos á los turcos por vez primera.

El doctor H. me hizo notar dos plantas curiosas que crecian entre estas ruinas. Una de ellas es el venenoso pepino en forma de carrizo, cuya fruta al ser tocada arroja sus granos de semilla con tal fuerza, que el incauto al agacharse sobre ella puede perder la vista. Me cubrí los ojos y con el pié le dí á la calabaza y al momento oí la semilla que daba contra mi sombrero. La otra planta crecia entre las piedras tenia unas hermosas hojas verde oscuras. Sus flores eran de un blanco puro, y estaban cubiertas de innumerables y hermosos estambres esta flor delicada exhalaba un aroma delicioso. La fruta era larga; y se asemejaba á un pequeño y verde pepino; por dentro estaba llena de unas semillitas coloradas. Mas no obstante esto, ni la fruta ni la flor dan á la planta su importancia, sino los pequeñitos y verdes pimpollos, que bajo el nombre —el lector lo debe haber ya adivinado— de "alcaparras," se encuentran en todas las mesas.

Teniamos que subir un buen pedazo por la parte esterna de la muralla hasta que por fin, al llegar á punta culminante contemplamos á la Grecia, como un mapa esparcido que yacia bajo de noso-

tros. Hácia la ciudad la oscura y estrecha faja del Istmo se estendia entre dos de los cristalinos llanos alumbrados por el sol. Esta fecunda tira de tierra desgraciadamente no está habitada ni cultivada; y solo unos cuantos pinos abren la superficie de la tierra amarilla que yace allí como un tesoro sin uso.

Se habia formado un plan para colonizar con alemanes el Istmo, pero no llegó á tener efecto por falta de energía de parte del gobierno, y el ódio de los griegos á los extranjeros. La industria alemana podia haber salvado el país por medio del cultivo, y las cuatrocientas familias que estaban llamadas á verificarlo podian haber mostrado á sus vecinos cuán felíz y rico era posible ser en semejante suelo.

La anchura del Istmo, siempre inconsiderable, parece más angosto cuando se le vé desde lo alto. En el lado más lejano del mar, precisamente por la playa, se elevan hácia el cielo las montañas de Rumelia y Livadia. En las rocas no hay vegetacion, pero el sol les dá color. Las montañas aparecen como los hombres avaros, ó nobles. Las alturas de Grecia se elevan como las formas nobles—como los antiguos héroes. Un Htelicon, un Libetrius, un Cythero, se presentan delante como fantasmas de una epoca gloriosa. En direc-

cion á Aténas y á Salamis la neblina nos impedia distinguir los objetos claramente. Por ese lado, vimos cerca á nosotros, á Lutreki pequeña colonia con el "dépot" de los vapores austriacos de Lloyd, y un hotel destinado á los pasajeros del buque. En la misma costa está Relamachi, adonde tambien se toman pasajeros en un vapor que va á Aténas.

Abajo de nosotros estaba Corinto, ménos espantoso y mas agradable cuando se le contemtempla desde esta altura. Se echan de ver varias torres, con las que habian cercado los turcos la ciudad. El terreno se hunde gradualmente hácia la ciudad, á la que puede llegarse en cosa de media hora. De las rocas de Acro-Corinto hay un llano en lo que cabe grande, y cubierto de viñas, miéntras que desde la montaña hasta la Morea se estiende un bosque de olivos por casi una legua, cuyos frutos dá á los diversos propietarios una renta anual de 50,000 *thalers*.

Los árboles de este bosque se encuentran á ciertas distancias los unos de los otros, y en su elevacion y forma se asemejan á unos grandes sauces. Su color aumenta acorde con el cultivo que se les dá, los mejor cuidados tienen un tinte mas oscuro; en Dalmacia, como en Ragusa,

la hoja es de un color azul oscuro. El lleno que esta á la vista va á dar por una vereda angosta y escabrosa por donde esta el camino que vá á Nauplia lindado por un rio. Aquí se tenia un vislumbre del interior de la Morea, que nos mostraba estupendas montañas de un estilo salvaje. La impresion que hacia el panorama era agradable y elevaba. Por rara parte podia trazarse la mano del hombre; la Morea muy en particular parecia un país que no habia sido explorado aun, que todavía no ha sido esclavizado por el hombre.

Como que nuestro tiempo era muy limitado, y el camino á Nauplia largo, nos vimos obligados á abandonar muy pronto este rico paisaje, volviéndonos del otro lado de la puerta de la entrada. Este camino nos condujo por donde habia un pozo tapado en las rocas, y lleno de excelente agua la que abunda mucho en Corinto. Pasamos por un cuartel pequeño, adonde una ocasion estuvieron acuartelados los bávaros; y exceptuando esto no vimos sino rocas. Unos cuantos soldados vagaban por allí, y tenian unos uniformes horribles. El griego con su traje nacional, y el griego con el uniforme extranjero, están tan distantes como el cielo y la tierra,—tan altivo, tan esbelto, y gracioso como parece con su «fustanella» y su «fez»; apa-

rece insignificante y despreciable con el uniforme de los extenjeros.

Por la misma puerta por donde habiamos entrado abandonamos el fuerte que los griegos les habian quitado á los turcos solo mediante la astucia. Es una lástima que la grande obra de los venecianos se esté viniendo abajo. Las paredes se están partiendo en pedazos, y la mayor parte de los cañones, ornados con el altivo leon de San Marcos, se han acuñado en dinero, por órden del gobierno. Frente á Acro-Corinto, y entre las montañas de la Morea, se desprende otra roca, y en su cima se halla el castillo de forma oblonga perteneciente á la familia N. Bajamos á pié por la parte mas empinada del camino, y no volvimos á montarnos en nuestros caballos sino hasta cerca del pozo turco. Al regresar á la casa de N. nos encontramos con el Cronista y con el profesor G.; quienes se habian quedado en la poblacion á causa de su mucho cansancio. Habian ido á visitar sus curiosidades y tenian tanto que contar sobre ellas, que mi hermano el doctor F., y yo, nos resolvimos á verlas tan pronto como nos fué posible.

El Dr. H. nos condujo por unos escalones, cortados en la roca en forma de semicírculo, y uno ó dos brazas de profundidad. Debajo de esta pro-

yeccion se halla la afamada gruta de Afrodite. En medio de esta gruta echamos de ver una pequeña abertura, de donde nace una corriente de la agua la más fresca; esta corriente de allí se abre camino por una cavidad en la roca y se esparce á través de los campos.

En el riachuelo las místicas sacerdotizas de Vénus solian bañarse; su templo descansaba precisamente arriba de este arrecife de peñas. Todo griego de celebridad, pero especialmente los generales, estaban obligados á colocar á una doncella, como sacerdotiza en este templo. En el interior de la gruta esparcia la agua fresca una temperatura deliciosa que junta con la suave enramada formaba una armonía encantadora. El piso estaba cubierto con la más fina arenilla, y de todas las hendeduras de las rocas nacia una yerba fresca.

Desde la altura adonde estaba en un tiempo el templo, se hunde el terreno insensiblemente de ambos lados y hace la forma de una herradura, de suerte que desde el campo el interior de la gruta no se podia ver, y solo podia gozarse de la vista del mar.

En la época de los turcos erigió un Pachá en el lugar adonde estaba el templo, un palacio con unos escalones que conducian al aposento subterráneo que se usaba como baño, ahora tanto el templo como

el baño han desaparecido ante la maldicion de Dios desprendida sobre la pecaminosa poblacion, y los jardines, los templos, y el teatro junto con los 3.000,000 de habitantes del antiguo Corinto, se han convertido en polvo y en cenizas. El presente Corinto no es mas grande que una aldea Alemana. A nuestro regreso, la hermosa Eulalia estaba parada á la entrada de la puerta, y nos embelesó á todos con sus miradas. Nos despedimos de ella, le dimos las gracias por el recibimiento que nos habia hecho, y montando nuestros caballos nos encaminamos hácia Nauplia.

El prof sor G., no siguió nuestro ejemplo, creyendo que seria más fácil el ir á pié. Sin embargo, una vez fuera de la poblacion, con ayuda de varios se subió al caballo, nosotros por otro lado sosteniendo que tan solo mostraba el deseo de andar, por tal de no verse obligado á tomar por asalto la silla á la vista de la novia de Corinto.

Era realmente mejor el que estuviésemos dejando el vecindario de Eulalia, pues la figura de esta divina mágica nos habia afectado á todos profundamente. En esta ocasion ibamos acompañados de un mayor número de gendarmes, pues la peñascosa ciudad por donde teniamos que pasar, ofrecia fáciles escondites á los ladrones. Cuando llegamos á Nauplia oimos decir que la noche an

terior, una cuadrilla de diez y ocho personas habian sido atacadas y robadas en eso estrecho paso. Las cuadrillas de ladrones en Grecia son cosa ya conocida. Parece que la moralidad de los griegos no se eleva con las ideas de rey, madre patria, y amor fraternal. Su propio interes es el único Norte que los guia. Aun los matrimonios no son por amor, pero en los mas casos son pactos de conveniencia; y la refleccion de que se le está haciendo un mal á otro, desaparece ante el placer de llenarse las bolsas.

Presto habiamos atravesado el malo y peligroso camino que conduce por el llano de Corinto, y cuando llegamos al rio, nos encontramos en un estrecho valle, del que no salimos sino hasta llegar á Nauplia. De vez en cuando el estéril camino se animaba con grupos de pinos y matorrales de adélfas que crecian en los cauces de los rios, fácilmente comprendiamos de que manera y trás estas rocas, estas innumerables subidas y bajadas podian los ladrones poner en juego su oficio de la manera mas cómoda. La mas pequeña cuadrilla nos podia haber caido sobre la retaguardia, y si hubiera sido necesario, haber desaparecido sin dejar ni rastro.

Al principio, á este camino solo podia compararsele con los Karstes. De tiempo en tiempo

encontramos piquetes de la milicia estacionados para nuestra proteccion; de estos contamos siete. Estas buenas gentes estaban vestidas muy pobremente con el traje nacional, armados con grandes mosquetes, inspiraban tan poca confianza, que tomamos al primer piquete, por los mismos ladrones.

Desgraciadamente no conocimos á ninguno de estos bandoleros, aunque muchos pueden haberse deslizado junto á nosotros; pero los gendarmes les echaron á perder sus planes. A ninguno de nosotros nos hubiera dado cuidado un leve encuentro, con tal que no hubiera dado resultados sérios. Para indemnizacion nuestra, cinco grandes águilas andaban volando sobre nuestras cabezas, y dos de ellas, fueron tan condescendentes al grado de acercársenos tanto que les podiamos contar pluma por pluma. Estos eran los habitantes más apropósito de este desierto peligroso. Esperábamos que nos fuese posible el hacer uso de nuestras escopetas (las que habiamos cargado todo el viaje) en uno de estos príncipes del aire, pero ántes de que pudiésemos echar mano de ellas, estas huian fuera de tiro.

El calor se habia hecho tan insoportable que me ví obligado á apagar la sed en un riachuelo

estancado de un molino. Los sitios que le rodeaban eran hermosos, pero el agua estaba salobre y lodosa. Al fin el estrecho valle se abrió, y el camino tomaba un ligero declive arriba de las montañas. Me vino á la memoria patentemente nuestro país Alpino, particularmente cerca de los húmedos campos de Gastein, pero tan solo en el lugar adonde cesa la vegetacion y terminan las frescas praderas.

En este lugar fué donde nos encontramos con una manada de cabras salvajes cuyos largos y negros pelotes, semejantes á los de un "King Charles" estaban matizados de negro y castaño. Valdria la pena introducir en nuestro país esta hermosa raza.

Hácia el fin del valle tomamos nuestro almuerzo en la casa de uno de los jendarmes que estaba cerca de una capilla. Estos hombres desgraciados, mandados por un sárgento, solo se les releva cada seis meses—que parecen una eternidad en estos páramos! La mayor parte de estas gentes han tenido la fiebre, el sargento un jóven agradable y bien parecido, debe haber sufrido fuertemente con ella. Nos recibió con gran cortesía, y deseaba mucho el hacernos entender, lo que sin embargo, no le fué posible. Su goce fué grande cuando el cronista K. con ayuda del an-

tiguo idioma griego, leyó y tradujo el reglamento que estaba escrito en la pared. Su aposento en donde almorzamos, estaba adornado con una variedad de grabados en madera y acero, lo que probaba que el dueño tenia conocimientos literarios.

La capilla que estaba cerca de la casa, consistia como toda pequeña iglesia griega, de cuatro murallas desnudas y cuadradas, de cuatro á cinco piés de altura, por la cual habia abierto un especie de agujero como de puerta. De un lado hay una caja pequeña sobre una piedra en la que habia pintados asuntos sagrados, y que sirve como de alcancía para la limosna. Debe haber entre esta gente bandolera muchísima reverencia á la religion para impedirles el que echen mano á cosa de tanto valor, que no estaba asegurada á la piedra ni siquiera por una simple cadenilla.

Despues de un descanso de cerca de una hora, la emprendimós de nuevo. Ante nosotros teniamos una cadena de montañas elevadas. Nuestro valle se habia angostado de nuevo en un paso, y á la derecha del rio por todas partes yacian esparcidos peñascos escabrosos. No les faltaba del todo vegetacion, de suerte que, aunque la prespectiva era salvaje, no era totalmente desolada.

El arroyo que por tanta distancia habiamos seguido, se nos apareció en las cercanías del molino, para brotar de la tierra, cuyo sitio bien abastecido de agua como un "oasis" en el desierto, florecia con el espeso follaje del granado, del higuero, de las viñas, y de las altas cañas.

Por el molino un número de riachuelos tenian su manantial. Los olivos dejaban caer sus sombrías testas, y unos polluelos picoteaban con tezon el fructifero suelo. Tan sombrío y tan meridional nos parecia todo esto que nos compensaba el pedregoso camino. Nos refrescamos con una agua excelente, y abandonamos este "benigno oasis" el cual estaba rodeado de casas destruidas durante la guerra de independencia. Este estrecho paso fué escena de una carnicería espantosa. Miles de turcos cayeron aquí bajo el sable vengador de los griegos.

En nuestro camino habia una ligera vuelta que conducia á las montañas; el arroyo que tenia su nacimiento en el molino, fluye al mar en Lepanto, nosotros ahora seguiamos otro, adornado hermosamente por arbustos, estas aguas se derraman en el golfo de Nauplia. Cruzamos este unas veinte veces, lo que prueba la estrechez del cauce. La vegetacion la mas exuberante rodeaba á este rio, y cerca de su manantial todas las huellas de

la perspectiva salvaje y peñascosa se desapareció. Nosotros, riéndonos le llamamos el baño del Anfitrion, porque abundaban en él las ranas y las tortugas. Estas llegaron á ser especialmente númerosas, á donde el paso de nuevo se ensanchó en un valle y se estendió de cada lado un tejido de matorrales.

Cuando le pregunté á Demetry por qué la gente no hacia uso de es tos animales como alimento, me dijo que era porque se les tenia por cosa sagrada. Los ingleses sin embargo, no dejan por esta creencia, de cargar sus buques con éstos animales. y llevarselos á la vieja Inglaterra como preparacion para la delicada sopa de tortuga.—Como que estos animales pueden vivir por un mes sin alimento, se les tiene sin comer durante el viaje. Nosotros nos llevamos algunas; las mas pequeñitas no eran mas grandes que la palma de la mano, pero las mas grandes tenian mas de un pié de diámetro. No era muy fácil el agarrarlas, pues no obstante su pesada forma, pueden correr con bastante violencia.

El valle se prolongó por varias millas, hasta que á cosa de las cuatro, ya que estábamos muy fatigados, vimos una perspectiva encantadora. Era una tarde hermosa y refrescada por las brisas. El sol brillaba en el eter azul, y arrojaba sombras

claras sobre el llano de Napoli di Romania, el que tambien brillaba con resplandecientes colores. La cadena de montañas, que circundan el valle, se desprenden á la izquierda con unos contornos artísticos, hasta el trasparente espejo del golfo, que termina en las exquisitamente formadas Palamides que se elevan cerca de la ciudad marina de Nauplia.

Cada porcion de esta altura coronada se destacaba distintamente del azulado fondo, y estaba cubierta de casas y de grandes árboles, sobre los cuales traveseaba una hermosa luz. Precisamente frente á nosotros se esparcia un fructífero valle, que nos traia á la memoria los campos de Lombardia.—Arboles, viñas y campos, se hallaban mezclados aquí en la más preciosa confusion. A la derecha se alzaba el orgulloso Argos, cuyo formidable castillo descansaba sobre una roca cerca de la cordillera de montañas.

La ciudad de Argos yace al pié. De ese lado del golfo habia una cadena de cerros á la distancia, cuyas prominencias formaban el cabo de St. Angelo y el cabo Matapan. A nuestros piés teniamos la montaña de Mycene, la antigua residencia de Agamemnon; ahora no es más que un pequeño lugar en ruinas sobre un precipicio salvaje. Una roca oculta la cueva adonde se dice

estar enterrado el hijo de Atridas; desgraciadamente no la pudimos visitar, porque la distancia á Nauplia era muy grande.

En una casa que estaba al principio del llano el que teniamos ahora delante, nos encontramos como agradable sorpresa, con el cónsul de Austria, el que nos dijo que nos habia estado esperando por veintiocho horas, con varios carruajes y habia comensado á temer, que nosotros, lo mismo que nuestros diez y ocho predecesores, habiamos sido atacados por los ladrones. Este individuo era de orígen italiano; llevaba un frac azul de gran parada, en la cabeza tenia una de esas cachuchas que usan los oficiales de marina, pero con una vicera de cuero monstruosa.

Sus extraordinarias gesticulaciones revelaban su nacionalidad y se corroboraba esto por un maravilloso dón de la palabra. Despues supimos que además del empleo de cónsul, tambien ejercia como médico. Siempre lo viviré agradecido por la atencion que tuvo en traernos las carretelas, pues aunque nos vimos obligados á saltar de arriba abajo sobre troncos y piedras, era un gran consuelo el poder ir en coche, despues de las malas sillas y del cansado paseo á caballo. Estábamos de un humor excelente, y nos divertimos riéndonos

de las pequeñas contrariedades de nuestra situacion.

Mi hermano, el príncipe J., el baron K. y yo, tomamos una de esas carretelas raquíticas y temblorosas. Nos empaquetamos sumamente estrechos en este corto lugar, y partimos al galope furioso. Los caballos viejos, estiraron los miembros, y nuestro Hipólito los puso en moviento mediante un palo largo y unos gritos terribles. Si os imaginais á nuestro cochero, un griego delgado y atelético, con el antiguo resplandor semejante á la divinidad, sobre su altiva cabeza, estais enteramente equívoco. Apenas tenia cuatro pies de altura, pero suplia lo que le faltaba de estatura con un monstruoso "fez" el cual no como sus paisanos la llevaba alsada y recta como una gorra "Phrygian." Tenia una corbata negra en el pescuezo fuera de la cual salia un cuello de camisa igualmente raro al traje nacional, y parado como vicera; en cuanto al resto estaba vestido con la "fustanella," los "spencers" y las polainas.

El baron K., trató de hacerle entender en italiano (que es el medio ordinario en Oriente de comunicarse) que no llevase el carruaje con tanto descuido por los malos pasos. Sin embargo continuó tirando de las riendas, y apretándoles á los

caballos con sus gritos discordantes. Muy pronto descubrimos que no podia ver ni los caballos n el camino por donde ibamos, con esa especie de "steeplechase" puesto que la gran vicera de su gorra le cubria el punto de vista. De repente se levantó, alzó la barba la que tenia cubierta con un pelo colorado, se subió la entremetida vicera á dos manos, y con sorpresa fijó la vista en el tronco de caballos; despues de esto se volvió á nosotros y nos preguntó en aleman si queriamos ir más despacio. El Baron K. le aseguró que este era nuestro más vehemente deseo. A esto supimos que habia aprendido algo de aleman de los soldados Bávaros, pero desde la emancipacion del yugo aleman y del ódio al extranjero, parecia que habia abandonado sus estudios.

Precisamente frente á la ciudad, y al principio de una hermosa avenida, nos detuvimos para visitar las ruinas de la antigua fortaleza griega de Tyrene. Su orígen se ha perdido en las fábulas, y las murallas parecen ser obra de Cyclópes. Más bien nos podiamos imaginar estar en un monton de restos de lava, que en un edificio hecho por el hombre, y en el que el arquitecto habia hecho justicia al suelo nativo de Hércules.

Pero el dia comenzaba á declinar, y no podiamos quedarnos aquí, tanto cuanto lo pedia el in-

teres del lugar. La avenida antedicha daba un aspecto civilizado á la entrada de Nauplia. Nos paramos á las puertas de esta con el fin de vagar á pié por la poblacion; desgraciadamente ya se habia oscurecido. La fortaleza parecia sobrepasar á la de Pátras en tamaño y en arquitectura, y tenia el aspecto de una poblacion italiana, lo que en Pátras solo se echa de ver en los suburbios. Esta última, sin embargo, es más hermosa y más favorecida por la naturaleza. Como que la noche no nos daba lugar á estudiar detalles, les permitimos el que nos condujesen á la bahía, adonde un bote de nuestro digno "Vulcacano" nos llevó á bordo.

Las sensaciones que tuvimos al entrar al buque fueron como si despues de una larga separacion hubiéramos vuelto á nuestros lares. Nos regocijamos con pisar de nuevo la cubierta y despues en la tranquilidad de la noche recojer el pensamiento en el pequeño y cómodo camarote, y pasar en revista los frescos y variados cuadros grabados en la mente. En ningun lugar se puede meditar mejor como precisamente en este estrecho cuartito, entre el cielo y el mar, y yo aconsejaría á todo filósofo de alojarse en el rincon de un buque.

En el camarote de popa adonde generalmente

comiamos, nos encontramos con la fruta la mas magnífica, que la esposa del cónsul habia enviado al capitan. Una verdadera maravilla de la naturaleza se hallaba entre esta fruta, en forma de un racimo de uvas, dos piés de largo que naturalmente nos hizo recordar el admirable "especimen" de Canaán, que habia encantado á los Hebreos alimentados por el maná, lo mismo que á nosotros este. Lo colgamos al techo del camarote sin probarlo, de suerte que la fruta más baja tocaba la mesa. Cuando mas tarde por la noche subimos sobre cubierta, la luna brillaba con toda la magnificencia meridional, en el golfo y su romántica playa, sus rayos jugaban levemente en las ruidosas olas, tras de las cuales en la sombría oscuridad de esa noche meridional, se desprendian los techos y las torres de la poblacion, y sobre todo y cual vigía gigantesco se alzaban las parduscas Palamides. En medio del plateado espejo, bañado por la suave ola estaba brillando con la luz de la luna la fortaleza de If, cuya arquitectura y nombre revelan su orígen turco. Ahora sus torres que se elevan de la pequeña prominencia, sirven de prision Era como una de esas escenas de las novelas de Sir Walter Scott, y á cada instante esperaba ya oir el sonido parejo de los remos de un libertador. Más en esta noche los po-

bres prisioneros tenian que suspirar en vano; tambien pensaba que apénas hubiéramos encontrado alguno de entre ellos digno del título de héroe de romance. Mas pronto que de costumbre reinaba el silencio en el alcázar del buque. El sueño desplegó sus alas sobre los alegres via jeros; solo á veces oiamos entre sueños, el tranquilo "todo está bien" del vigilante de la noche. Estábamas ya á toda luz ántes de que hubiese despertado la comitiva, fortalecida para nuevas empresas.

Habiamos destinado la mañana á visitar Nauplia. La poblacion existia en tiempo de los antiguos gr iegos, aunque no tenia importancia. Tiene que dar las gracias al espíritu creativo de la república veneciana, por sus magníficas fortificaciones, arriba de cuyas puertas cabriola el leon de San Marcos con sus alas desplegadas; fué arrancada de las manos de los turcos por los griegos. En este lugar fué dcnde por vez primera—recibieron á su nuevo gobernante, el que vivió por algun tiempo en una casa miserable, en un pequeño lugar de esta poblacion, y solo años despues escogió á Aténas para su capital.

Primero visitamos el arsenal; se hallaba en el lugar que le habian destinado los venecianos. Como que los griegos se abastecen de todo el materal de guerra de paises extranjeros' unas cuan-

tas barracas levantadas al rededor de la muralla esterna, son suficientes para componer sus armas y otra clace de trabajo en pequeño. Las disposiciones nada tienen de notable y este arsenal solo es interesante á aquellos que simpatizan con las las luchas progresivas de esta gente por tanto tiempo subyugada.

Como que el comandante tuvo la bondad de conducirnos por todo el edificio, y explicárnoslo todo, el Príncipe J.; como soldado distinguido, hizo algunas observaciones que le eran muy lisonjeras. De allí nos fuimos por las calles que tenian el estilo oriental, hácia la entrada por tierra de la fortaleza.

Despues de un rato nos encontramos al pié de de las afamadas Palamides. La roca se eleva magestuosamente del seno de la tierra, solo un costado está unido á la cadena de montañas. El colorido varia de amarillo á encarnado; aquí y allí crece el pulposo cactus de flor amarillosa, cuya fruta es muy apreciada por los nativos. Hácia el mar los escalones de marmol, con un parapeto y baterías, conducen arriba de la fortaleza. Desgraciadamente á cada momento se oscurecia mas, y al fin comenzó á caer un aguacero. Esto sin embargo, no nos impidió el que subieramos los

seiscientos noventa y nueve escalones que conducen al interir del nido del águila.

Una guardia de cazadores griegos nos recibió en la puerta. De las baterías más altas teniamos una vista de la ciudad á vuelo de pájaro. Esta se halla situada en la base de las rocas, que se ensancha en un promontorio que rodea el golfo. Los edificios á esta distancia parecian bastante bien, para un país tan pobremente poblado. Ante nosotros teniamos una red de calles y plazas, por las que los ocupados habitantes ivan y venian. Las glesias, las casas, los grupos de árboles — todo parecia más chico de lo que era, cercado por las potentes murallas venecianas; y el plano de la ciudad no podia haberse tomado con más claridad que como se nos aparecia desde la altura de las Palamides. Desde la poblacion hasta el llano conducia una calzada angosta entre el mar y las rocas, desde donde una segunda poblacion, con aleg res casas, parecia descansar contra la montaña.

Al pié de esta nueva colonia se halla un gran peñasco, en cuyo costado está tajada la imágen colosal de un leon herido, fué colocada allí por el Rey Luis, como recuerdo de los Bávaros que habian sucumbido en Grecia. A la distancia y por entre un sutil velo de niebla, vimos á Argos y las

peñascosas y gigantescas murallas por las que el dia anterior habiamos pasado por una estrecha puerta. Tras las Palámides se elevan montañas aun más altas, y que tan solo están separadas del interior de la fortaleza por un gran foso tajado en la piedra.

De acuerdo con las tacticas nuevas, se vieron obligados á construir una obra de avanzada sobre este punto culminante para seguridad del lugar; pero aquí se baten hombre á hombre, como en los viejos y buenos tiempos de la caballeria andante, pues no envian de la distancia proyectiles destructores. Los Palamides tan solo fueron fortificados por los venecianos para protejer la bahía. El interior del lugar, está lleno de casas de habitacion y cuarteles que estan en el terreno mas quebrado.

El desórden espantòso que reina aquí es casi tan notable como las grandes ruinas venecianas. Los soldados tienen un aspecto de ladrones rateros, y aun el comandante era bastante brusco y ordinario. Despues que hubimos andado por todo el lugar con sus baluartes, alturas y cavidades, bajamos los seiscientos noventa y nueve escalones, que se habian puesto resbalosos con la lluvia, y anduvimos vagando por las calles de la poblacion. Las casas en su mayor parte son altas

y angostas y con un balcon en cada piso. En el piso bajo habia unas barracas que se extendian hasta las oscuras y estrechas calles.

Las iglesias bastante númerosas están erigidas al estilo Bizantino. Nos fué enseñado un lugar de un aspecto que nada tenia de iglesia, destinado al culto católico. El cónsul nos dijo que los católicos eran perseguidos por todos lados en estas poblaciones. La comunidad griega esparce los cuentos mas ridículos tocante á éstos; relatan que el clero sofoca á los moribundos al administrarles la Extremauncion, desuerte que los habitantes siempre que pueden interrumpen el culto.

En una de las plazas pequeñas vimos un sarcófago de mármol bastante bien esculpido este contiene los restos de Ipsalanti, y fué levantado en honor de este héroe por sus hermanos. La casa y plaza adonde vivió el Rey Othon son insignificantes. Nos interesó mas una de las restantes casas de tiempo de los turcos. Solo se conservaba por un milagro. Los pilares y el enrejado del balcon proyectante (arquitectura cuyo género vimos mas tarde en perfeccion en Esmirna) estaban podridos y viniéndose abajo, y sin embargo la apariencia de estas formas curiosas y colorido brillante era pintoresco y desde luego se

realizaban mis esperanzas; pero cuanto mas se exitó mi imaginacion cuando de una de esas estrechas aberturas ví á una hermosa señora asomada, y vestida con el traje Europeo! Un individuo delgado con una casaca corriente, estaba parado trás de ella. De dónde vinieron estas apariciones como de sueño se quedó sin explicacion. Solo á una pareja Inglesa podia habérsele ocurrido la idea de enterrarse en estas ruinas.

Sobre una de las murallas de la fortaleza y junto al mar hay una hermosa palma-dátil de trescientos años, cuya imponente altura no se ostenta de lleno por estar enterrada en la tierra una gran parte de su delgado tronco. Al mostrar nuestro deseo de obtener alguna de la fruta que crecia en la punta, un griego de talle elevado con unos calzones anchos y azules, se trepó al árbol con gran celeridad, y distribuyó los verdes dátiles entre los que le rodeaban; aunque el clima es tan hermoso, la fruta no estaba enteramente madura, y caia inútilmente al suelo.

Cerca de la palma hay un pozo turco embutido en la muralla de la fortaleza, con textos del Coran, que el carácter religioso de los Mahometanos coloca en todas partes. Tuvimos forzosamente que admirar su habilidad para dar con hermosos sitios para los pozos, tal como este, al pié

de la palma; la vista del golfo es tan magnífica! Volvimos al muelle, y remamos para irnos á bordo del "Vulcano" y dijimos adios á Napoli di Romania para dirigir nuestro curso hácia Piræus.

CAPITULO IV.

ATENAS.

Setiembre 14 de 1856.

A las cinco de la mañana fuí despertado en mi pequeño camarote por una exclamacion que "Aténas estaba á la vista".-Lo mismo que á los cruzados con la primera vista de Jerusalem, nos sucedió á nosotros—todos nos lanzamos á la cubierta del buque, con el fin de contemplar el principal objeto de nuestro lejano viaje. La curiosidad y el placer estaban retratados en todos los semblantes, y la mirada escudriñadora abarcó todo. Las azuladas olas del espumoso mar, jugaban en la ancha y amarillenta playa; algunas veces elevándose mas y otras bajándose al nivel del mar. La llanura se estendia sin vejetacion, pero revesti-

da de alguna grandeza hasta que al fin venia á quedar cercada por un semi-círculo de montañas que tocaban el firmamento.

Al fin de esta llanura vimos á Aténas como un punto blanco. Tras este las Hymetus, el Acró-polis y otras alturas hist oricas y notables, y más allá, el Penthélicon. El paisaje no era por ningun título tan encantador como el de Patras, pero ás-pero y descubierto. Era el cuadro del pasado que despertaba los recuerdos de grandes eventos.

Nuestro buque se habia acercado á la playa; adonde nos mostraron un monton de piedras como la tumba de Temistócles. Repentinamente dimos la vuelta y entramos á un canal de unos cientos de piés de ancho, que culebreaba por entre las bajas y peligrosas playas, y no indicaba salida hasta que llegamos á un ancho espacio de agua y entramos al hermoso Piræus.

Un semi-círculo de casas recientemente cons-truidas rodea la bahía, en la que fondea un con-siderable número de buques. Tanto en el mue-lle cuanto en el mar hay mucha vida.—espesta-culo que es muy agradable, cuando piensa uno que solo hace algunos años, unas cuantas y solita-rias casas se hallaban en estas playas, y que la bahía estaba sin buques. Los suburbios están aun desciertos y sin vida.

Nos encontramos con dos vapores franceses de Lloyd, y una escuadra francesa, á cuya delantera venia la fragata de un almirante que mandaba. Lo mismo que en Pátras, despues de haber fondeado nos vimos otra vez rodeados de un gran número de botes que con una sola vela-latina guiada con la mayor destreza por un marinero, el que la viraba ya á derecha, ya á izquierda, y volaba con la rapidez de una flecha. Estos botecitos son el adorno de la bahía.

Se envió un bote para pedir el permiso de ir á tierra; y en seguida vino á saludarnos el Conde J. Encargado de Negocios de Austria. Tras él, y poco despues se nos presentó el general G, chambelan del Rey, acompañado del capitan M., nativo de Trieste, quien durante nuestra permanencia en Aténas fué comisionado para cortejarnos.

Estos señores nos invitaron para alojarnos en el Castillo del Rey.—invitacion que aceptamos muy agradecidos. Por lo tanto, despues de habernos arreglado algo el traje dejamos al caro "Vulcano" por unos cuantos dias. En el muelle encontramos un carruaje con cuatro caballos perteneciente á la Reina. Era el primer tren que habiamos visto por mucho tiempo. Libreas azules al estilo moderno, grandes frisones de Mecklenburgo, y un elegante "barouche," todo esto for-

maba un conjunto agradable; pero hacia un extraño contraste con esos alrededores tan incultos.

Saltamos al carruaje llenos de un entusiasmo loco, y sentados en unos suaves cojines de pluma nos fuimos por el famoso camino de Piræus á Aténas—un camino muy bueno y ancho el que pasamos en tres cuartos de hora. Una polvareda terrible fué lo único que nos incomodó. Desde nuestra entrada á Piræus se habia desaparecido de nuestra vista la ciudad, y solo al salir de una arboleda por la que pasamos se nos presentó de nuevo. Esta arboleda es mentada en el país por su tamaño y por su fruta; pero este año guardaba un mal estado, pues los árboles habian sufrido con el terrible frio del pasado invierno, y no es de esperar que estos se recuperen enteramente sino dentro de algunos años. De vez en cuando pasábamos por una posada á orillas del camino; por allí se dejaban ver los grupos más interesantes, igualmente encontramos algunas récuas de mulas y de burros, y uno que otro mal carruaje. Cerca de Piræus existen aun restos de las antiguas fortificaciones de Aténas. Allí crecen olivos y viñas. Los matorrales se aclaran más, y el aspecto que presenta, al mismo tiempo que carece de cultivo es grandioso. Pasamos por un llano adonde tuvo

lugar una famosa batalla contra los turcos, el que está ahora ornado con un monumento.

Al fin se presentó á la vista la ciudad tan renombrada en la historia y con la que se ocupa la imaginacion con sus infinitos recuerdos. Sobre todo, se embarga la vista por una potrentosâ reca, que sostiene en su base de mármol una corona sin rival, el Acrópolis queremos decir, con su templo rico en columnas y sus cien recuerdos del colosal pasado, con su orgulloso aspecto; y así como de las facciones del hombre podemos trazarle el alma; así este edificio habla de la grandeza de los tiempos en que se elevó.

En el llano, y á la derecha vimos con toda su hermosura y simetría artística el templo de Théseo, cuyo amarilloso mármol brillaba como un oro palido. Ante nosotros yacía la ciudad, cuya circunferencia no es muy grande, se halla atravesada por una calle larga y desempedrada la que termina con el palacio, situado en una altura. Esta calle que al principio estaba formada por unas casas de un aspecto miserable, solo tiene una âpariencia, mejor y como de ciudad en las cercanías del palacio real; y aun su misma entrada está adornada con una palma magestuosa.

La iglesia metrópolitana, que igualmente está fabricada al estilo Bizantino, es notable por su

apariencia típica, y le hace á uno recordar los antiguos tiempos del cristianismo. Apénas se alza de la tierra unos veinticuatro piés, y es de una circunferencia angosta, sirviendo de extraño contraste con el palacio del Rey. Tal vez sucede lo mismo que con la historia Hebraica, se deja á los sucesores del primer Rey, á que edifiquen un templo digno del Sér Supremo, miéntras que el presente gobernante, como David, solo tiene que cuidarse de su propio abrigo. Las casas son como las de Pátras, solo que están en lo que cabe mejor amuebladas con aquellos requisitos de la vida civilizada. El primer piso se usa principalmente para tiendas. La poblacion llega á ser más y más bulliciosa, miéntras más se acerca uno á la "gran plaza" adonde descansa en una altura el palacio real.

Del lado izquierdo ha fabricado un nativo de Trieste una hermosa casa al estilo griego; por el lado derecho no han fabricado aun, y se presenta á la vista una parte moderna de la ciudad, en la que hay varias casas bastante buenas. A la distancia relumbra el mar, y en dia sereno se reflejan en él los magníficos pilares del templo de Júpiter. En la plaza hay sembrados grandes y bien ordenados plantíos de cactus, magueyes y cipreces

por los cuales conduce un camino á los anchos escalones de mármol del palacio. A derecha y á izquierda hay unas callejuelas.— Se han formado estos plantíos en armonía con las líneas arquitectónicas del palacio, el que se desprende allí con el simple estilo griego sin adorno; el puro y blanco mármol del país brillando en las murallas, ventanas, balcones, y terrados, supliendo á otros adornos.

Se compone todo el edificio de un cuadrángulo largo por la parte hácia la ciudad; un balcon sostenido por pilares Dóricos, está sobre la entrada y de esta una magnífica escalera de mármol conduce al piso alto. Del lado cerca del mar está un terrado igualmente sostenido por pilares que forma una vereda al terreno plano; de este, unos anchos escalones conducen á las calles. Del otro lado están los jardines de recreo de la reina con toda la exhuberancia correspondiente al crecimiento de la vejetacion meridional. Detras, y hácia á las montañas, se desprende otro balcon sobre la entrada de la espalda, con una escalera de caracol de bronce y mármol.

Como que el exterior del palacio no tiene adorno, á la distancia desgraciadamente tiene el aspecto de un cuartel, lo que se modifica un poco al acercarse por lo rico del material. En todo caso, sin

embargo, es demasiado grande para la pequeña poblacion, aun diremos mas, para el país tan chico. Se echa de ver en el acto, el espíritu gubernativo del rey Luis de Baviera, que no regulaba la construccion de sus edificios por necesidad, sino acorde con sus ideas de lo que era conveniente; de suerte que el reino de Grecia, su capital su corte, y su dinastía deben acrecentarse para llenar este palacio. El interior es magnífico; hay una soberbia sala del trono para el rey, y otra semejante para la reina, grandes comedores pintados "al fresco", enormes salones de baile, doradas y relucientes salas y aposentos para visitas, se descubren ante la vista atónita. El conjunto es de un gusto esquisito, y está adornado con candiles y plata labrada al estilo griego. "Tienen un atractivo estos aposentos, especialmente los de la reina donde hay el sentimiento de que aquí preside un ser amable, que rodea con su influencia no solamente el palacio sino hasta el país. Solo vimos estos hermosísimos apartamentos en el curso de nuestra permanencia, conduciéndonos primero á los cuartos que nos habian destinado, adonde esperamos una audiencia de la Reina. Las ventanas daban al jardin y hácia el mar, pero un cuarto de la esquina me proporcionaba igualmente una vista de la poblacion y del Acrópolis.

No se puede uno imaginar cosa más interesante y más hermosa que la vista que hay desde estas alturas de los pintorescos alrededores con sus monumentos. La atmósfera despejada del Sur saca todos los contornos de una manera marcada y terminante; y parece como si la naturaleza hubiera deseado mostrar hasta adonde las formas nobles aunque desprovistas de una lozana exhuberancia, y tan solo coronadas por las obras del arte, pueden posesionarse del alma. Estas regiones deben compararse con las elevadas bellezas; miéntras que los deliciosos valles de nuestra adorada Alemanía causan una impresion más agradable y benigna. El jardin de la Reina es notable por el empeño que se ha tomado para unir en hermosos grupos la vejetacion meridional á la del Norte, y forma un claro excelente á la perspectiva y un contraste pintoresco con el amarillo bajo del contorno puro que al mar circunda. Despues de haber llegado nuestro equipaje de Piræus, nos vestimos de uniforme, y fuimos conducidos ante la Reina-Regente.

Las señoras de la corte se hallaban de pié en la sala del trono adornada con gusto. Allí se detuvieron mis compañeros de viaje. Mi hermano y yo fuimos conducidos al próximo aposento, á donde nos recibió la Reina la que tenia un elegante traje

de mañana. Es de mediana estatura y une á su dignidad una amabilidad en grado singular. Sus facciones expresan ingénio y fuerza de carácter. Su conversacion es afable y de "chispa" y se eleva al entusiasmo cuando se refiere á su adorada Grecia. Es una verdadera madre de su pueblo; pues solo una madre puede hablar con tanto interede cada peculiaridad de sus hijos.

La Reina goza—(y merecidamente)—del amor de sus hijos, y es recibida con entusiasmo por cualquier parte adonde vá. Oimos hablar por todas lados con admiracion, de su gobierno firme y prudente.

Nunca hubiera creido que una princesa alemana, acostumbrada á las gratas comodidades de su país natal, pudiera haberse hecho de esta manera á las costumbres griegas, ó podia haber hablado el idioma con tanta perfeccion. Despues de un cuarto de hora de conversacion nos condujo la Reina á la sala del trono y nos presentó á sus damas, y yo igualmente introduje á mis compañeros de viaje.

La gran camarera de la Reina es una de las pocas alemanas que ocupan una posicion distinguida en la corte. Hace honor á su país por sus modales agradables y su viveza de ingenio. Además de esta tiene la "Basili-sa" como le llaman en este país á la Reina, dos camareras griegas,

la señorita Photami M. y la señorita de Penélope L. Estas están vestidas al estilo griego y no desmienten la renombrada hermosura de sus paisanas. Hablaban el frances bastante bien, y no parecian tan mal educadas. Despues de habernos invitado la reina para dar un paseo á caballo á las cinco, se despidió de nosotros.

El resto de los cortesanos eran muy insignificantes y solo haré mencion del chambelan, el general G., el que es, como casi en todas las cortes un especie de "factotum".—Es uno de los pocos en quien tiene el rey entera confianza; y en la fatídica revolucion mostró su fuerza de carácter. La historia de su vida pasada es algo oscura, y circulan especies nada favorables que lo hacen aparecer como algo afecto á la vida bandolera. Su exterior corresponde con esta última suposicion. Tiene una cara melancólica—algo encapotada. Su tez y su cabello son demasiado oscuros, de suerte que gana mucho con el traje griego que cae tambien.

A las cinco nos reunimos en un pequeño gabinete que tiene vista al mar. La reina bajó los anchos escalones de mármol y montó con gran agilidad sobre un caballo turco que la esperaba. Seguimos su ejemplo, y pasamos á los guardias del palacio á todo galope, por la plaza del castilo,

debajo de un arco triunfal hecho de mirto, y levantado para celebrar el aniversario de la revolucion la mañana siguiente, y por las largas calles al Théseo.

La reina deseaba que dieramos una ojeada á todas las curiosidades de Aténas. En las calles fué recibida con gritos de alegría y todo el mundo la saludaba con manifestaciones de respeto. La reina á caballo es verdaderamente un espectáculo agradable. Monta espléndidamente y tiene firmeza, guiando su caballo á todo galope por lugares que muchos de nuestros famosos ecuestres, apenas pasarian al paso. Los caballos de la corte de Grecia vienen en su mayor parte de las montañas aseáticas y hacen un ruido como cabras monteses por las alturas vertiginosas: cuando no pueden enterrar las pesuñas con firmeza, se resbalan con las patas de atrás por pendiente peñascosas y lisas y sin caerse. La Reina hace sus largos viajes á caballo, pues lo que es espediciones en coche, ni se sueñan.

El templo de Théseo es uno de los monumentos mejor conservados en Grecia, y tal vez uno de los más hermosos de la antigüedad. Es en lo que cabe grande; existen aun todos sus pilares, la mayor parte de la muralla interna, y el techo. El mármol del que está fabricado antiguamente

era blanco, pero con el tiempo y la intemperie, ha tomado un tinte de un amarillo hermoso, que le está bien. El estilo es sencillo y puro. Esta obra de arte luce en particular por el espacio abierto en donde se halla.

Desgraciadamente se echan de ver en las murallas y columnas las huellas de las libres balas de los Turcos.

Entre las metópas hay solo unos cuantos bajos relieves, y estos no bien conservados. Se presume que representan los hechos de Théseo. El cuarto interior del templo está del todo rodeado de murallas, miéntras que en los tiempos antiguos solo tenia tres. El cuarto costado fué construido cuando este noble edificio se usó por los cristianos como templo. Despues de algun tiempo se sacaron de nuevo todos los adornos pertenecientes á la iglesia, y el interior se halla ahora repleto con los tesoros del arte desenterrados. Sin embargo, por falta de lugar están amontonados de cualquier modo los unos sobre los otros. A nosotros nos pareció fuera de lugar el ver entre las reliquias de los dioses y diosas profanos, el retrato del Salvador. La entrada principal del lado de la poblacion está cerrada. En la muralla del costado, que dá al Acrópolis, nos fué abierta

una puerta por un arqueólogo griego, el que recibió á la Reina y á nosotros.

Solo podiamos dar una mirada precipitada á los tesoros del interior, pero más tarde los enumeraré, despues de una inspeccion más cuidadosa.—De allí seguimos á la Reina por las estrechas é inferiores calles de Aténas, por entre los obstáculos los más variados hasta el Templo de los Vientos. Está construido en forma octágonal, y de una piedra arenosa y blanda, y están representados los vientos, del techo en bajo-relieve. Una sola puerta conduce al interior, adonde no hay ventanas. El terreno adonde descansa el edificio se ha hundido y tiene seis piés de profundidad, lo que nos probó lo muy cegada que está la vieja Aténas. Las ruinas de un acueducto conducen á este interesante templo, de las que tendré ocasion de hablar igualmente, más tarde.

A esto llegamos á la llamada Linterna de Diógenes, en realidad el monumento de Lysicrátes. No es una torre muy ancha de doce piés de altura, y cuyo techo, adornado con hermosos aunque pequeños bajo-relieves, descansa sobre unas cuatro ó cinco columnas bajas. Pueda ser que alguna vez haya estado al aire libre. La cúspide del techo forma un bulto en forma de "buquét" esculpido como delfines. En el aposento de las co-

lumnas nuevamente construido parece haber existido ántes un busto ú estátua. El conjunto está muy adornado, y la obra es muy hermosa.

De aquí, seguimos nuestro camino al Aréopago y al Pnyx. Estas son unas grandes masas de roca en las que podiamos ver aún, las huellas de escalones. En esta roca enseñan una especie de celda como calabozo de prision, tajado en la misma piedra—y se dice ser el sepulcro de Sócrates, pero sobre esto no existe el mas mínimo fundamento.

Vimos la puerta del mercado, es un pórtico sobre cuatro columnas. Se le ha dado mal ese nombre, por la gran piedra que cerca de él está colocada, y en la cual en el reinado de Adrian, se esculpian los precios de plaza. Esta era la costumbre antiguamente, y estos se encuentran con frecuencia cerca de las puertas de entrada. Visitamos además el arco de Adrian, los restos del templo de Júpiter, el sepulcro de Philopappus, y el lugar adonde en un tiempo estuvieron los jardines de Platon.

El columnario de Adrian consiste en seis pilares romanos que se destacan frente á una muralla de piedra blanda y arenosa contra la cual descansan unos estribos que la unen á las otras murallas; una séptima columna se alzaba solitaria;

parece que las otras seis antiguamente tenian unas estátuas. En la muralla de piedra, habia los restos de una pintura cristiana al fresco, pues aquí tambien hubo iglesia. Frente á los pilares hay una pared y dentro de este sitio cercado, se han juntado algunas mas antigüedades que se han encontrado.

La puerta de Adrian, en el paraje contiguo al templo de Júpiter, es un arco grande y ancho, cuyo orígen romano se echa de ver y al cual sirve como de cimiento una segunda puerta sostenida por cuatro columnas. A esta obra hermosa del arte le hace sombra la magnificencia y tamaño de las columnas del templo de Júpiter. Su elevacion puede ser de ciento veinte piés, y la circunferencia excede á la altura, no obstante estas dimensiones, tiene unas proporciones hermosas y perfectas. Son quince. Doce de estas forman un grupo, miéntras que las otras tres se hallan á una corta distancia. El grupo mayor está tan solo unido por una que otra piedra grande, por lo demás nada queda del techo.

En uno de los chapiteles de los pilares se dejan ver los restos de una choza de piedra, que sirvió de residencia por veinte años á un Dervís ascético y fanático, durante cuyo tiempo jamás descendió á la tierra, pero se mantuvo como una

cigüeña trepada en esas altas regiones, y subia su frugal comida mediante un cordel Entretanto á sus piés se seguian los eventos unos á los otros, y este anciano no debe de haber dejado de sorprenderse un poco cuando los victoriosos "rajahs"—los compañeros de destino, se desaparecieron, y él se quedó como el solitario, sirviente de la "Cresciente" en Aténas—como la única voz del profeta en el desierto.

El aspecto que presentaba el templo de Júpiter, debe haber sido maravilloso. En las cercanías de las rocas hay un arroyo en el que usaba bañarse Calliope, la divina Musa; de suerte que á éste lugar romántico y sin cultivo se le dá el nombre de ésta. La antigüa hermosura de este sitio ha desaparecido, y tan solo quedan ahora las desnudas rocas entre las cuales fluye el agua.

El monumento de Philopappus descansa sobre una elevada colina, á alguna distancia de la poblacion, y cerca del mar. Es una muralla algo partida y de una piedra blanda y arenosa, en cuyo costado más bajo se vé un bajo-relieve muy maltratado que representa la procesion triunfal de un Emperador Romano. Sobre esta muralla hay unas columnas entre las cuales están sentadas unas estátuas bastante mutiladas.

La altura sobre la cual se halla este edificio se

llama la montaña de Museus, dándosele el nombre del poeta griego. Desde el jardin de Platon del lado opuesto, se vé más de esta elevacion, la que está coronada por una capillita.

Por entre las viñas y el paseo de Aténas—y una ancha avenida con unos arbolitos muy insignificantes, regresamos al palacio habiéndose ya puesto el sol, y despues de haberse hecho las señoras una "toiltete" en extremo rápida, nos reunimos para comer. Todos los ministros y personajes de la corte se hallaban en la mesa. La Reina tuvo la amabilidad de presentarme con todos los ministros de Estado.

Algunos de estos señores tenian un aire Europeo y podian hablar ó Frances ó Italiano, lo que me servia de gran consuelo, pues detesto el hacerme comprender por medio de un interprete. Siempre está uno engañado en esta clase de conversacion y nunca puede uno decir como se traduce al otro idioma el sentido de las palabras. Pero con el ministro del interior, padre de la hermosa Eulalia, la de Corinto, me ví obligado á buscar la ayuda de otra persona.

Este señor portaba el traje comun del país, y es de una edad avanzada. Me parecia que su mano era más aproposito para empuñar el sable ó el arado, que la pluma del administrador. Pero

en el estado primitivo del país tal vez sea mejor la naturaleza inculta. Sin embargo, seria una cosa buena que el envainado sable del Pelikaren, de nuevo se empuñase para librar al país de los bandoleros. ¿Pero entónces adónde estarian los resíduos del romance? Grecia sin ladrones seria Suiza sin montañas!

Es tan agradable al regresar uno á su hogar, el serle dado relatar alrededor de la sociable mesa del té, que ha vagado uno por las más fructíferas regiones, y visto las rocas por donde ha corrido la sangre de las víctimas desgraciadas! Miéntras no ha hecho uno conocimiento personal con estos héreos de romance, la casta de viajeros es bastante egoista para conservar secreto un placer y temblar de gusto al vagar por el vecindario de mala fama. Por lo tanto, dejemos á las telarañas sobre los sables enmohecidos, y demos las gracias al Gobierno por la conservacion pasada y futura, de las cuadrillas de ladrones! Tal vez hasta uno de esos hombres tan llenos de dignidad que estaba sentado á la mesa, podia proporcionar material para escribir un romance de los Klephtos.

La comida fué servida con prontitud y elegancia, los manjares eran excelentes y nuestro apetito igualmente, despues del largo paseo á caballo. En las paredes del comedor habia pintado

frutas, caza y pescados, al estilo de los árabes. Despues de la comida nuestra amable huésped nos dejó, y pudimos gozar de un sueño que nos refrescó.

El dia siguiente era domingo, y se nos presentó la oportunidad de oir misa en la capilla del rey, á las ocho. Despues de la ceremonia en latin, todo lo que sirve para la observancia de nuestro culto fué quitado, y entónces pasó adelante el prelado de la reina con sus sencillos ritos. Algunas veces en las fiestas nacionales la pareja real concurre á la iglesia griega.

Con el fin de conocer las costumbres de un país y especialmente las de una poblacion, nada puede desearse como una fiesta nacional. Esta tocó á nuestra suerte en este dia.

El 16 de Setiembre (aunque acorde con el calendario griego es el 3) la jóven Grecia celebra el aniversario de la revolucion. Cuando del palacio nos dirijimos por las calles principales, la reina habia ya pasado por el arco triunfal de mirto, y llegado á la catedral a donde una solemne funcion venia á formar el objeto principal de la fiesta. En las calles habia filas de soldados griegos. El aspecto que presentaban nada tenia de marcial. Echabamos de ver como el uniforme del soldado europeo habia sujetado los movimientos natura-

les y sueltos de esta gente. El corbatin tieso, el chacó redondo y adornado, daba un aspecto enfermiso á los hijos de las montañas meridionales. El hombre que está habituado á usar una chaqueta suelta y la enrollada "fustanella," debe sentirse en extremo incómodo, bajo el sol de Grecia, con el saco de paño abrochado y los pantalones largos.

De suerte que la juventud de Grecia esta hápciendo á un lado el traje pintoresco de su país, con el fin de trasformarse en "títeres," y parecerse más á nuestros guardias nacionales. Y sin embargo, la civilizacion europea lo requiere, y el admirador entusiasta de lo bello del siglo XIX, debe callar.

El batallon que llevaba el traje nacional era hermoso y de aspecto guerrero, y ostentaba sus estandartes con la misma magnificencia que las tropas que ya habiamos admirado en Pátras.

La gente andaba en alegres grupos entre las filas de los soldados, algunos con traje europeo, otros con el suyo de brillantes colores Los balcones estaban adornados con suma belleza, y en estos echamos de ver mujeres de edad y jóvenes espléndidamente ataviadas. De sus centellantes ojos y regulares facciones fácilmente se podia reconocer la mezcla de la sangre eslabónica con la

antigua griega. Entre los trajes de las mujeres el de los "Hydriots;" me era nuevo. En vez de «fez» ó gorra colorada, las encantadoras isleñas llevaban un velo delgado de gaza el cual les caia desde la cabeza sobre el pescuezo y el pecho. Los vestidos son como los de sus hermanas las del continente, hechos de un material de seda de brillantes colores.

No obstante la clase de dia importante que era, la gente estaba muy tranquila. Y no se notaba ni entusiastas vivas ni aun esa curiosidad por ver espectáculos. Mas bien parecia como si la gente hubiera ido por costumbre.

Despues de que hubimos contemplado el brillo y alegre aspecto de las casas, aumentado por el sol abrazador, nos encaminamos á la catédral, muy adecuada en tamaño á una capital liliputiense

En la puerta nos recibió una corriente de aire cálido y nuestros oidos fueron regalados con el cántico monótono de los sacerdotes griegos.

En medio de éstos estaba sentado el Archimandrita digna figura de pasados tiempos, con una barba ondulante y blanca como la nieve.

En el costado derecho de la iglesia, ante una silla de trono, estaba la Reina Regente lo mismo que una estátua de mármol, con unas vestiduras

guarnecidas de piel de armiño. Hadia algo artístico en idea de este traje y estaba cortado al estilo oriental.

Como que habiamos tomado lugar precisamente frente á unos arcos con columnas, de un docel algo elevado podiamos contemplar á nuestro antojo á esta señora tan llena de dignidad. Su persona estaba cubierta de una gran profusion de ricos bordados de oro; en su cabellera castaño oscuro brillaban los diamantes; el cuello lo tenia tambien cubierto de estas piedras, pero la espresion de su rostro y todo su porte era frio é indiferente;—se leia algo de disgusto en su fisonomía usualmente amable y animada. Esta pobre señora puede muy bien haberse acordado como á su trono progresivo se le puso el sello unos cuantos años ántes, en aquel horrible 3 de Setiembre. Podia imaginar con el recuerdo la imágen del pueblo dando alaridos, y de los consejeros que cedian, y ahora estaba obligada á pedir en oracion por la conservacion de las instituciones que habian sumerjido en la confusion á su adorada Grecia. Contraía los lábios fuertemente, en vez de abrirlos con el rezo.

Cuando terminó el himno dejamos la tenebrosa bóveda, con el fin de ver pasar en coche a la Reina. Yo me habia figurado que en esta ocasion

habria cuando ménos, sino una procesion magní fica, si caráoteristica, en vez de lo cual no habia mas que dos coches de estilo Bavaros con cuatro caballos, los que pasaron de prisa y en uno de los cuales iva la Reina con parte de su séquito; y casi se perdia de vista. Uno que otro ayudante ricamente vestido y una escolta de lanceros rodeaban el carruaje, y todo desapareció violentamente de la vista del curioso.

La Reina se quitó sus pesadas vestiduras, despues de lo cual nos reunimos á almorzar en un cenador del jardin. Consistia éste en un enrejado de palo á manera de celosia, con un techo muy ligero y está construido sobre un espléndido mosaico que fué escavado de ese mismo lugar. y se dice ser el mas grande que se conoce. Está perfectamente bien conservado, y aparece por los arabescos que tiene lo mism o que por la forma, haber sido encontrado en un antiguo cuarto de baño. Al sentarnos á un excelente almuerzo, la Reina observó que eramos trece. Al instante se puso una mesa en un rincon del cenador, y el pobre ayudante que habia sido nombrado nuestro acompañante, se vió obligado á sentarse á ella. Este comportamiento original en esta Reina tan sensata en lo general, debe perdonarse por dos razones. En primer lugar, la gente griega es ex-

traordinariamente supersticiosa, al grado que no es prudente el declararse abiertamente en contra de estas peculiaridades. Y segunda, hace algunos años tuvo lugar en la corte un accidente notable.

Habia un dia, trece personas comiendo y poco despues uno de la concurrencia murió. A pocos dias la comitiva se reunió de nuevo, con el mismo número fatídico de personas. Un jóven inglés que habia estado en ambas comidas, en tono de chanza preguntaba, quién seria la víctima en esta ocasion. No pasó mucho tiempo, y el jóven británico era cadáver.

Despues del almuerzo mandó la Reina, que se le trajera una carr etela abierta con unos caballitos, en la que nos lle vó á mi hermano y á mí dándonos la ocasion de admirar su destreza y habilidad para llevar la s riendas. El resto de la comitiva nos siguió á pié.

Nos enseñaron una coleccion de venadosy de gazelas. La Reina nos llevó á verlos por su jardin, el que es su mayor placer y orgullo. Riéndose, le llama su pequeño reino. Antes de que tomase las riendas de l gobierno del más grande, este, "El Dorado" Ateniense era su principal diversion; más ahora desgrac iadamente, el jardin ha tenido que sufrir á causa de los asuntos más graves del

Estado. Los jardines están trazados á la inglesa, allí crecen y se cultivan las plantas alemanas con sumo esmero, entre las palmas y los naranjos del país.

La vista desde algunas partes, por las ruinas del antiguo arte griego, es sumamente hermosa, y no podia serlo más. Solo lo que hace falta son algunos sitios sombríos, y algunas praderas verdes, para que fuera perfecto el jardin. El primer defecto lo rectificará el tiempo, pues todo esto ha sido hecho hace pocos años. En el terreno más alto se echa de ver ya un grupo de árboles, bajo cuya sombra la real pareja suele almorzar. En cuanto al segundo defecto hay ménos esperanzas —los rayos del sol son demasiado fuertes para permitir el crecimiento exhuberante de la yerba. Para Aténas, sin embargo, este jardin es una maravilla, —es el único punto adonde se vé el fresco verde del follaje, y una variedad de flores en todo su esplendor.

Para nosotros, los que veniamos de una tierra más fria, la vejetacion meridional nos era especialmente interesante. La multitud de palmas ondeantes y de lozanos alóes, nos eran nuevos. Estos últimos se ven muy bien brotando de los macetones de mármol blanco como la nieve, colocados en los anchos y parejos escalones, que conducen

del costado izquierdo del palacio, de terrado en terrado, hasta el jardin. El primer terrado, siendo más ancho que los demás, se le usa como para paseo cubierto por unos columnarios. El segundo queda aun más bajo, y está sembrado de hermosísimas camas de flores entre unos naranjos. Estos, sin embargo, sufrieron tanto con el frio del último invierno que fué necesario que los cortasen hasta el suelo; pero el crecimiento de la vejetacion meridional es tan rápida y fuerte, que ya han alcanzado la altura de cuatro á cinco piés. Sin embargo, la cosecha se dilatará algunos años. El jardin, tiene un tamaño bastante regular. y durante su construccion se han encontrado algunas antigüedades muy hermosas, y estas se guardan en una parte del jardin. Hace pocos años tropezaron con un acueducto antiguo y bien conservado, el que usan al presente para traer el agua necesaria para las plantas. Creen haber encontrado igualmente el sitio adonde enseñaba Sócrates. El trascurso de los siglos convierte el lugar donde estaba la escuela de los filósofos antiguos, en un parque inglés!

Como que el ardiente sol del mediodia pronto nos lanzó de los jardines, se nos propuso el que visitasemos los departamentos del Rey y de la Reina. Estos unian á la magnificencia, la como-

didad, y encontré que habia ideas muy ingeniosas; y entre los adornos griegos bonitas pinturas al fresco; pero por todas partes se traslucia de un modo visible, el gusto de Munich; y la verdad es, que en estos climas cálidos esta manera de edificar es de gran provecho.

En el estudio del Rey vimos á los hombres afamados de la antigüa Grecia. En un rincon habia un Apolo Bélvedere fundido en yeso, como una muestra del arte antigüo. En otro aposento vimos unos bustos de los héroes de la historia moderna griega. En la pared habia colgados dos grandes cuadros al óleo, ejecutados por el pintor Hesz, de Munich, representando la entrada del Rey á Nauplia y á Aténas. Los cuados están pintados con gran maestria, y contienen muchos da los retratos interesantes del país. En este aposento no hay hasta ahora muestras del arte moderno griego, y seria dificil el encontrarlas al pres sente en Grecia.

Los anchos escalones que conducen á este cuarto están como tenemos ya dicho adornados con bronce y mármol del Penthélico n— una obra grandiosa. Estos escalones de piedra están colocados con tal firmeza, que la escalera doble por la muralla no tiene columnas que la sostengan. La Reina nos contó, que se necesitó mu-

cho tiempo, y muchísimo trabajo antes de que pudieran encontrar trozos de mármol sin tacha, para poder aventurarse á emprender esta obr maestra. Este tramo de escalera verdaderamente magnífico conduce á un salon que está precisamente á la gran entrada, y en el centro del palaa cio. Los aposentos más hermosos del edificio son sin duda las dos salas grandes de baile que están en el entresuelo. El techo es sumamente alto. El color principal es el encarnado con ricos adornos de oro. Los muebles corresponden con las paredes y el cielo raso, y están de tal manera colocados que siempre dejan lugar para bailar. Un pintor se ocupaba en llenar de figuras mitológicas la parte alta de una de las salas. Cuando el pesado candil, y las ricas paredes brillan con mil luces de colores, y vuelen por todos lados esos trajes orientales tan hermosamente bordados, con el baile melodioso, el espectáculo debe ser verdaderamente encantador.

Las fiestas que hay aquí tienen fama entre los extranjeros de ser muy espléndidas, y de mucho gusto. Si estas festividades están ó no de acuerdo con las costumbres y con las rentas del país, es cosa que no me atrevo á juzgar. De buena fuente supe que la gente griega esentusiasta por la munificencia, y el esplendor del trono.

La Roina, que nos habia enseñado las curiosidades de su país de una manera tan agradable, y con tanta amabilidad, nos invitó esa misma tarde para ir á dar un paseo á la afamada Eléusis. Toda la comitiva se colocó en dos ámplias y cómodas carretelas, y así salimos del castillo por una parte baja de la ciudad, pero pronto llegamos á la "via sacra," que en tiempo de los antiguos griegos, conducia al Templo del Dios Desconocido.

Al principio pasamos por unos olivos y unas viñas, pero á poco llegamos á un desierto romántico y salvaje, y tuvimos que pasar por una angosta llanura para llegar al otro lado de la cadena de montañas, adonde yacia el tranquilo mar, y al fin de la llanura estaba Eléusis. A la derecha y á la izquierda del camino habia esparcidos grandes trozos de roca, aquí y allí, grupos de pinos cuyas testas estaban coronadas con un verde mas hermoso que el follaje de nuestros árboles.

Con escepcion de varias tortugas que se arrastraban con lentitud no vimos señal alguna de la vida animal, pero en medio del desierto llegamos á las ruinas del convento de monjas de Daphne. Queden aun paradas una parte de las fuertes murallas externas de la iglesia y las miserables cho-

zas de las monjas. Antiguamente fué edificado un castillo en este sitio, por la familia Laroche, de los Duques de Aténas. Los descendientes de Laroche existen en Bavaria.

Las murallas muestran distintamente una arquitectura meridional. Despues este castillo, fué trasformado en convento, y mas tarde se edificó una iglesia al estilo Bizantino. En la cúpula hay un mosáico —representa la cabeza del Salvador y es de un estilo típico. Como que la iglesia está dedicada al culto griego, se deja ver naturalmente un biombo dorado entre la congregacion y el altar. Las largas y gruezas velas que estan puestas en los altos candeleros, exparcen una luz opáca sobre los grandes Testamentos que están abiertos y colocados en unos atriles que descansan en la pared cubierta de negro por el humo.

La quietud y el silencio de la casa de Dios daba un aspecto solemne al todo. En una capilla de un costado, hay aun algunos monumentos sobre los cuales se ven esculpidos en el mármol los escudos de armas de los Laroches. Y así es que en las cercanías de Aténas, encuentra uno que todas las historias de diversas épocas están inmortalizadas cono los recuerdos los mas notables.

En el patio del convento se echa de ver aun al-

gunos restos del cinato gótico. Las paredes son tan macisas, que parece como que si estos Duques no se hubieran considerado muy seguros. Apénas nos habiamos trepado por las arruinadas murallas cuando algo de vida comenzó á presentarse bajo la forma de unas figuras horribles como de brujas cubiertas con unos cuantos andrajos con unas canas emarañadas y los miembros muy marchitados. Pertenecian enteramente á las edades pasadas de esas ruinas inanimadas que nos rodeaban. Lo único que les faltaba, eran unos calderos y unas escobas para completar el cuadro. Estas eran las piadosas hijas de Daphne, las que estaban en el acto de esparcir en el suelo el maíz turco y otros granos para que se secasen. Tocante á su santidad no hay mucho que decir, por lo ménos esta es la opinion del arzobispo de Aténas, su gefe espiritual. En todo caso su aspecto no es tan solo repulsivo, sino indecoroso, y mas bien parecen un grupo de pordioserás que de una comunidad de monjas. Dejamos las ruinas despues de que estos duendes negros hubieron besado las primorosas manos de la Reina, gritándole bendiciones.

Pronto llegamos al fin de la llanura, y con placer fijamos la vista en el mar, la aldea de Eleusis

y en las altas y bien formadas montañas. Podiamos ver á esto las huellas de un segundo camino cortado en las rocas, pues la vereda está en un escollo estrecho, entre el mar y las elevadas rocas. Se observa aquí lo mismo que en el Acrópolis, y muchos otros lugares en Grecia, que los antiguos cortaban unos carriles en la roca, y que las ruedas que eran todas del mismo ancho, andaban por estos, de suerte que los caballos estaban obligados á ir por las desnudas rocas. Aun más interesantes que estos restos del camino, son los lagos de agua dulce, que están luego á la derecha del camino, miéntras que por el lado izquierdo está bañado por las olas del mar. Estos pequeños lagos tienen fecha ya, su profundidad no excede á cinco piés, están más altos que el mar al que fluyen sus aguas por debajo del camino. Este tan solo está separado del mar por medio de una muralla muy baja. Parece que el objeto de estos lagos es la conservacion del pescado; el abastecimiento probablemente proviene de manantiales subterráneos.

A la entrada de Eléusis la Reina se detuvo, y nos bajamos. Primero visitamos una capilla griega en extremo baja del techo, y la que fué edificada de las ruinas del Templo del "Dios Desco

nocído." En el interior nos encontramos varios trozos de estátuas antiguas é inscripciones de gran interés para el arqueólogo que comprendia estos carácteres.

Miéntras nos ocupábamos en admirar estas ruinas de los tiempos pasados, los habitantes de la aldea que quedaba arriba de nosotros bajaron y rodearon á su amada "Basilissa;" quien los saludó con palabras cariñosas en ese idioma dulce griego. Es una costumbre encantadora la que tiene la pareja real de presentarse entre sus aldeanos. Toda la multitud sale á encontrarlos, regocijándose, y dejando oir por los aires sus gritos de "Zito."

Los habitantes de esta localidad, y particular mente las mujeres estaban vestidas de un modo distinto á los de Aténas; podré decir de un modo más poético, y con mas gusto. Llevan unos vestidos largos y de color oscuro, y sobre estos una capa blanca con borlas negras que les cuelgan hasta las rodillas. El corpiño está bordado ricamente. La cabeza y el cuello se halla ocultado por un velo blanco, cuyas largas torceduras les caen por los hombros hasta el suelo. La abundancia de cabello es el orgullo de estas mujeres. Se lo componen ingeniosamente tranzándoselo con

una lana color de castaño. Las doncellas usan en vez de velo en la cabeza el doto, consistiendo éste en un especie de gorra como casco, con una faja y borla compuesta de monedas de oro y plata, formando frecuentemente una pequeña coleccion bastante interesante. Se encuentran en gran variedad monedas de oro turcas, griegas, austriacas, y españolas. Este peinado original en extremo, cae muy bien sin embargo, á esa clase de facciones graves de los orientales. Un gran número de mujeres llevan anillos dorados con unos camafeos antiguos de lo mas hermosos; y los que se encuentran en los campos entre los terrones de la tierra.

Andábamos vagando seguidos por toda la caterva, en la peñascosa colina que formaba los cimientos del templo. Solo se encuentran ahora unas cuantas paredes en ruinas y trozos de los pilares de mármol del famoso santurio adonde se celebraban los misterios Eleusinianos, y desea uno que vuelva Céres otra vez á este vecindario y busque á sus niños, y que si viniera, por segunda vez se pudiera cantar:—

"Und auf ihrem Pfad begrüsste *
Irrend nach des Kindes Spur,
Ceres die verlass'ne Küste;
Ach! da grünte Keine Flur!

Dass sie hier vertraulich weile,
Ist Kein Obdach ihr gewährt;
Keines Tempels keine Säule
Zeuget dass man Götter ehrt."

Así pasa la mano del tiempo sobre los objetos de mas celebridad: y frecuentemente me vino á la memoria en Grecia el poema de Rückart, que nos habla del valle adonde primero existió una poblacion, despues un monton de ruinas, campos y mar, y al fin una ciudad otra vez. Nos era sencible la idea á nosotros los jóvenes de los tiempos modernos, al andar por entre las piedras rotas, que habian sido colocadas hacia tanto tiempo con gran trabajo por las gentes mas civilizadas del mundo,

* Y.... saludada al paso;
Errante en pos de su adorada hija,
Ceres corria la desolada playa......
¡Ay! ya no existen allí, campos ni techos
Do hallar puede descanso á su fatiga;
Ni templo, ni columnas, que atestigüen
Que allí á los dioses se rindió homenage....

con el fin de crear una "obra maestra" para la eternidad, y reflexionar que aquí los jóvenes de épocas antiguas habian celebrado los místicos ritos de Céres!

Nos llevaron á dos casas de los habitantes del país, adonde vimos los mosaicos los mas hermosos, representando unos niños jugando y el cenagal de los marranos. Sobre uno de estos pasa la muralla de la casa. Y de esta manera es como se entregaban á la destruccion por gentes ignorantes estas hermosas obras, aunque podian haberse conservado con un poco de cuidado. Desgraciadamente el Rey, quien abriga los mejores deseos para la conservacion de estos tesoros, no tiene el poder para mandar que se lleve esto adelante.

Al salir de la segunda, casa las mujeres y las jóvenes de Eléusis se formaron en semicírculo frente á la Reina, y comenzaron á cantar una melodía bastante monótona, una cancion violentamente improvisada y al mismo tiempo con los brazos cruzados dieron principio á un baile solemne y de baláнceo. Poco á poco se inclinaban dando un paso adelante, y dos pasos cortos atrás; y despues de cada copla, daban en el áspero suelo con el tacon de sus sandalias. En este baile reconocimos las costumbres de los antiguos griegos, tal cual las vemos representados en los jarrones de la vie-

ja Grecia, y no hay duda que era un espectáculo hermoso é interesante. La Reina me dijo que la cancion se referia á su presencia. Con las primeras palabras daban á entender el placer que les causaba el que nosotros los extrangeros les trajésemos noticias de la próxima llegada del Rey; y con las segundas comparaban a la "Basilissa" á un naranjo á cuyo pié nacia un fresco arroyo. Esta gente parece tener una facilidad particular para estas improvisaciones.

Otro antiguo muelle griego se extendia hasta el mar al pié de la pequeña poblacion. Se distingue, por la piedra particular, en su tamaño y en su suavidad. La Reina nos invitó á tomar algun refrescó, cuya proposicion aceptamos con gratitud. Era una colacion campestre. Bien pronto nos trajeron una mesa bastante usada y unos banquillos. Una caja, que contenia las provisiones tan deseadas fué abierta, y nos ocupamos luego de la carne fria, hüevos y vino; especialmente con el de Eléusis, tan renombrado en el mundo. Así sucede con todo sér humano: la mente, el corazon, y el estómago forman desgraciadamente un triunvirato, que en esta pobre vida jamás podrán estar separados!

Despues de este ligero alimento, los hombres

de Eléusis no queriendo que sus esposas los dejasen atrás, emprendieron un baile parecido al de las mujeres, solo más animado y salvaje. El mejor bailarin del distrito dirigia este laberinto, y daba unos grandes saltos muy originales, semejantes á los de una gamuza, y que le hacia á uno recordar el modo de comportarse en los antiguos Bacánales. Despues de que hubimos admirado esto por algun tiempo, la Reina reunió en su derredor á los niños del pueblo, les hizo algunas preguntas con un tono amable, y repartió entre ellos los hüevos que habian quedado de sobra. Era un cuadro bonito el ver á esta mujer cariñosa entre esas riaturas tan robustas y tan traviesas. Todas se camontonaban en su derredor. Cada una de ellas deseaba un regalo. A los más boruquientos los rechazaba con la mano suavemente, pero entre los más modestos los dividia con alegría. Vaya una gritería y un jubileo! Sabe bien el modo de ganarse el corazon de sus súbditos, por los medios los más sencillos. Toda la poblacion jóvenes y viejos, se lanzaron trás el carruaje, y la Reina dejó este sitio interesante entre los fuertes y resonantes gritos de goce; "Zito Basilissa!" los más entusiastas entre los jóvenes corrieron por algun tiempo trás ella dándole vivas. Es fácil percibir que la Reina es la que sostiene el trono nueva-

mente establecido en Grecia con su influjo personal, sobre las afecciones de su pueblo.

Al pasar por las viñas, los pocos habitantes que allí habia arrojaron dentro del coche las mas hermosas uvas que poseian, las que fueron aceptadas con agradecimiento; y esta muestra de afecto no fué como entre nosotros premiada con el oro. La mas alta recompensa del aldeano, fué el cariñoso saludo de la Reina. Los griegos son realistas de corazon, y conocen el valor que tiene la proteccion y la benignidad á lo príncipe, sin necesidad de que se los prueven, con el dinero.

En la noche, ya tarde, regresamos á Aténas con la brillante luz de las estrellas.

A la mañana siguiente almorzamos en nuestros cuartos, y á las nueve nos llevaron á las caballerizas del rey; estas son amplias y aseadas, y contienen una hermosa coleccion de caballos orientales. Los mas hermosos de entre éstos fueron sacados al patio ante nosotros. Tanto el Rey como la Reina son afectos á montar animales briosos. Se tiene por buen tono en Grecia que los caballos al partir muestren bastan brio, para enseñar que clase de ginete es el Rey, á la gente que de nada se admira. Los caballos están al cuidado de un oficial retirado Baváro, el que parece entender muy bien el arte de montar. De

allí nos fuimos á la nueva Universidad la que tiene el antiguo estilo griego. El salon mas grande, que aun no está concluido, está sostenido por unos hermosos pilares de mármol blanco, Apénas se ha dado principio á esta institucion; pero se están esforzando á perfeccionarla; á la bibléoteca, que se compone principalmente de regalos hechos del continente y de personas extrañas, no le falta importancia. De esta chispa de una vida nueva, nos volvimos otra vez al centro de la antigua magnificencia y grandeza —al orgulloso Acrópolis hecho de rocas que sobrepuja á todo lo que hemos visto del arte antiguo.

Desde el pié de la altura hasta la puerta de la muralla externa, pasa el camino por unos terraplenes, y es segun costumbre en la Grecia moderna muy malo. Nos vimos obligados á abrirnos paso entre la polvareda con gran trabajo, hasta el lugar adonde ántes que el tiempo destructor hubiera completado su obra, subia el antiguo griego por los escalones de mármol hasta el asiento de los Dioses. En la distancia, brillaba el soberbio Propilo sobre los adoradores de la sublime Minerva, como un templo del Sol en el azulado eter. Con ahinco dirigia al vuelo sus pasos hácia arriba y pronto se encontraba en un laberinto de pilares, en los cuales el trabajo de un Fidias, cual

perlas del arte humano, le causaban al instante entusiasmo por su divinidad, y admiracion por la maestría del hombre. Contemplaba las sérias y tersas facciones de la diosa sacadas de la vecina cantera del Penthélicon, y á quien su mente poética habia convertido en su protectora. Ninguna oracion tranquila y fervorosa de reverencia y devocion dirigida al Sér Supremo podia pasar por esos lábios. En su lugar se requerian exclamaciones de gozo al traer el sacrificio coronado de flores, que era la expresion del placer poético de la naturaleza; y sin embargo tenia su fin, en la alabanza de sí mismo. Un temor cristiano hacia el gran Creador del universo tan solo era causado entónces—por la obra del Sér Supremo, el fenómeno incomprensible de la naturaleza, y por la muerte! El Acrópolis era una diadema, con la que la orgullosa humanidad se habia engalanado su gloriosa cabeza; pero á esta corona le faltaba las bendiciones puras de la Redencion, el brillo de este ornamento vano estaba destruido, y el espíritu sensual se evaporó ante las espinas y la corona del Salvador. En este estado de la mente los discípulos unieron sus potencias artísticas para ornar á las catedrales (y en vez de las perlas y las joyas de otros tiempos) con el emblema simple del crucifijo. El brillo se desapareció, las

perlas se esparcieron con el vuelo del tiempo; y sin embargo, reconoce uno aun, por los restos, que las mentes que crearon estas obras deben haber sido grandes y sublimes. Yace todavía en las ruinas un encanto poético—un poder irresistible, que hasta satisface el amor propio del cristiano del siglo diez y nueve. El alma involuntariamente se llena de orgullo al pensar que estas obras fueron levantadas por hombres de carne y sangre iguales á nosotros; y como que nada se nos recordó con ver los atributos del culto pagano, en el ancho y tranquilo espacio, la imaginacion tenia campo libre, y aun la mente cristiana podia regocijarse con los monumentos de la antigua Grecia.

Entramos por la parte de la muralla esterna. Despues que hubimos pasádola oprimidos, llegamos á una pequeña atálaya, la que desgraciadamente, está en parte fabricada de los restos de los tesoros del arte. A derecha é izquierda yacian, unas piedras caidas, y unas columnas rotas, y pasamos por una apertura en la pared como de puerta, en los linderos del magnífico Propileo. Aun hasta el dia se trazan, los estupendos escalones, que dícese llegaban hasta el mar. De cada lado se alzaban unas columnas gigantescas que formaban varios salones de entrada á los verdaderos santuarios. En los pisos de mármol habian corta-

do unas acanaladuras de tal manera que antiguamente deben haber pasado sus carros entre los escalones.

Las hileras de columnas se hallan separadas del interior del Acrópolis mediante unas grandes murallas hechas de una piedra blanda y arenosa. En el centro se encuentra una triple entrada. A la derecha del Propileo y sobre una roca que forma proyectura se halla el decorado templo de la Victoria y en el cual fijamos la atencion por primera vez. Sus dimenciones son muy exactas, y de una simetría perfecta. Cuatro paredes adornadas con columnas al estilo Dórico, forman el edificio, y en uno de cuyos costados hay una hermosa cúpula por donde se pasa al interior. Al rededor de la corniza hay unos hermosísimos bajo relieves esculpidos, en muy pequeña escala. Debido á la posicion abierta donde está el templo, su fondo lo forma el éter puro; y como que lo han fabricado con tan cortas dimensiones, las que últimamente han sido restaurados, tiene algo en extremo atractivo. En el interior y contra la pared nos encontramos con un bajo relieve en alto grado hermoso, de la diosa "Victoria." Los Atenienses con el fin de asegurar el éxito, no tan solo edificaron este monumento en honor de ella, sino que le llamaron el templo de la "Victoria sin

Alas," queriendo decir con esto, que puesto que la victoria no tenia álas no podia abandonarlos.

Despues dimos la vuelta á la izquierda del Própileo, adonde encontramos, en un peñasco un gran aposento donde habitaban en la Edad Media los duques de Aténas.

Ahora se usa este aposento y el espacio que está allí adjunto, para museo de las antigüedades escavadas de la tierra. Aquí se encuentran amontonados piés, manos, brazos y cabezas de piedra. Solo unos cuantos de estos tenian gran importancia; pero con qué placer no nos hubiéramos llevado el pedazito más pequeño de la estátua la más insignificante! Esto como es de suponerse, está terminantemente prohibido, pues Grecia ha sido ya robada grandemente de sus más hermosas estátuas y jarrones por los Europeos amantes al arte. Algunas personas de nuestro séquito, no obstante esto, lograron ocultar unos pedazitos de mármol de los pilares ó de la muralla, como un recuerdo de este lugar histórico.

Que lastima que al gobierno griego le falten recursos, y á la nacion el amor al arte! de otra manera todos estos tesoros lo mismo que las antigüedades esparcidas en varias partes, podian ser recogidas y arregladas sistemáticamente en un museo edificado para este objeto. Y de este mo-

do siquiera, las sombras de los magníficos monumentos de la antigua Grecia nos serian restauradas. Alza uno un terron y por entre los escombros de siglos vé uno, y se aparece la forma de un hermoso dorso—Aténas y Europa se regocijan de este gran descubrimiento y el dorso guarda su oscuro lugar de honor entre los demás fragmentos, hechos pedazos. Cuentos extraordinarios se relatan de la nuevamente descubierta obra maestra, se le atribuye á un Fidias, se le ensalza en los periódicos del arte ilustrado. El modelo malo y falsificado de cobre sorprende la vista del curioso en otras partes del globo, miéntras que en la vecindad inmediata del tronco sin cabeza se enseñan á los atónitos viajeros los piés y las manos desde mucho tiempo halladas, como unos fragmentos sin sentido. ¿Qué no podria un artista diestro reunir estos miembros diversos, y unirlos para formar una estátua perfecta de un siglo pasado, ó por otro lado inspirado con estos modelos hermosos producir tal ó cual parte pequeña que falte? O no podria un arquitecto hábil pocesionarse del espíritu de estas obras antiguas, y con la perspicacia tan exacta del artista unir los diversos fragmentos de los pilares esparcidos y formarlo todo? Desgraciadamente faltan los medios para tan grande empresa; hasta hoy solo se han

hecho algunas tentativas, cuyo éxito, sin embargo, nos prueba cuán grande seria la recompensa de esta magnífica, aunque difícil obra.

Nos sorprendimos al ver la estatua de una diosa con un rico ropaje, desalojada de su puesto elevado, y permaneciendo en el Acrópolis, miéntras que su linda cabeza, escabada de la llanura, tal vez era enseñada en el templo de Theseo; y sin embargo, esto puede haber ocurrido de un modo muy natural, aunque bárbaro. El cruel turco se encontró esta figura en las murallas del castillo, por tanto tiempo sitiadas; inspiracion alguna se posesionó de él al contemplarla; pues tan solo habia desenvainado el sable del Profeta, con los fines de la destruccion, y la mano de hierro del hombre bárbaro pronto completó su obra. La cabeza que con vida habia inspirado Fidias, y la que por medio de su cincel habia adquirido una fama imperecedera, fué arrojada de la deslumbradora garganta, y rodeada en medio de los gritos de la victoria por las rocas y los llanos del país conquistado. Pero estos sacrificios á la barbárie no se limitaron á los hijos de Mahoma; los campeones de países cristianos supieron tomar parte en estas diversiones. Mas ahora debia tocar á los amantes del arte del siglo diez y nueve, el reunir los miembros esparcidos de los dioses, y llevarlos

otra vez al sitio de su antigua fama, como ofrendas á sus respectivas Musas. Y sin embargo, esto no se verifica ni se verificará; por lo ménos así nos los enseña la historia de épocas pasadas.

Cada época tiene su estrella peculiar en el arte, que atrae la admiracion del género humano. La leccion que el tiempo nos da, es que estas obras son destruidas, y sus ruinas legadas á la posteridad con el objeto de que las generaciones futuras puedan formarse idea, aprender y crear, para sí mismas.

Por las puertas del Propileo pasamos á un espacio cubierto de piedras—la morada de los antiguos dioses consagrada especialmente. Aquí encontramos el gran pedestal, marcando el lugar en el en que en un tiempo habia estado en pié la afamada Minerva. Aquí se trazaba aun el Templo de Erecthes; aquí se veia la grande obra maestra de la arquitectura griega—el ricamente adornado de columnas, el gigantesco Parthénon, en donde Fidias habia entronizado una vez su Zeus hecho de oro y de marfiil. A la izquierda, á la salida del Parthénon, descansan contra una muralla de piedra blanda y arenosa, unos bajos relieves, esquisitos en su hermosura y tomados de los métopas del Parthénon. Representan una procesion triunfal, en las que se hechan de ver las

figuras las mas meravillosas: son las producciones mas espléndidas del arte antiguo. Y sin embargo, los principales tesoros entre estos bajos relieves, se los ha llevado Lord Elgin el representante de su nacion mercante, al Museo Británico; y en recompensa por este robo de tanto éxito, ha edificado en la pobre Aténas una insignificante torre para relox! Hasta donde se han podido estirar las grandes garras del leopardo, hasta allí ha causado heridas, para llegar á la sangre del corazon; y los despojos que se ven en la cueva de sus lares, muestran que son largas las uñas del leopardo!

Nuestros sentimientos de entusiasmo se aumentaron conforme nos acercamos al sublime Parthénon. La fachada está aún, en lo que cabe, bien conservada, y hace ver á la imaginacion muchos contornos y puntos de los que fácilmente puede llenar el todo de el noble y viejo cuadro.

Un ancho columnario, del estilo mas simple y grandioso, rodea el templo, el que está cerrado, y al mismo tiempo adornado con unos pilares. Las molduras del templo se hallan, desgraciadamente, muy multratadas, y tan solo hay que ver dos figuras sin cabezas ni brazos, que deben haber formado parte de un grupo de marmol. Unas huellas rotas de las métopas, se dejan ver entre el

techo y las columnas. Tan pequeñas y tan elegantes son las dimensiones del templo de la Victoria, como magestuosas y grandes son estasobras del arte antiguo; y sin embargo, ambos se desprenden igualmente en cantadores, en su armonía arquitectónica. Un enc nto irresistible yace en estas ruinas de mármol; estas obras han sido proyectadas por una mente pensadora. y ejecutadas con espíritu. Solo queda sin solucion una enigma, y es la sigaiente: ¿cómo es que los antiguos tuvieron la fuerza y los medios para poner unos sobre otros esos grandes montones de piedras? Sí, esos grandes artistas hicieron unos cálculos tan grandes sobre arquitectura, como nosotros no estamos acostumbrados ni siquiera á pensar, tales cuales nuestra época pobre y miserable no se atreve á contemplar! Y así es que lograban proteger sus edificios admirables, construidos con piedras colosales sin el pegoste de la mezcla, de los considerables terremotos del Sur, dándoles á todos los pilares una inclinacion algo aguda hácia el interior del templo; de suerte que las piedras atravesadas, apoyadas las unas con tra las otras, daban al todo sostén. De esta manera dieron á las bases del Parthénon una direccion inclinada hácia el centro, produciendo una ilusion óptica, y haciendo aparecer mas grandes estos nobles edifi-

cios. Para la figura de Zeus; ninguna obra mejor que esta podia haberse escogido como morada para un Dios, pues al mismo tiempo revela la gravedad y la grandeza del dios-trueno, y su aspecto poético como un admirador de las ninfas. Pasamos adentro. Adonde en una época hubo techo, penetra ahora la luz mas clara del azulado éter por el mármol del Penthélicon, al que el tiempo ha dado un color amarillo. El techo al cual subia el humo de las ofrendas, ahora está tirado en pedazos por el suelo adonde antiguamente corria la sangre de las bestias que eran sacrificadas. Del habitante ricamente adornado de esta vieja fortaleza de mármol, el Zeus de Fidias, no hay ya ninguna huella. El cabello dorado y el manto, en alguna parte han servido para llenar el saco del ladron. Han colocado en el interior dos tronos viejos de mármol, que han sido escabados de la tierra.

Aquí el Rey y la Reina se sientan á presidir las fiestas arqueológicas que se celebran. Nos creiamos como en los tiempos de la gente Ateniense, cuando á la caida de Creon enviaron fuera á sus Reyes. Sin embargo, el profesor K. se sentó en el trono del Rey con una admiracion entusiasta por los antiguos, y á esto se veia realizado el deseo por tanto tiempo abrigado por nues-

tra comitiva. Desde el principio del viaje habiamos conservado con grán cuidado un frasco de vino austriaco; fué sacado ahora, y su contenido vaciado para echar un bríndis por la Patria. Las costumbres meridionales se unieron con las del del Norte. El Cronista K. estaba sentado como un bardo de los viejos tiempos alemanes: su cana cabellera agitada por la brisa, en el trono de mármol. Formamos círculo en su derredor, y entónces, con la inspiracion del momento, prorumpió en un discurso en una voz clara y resonante, é hizo una salutacion á la Patria. Escuchamos sus palabras con entusiasmo y emocion. Era un momento poético, ocasionado por el amor patrio, y aún mas excitante por las cercanías. Habiamos cumplido nuestro propósito de beber el fruto de las viñas de casa en la mas grande fortaleza de Atica, miéntras que con pasion pensásemos en nuestra amada patria. Antes de que nos pusiésemos el jugo de las saludables uvas austriacas á los labios, ofrecí una libacion á los dioses mitológicos, cuyas admirables formas de arte en un tiempo poblaron estos aposentos, en presencia de los restos de los dioses antiguos, y en la piedra frente al trono, segun costumbre antigua. Despues, cada cual tomó un buen trago; y yo, con el fin de evitar una profanacion en lo de

adelante, arrojé el frasco contra el mármol. Los oficiales griegos que nos acompañaban, veian esta escena con sorpresa; cuando les explicamos lo que habia, se agacharon para recojer los fragmentos del frasco, como un recuerdo. Parecia que nuestro patriotismo habia despertado el suyo.

Mi hermano, desgraciadamente, no podia tomar parte en estas festividades: una ligera indisposicion le habia hecho quedarse en casa.

Del Parthénon nos fuimos por un mar de piedras al Erecthea. Sobre una maciza aunqun no muy ancha muralla de mármol que lo cercaba habia una cariatides delgada que tenia sobre la cabeza un entablamento ornamentado y esculpido en piedra. Los ricos dobleces del vestido, el aspero y ondulante cabello, y las facciones serias, daban una idea muy grande de su excelencia. La forma y los ricos ornamentos del pintoresco templecito, le hacen á uno recordar, sin saber por qué, los hermosos esculpidos gabinetes del "cinque cento." Por esta clase de obritas encantadoras se ha hecho famosa la Grecia moderna, y ha reemplazado algunos de las pérdidas cariátides con obras nuevas de piedra. En este templo se hecha de menos el techo como en los demás, salvo el de Théseo; lo que daba á estas ruinas un contorno más agudo contra el celaje El

otro costado descansa sobre la muralla de piedra blanca y arenosa, lo quo aumenta más la semejanza de esto á un gabinete. Del otro lado de la Pared hay un cuarto bastante grande, el que está rodeado por dos lados de hermosos pilares de Corinto. A qué clase de pilar griego debo dar la preferencia no lo sé enteramente; pero el Parthénon con sus formas macizas aunque sutiles, me gustó mas. Ningun trabajo mal hecho, ni ningun ornato inútil hacia perder esa impresion gloriosa. Aquí lo mismo que en otras partes, con lo que es grande y hermoso, no se requiere el adorno para causar la admiracion y aumentar el encanto.

Volvimos nuestros pasos al templo que fué erigido á los dos guardianes de la antigua Aténas Minerva y Neptuno. Pero la séria y magestuosa diosa que nació de la cabeza de Júpiter, tenia superioridad sobre el inculto "hombre del agua," y la gente sábia de Aténas prefirió el regalo de Minerva, el árbol del olivo, al caballo de Neptuno saliendo de las olas. Lo más hermoso de los restos de este templo, es una puerta de entrada ricamente adornada; y cerca de ésta, entre las rocas, nos enseñaron una cavidad de donde Neptuno con su tridente, habia hecho que fluyera la corriente. El arqueólogo griego, personal muy amable é ilustrado, nos dió entrada á una

casa, en la que encontramos una valiosa coleccion de vasijas y otros objetos escavados. Los jarrones de barro de Grecia se distinguen por sus formas elegantes aunque sencillas, lo mismo que por sus colores negros y encarnados hermosamente pintados. La animacion y la poesía se encuentran en todas las figuras de los restos de aquellos tiempos. Es digno de notarse que por el lado mas bajo de las portentosas, rocas frente al mar, está el teatro de Herodes, que está ahora saliendo á la luz del seno de la tierra; y ya se hecha de ver la antigua figura del circo, tal cual se vé bien en Verona.

Fué edificado por algun Créso, que vivió en aquellos felices tiempos, cuando la gente solia tener demasiado dinero. Le pasó lo siguiente: Se habia encontrado con un tesoro que ya le habia proporcionado todo el lujo de la vida; no sabia que hacer con esa cantidad de oro, y en medio de su dificultad apeló al Emperador Adrian, quien le dió la idea de emplear sus embarazosas riquezas en construir edificios.

Dejamos el Acrópolis con la elevada idea de que habiamos visto lo grande, lo imperecedero! Nos sentimos mas próximos á los tiempos en los que vivió Pericles, y nos posecionamos del espíritu de esos artistas sin rival y de esos hombres grandes

de Grecia, al ver el lugar donde vivieron, y nuestras almas parecian asumir las sombras de las formas del Acrópolis, como si la unidad y la vida reinasen todavia en estos lugares, como si el humo del rico sacrificio subiese aun al éter tranquilo, y como si los gritos de la turba ebria de gozo resonase aun por el siempre lozano y verde valle. De la poesía retrocedimos á la prosa y tuve la no muy agradable tarea de recibir ál cuerpo diplomálico. Esto era como echar agua fria al poético fervor con que nuestros corazones se habian recreado con las glorias de los antiguos.

A las cinco y media monté á caballo y acompañé á la Reina á dar etra mirada pasajera á Aténas. El dia se habia nublado más. El vecindario por el que nos conducian nuestros ligeros caballos orientales, nos presentó un triste cuadro de melancolía. Colinas desnudas y de un color oscuro daban la idea de sepulcros, cuando faltaba el resplandor del sol. Los olivos, con su follage de un color gris oscuro, no daban vida al paisaje aplomado que en breve se desplegó en un ancho valle. A la entrada de este, cerca de los árboles, habia una capillita frente á la cual estaban unos grandes trozos de piedra en gran confusion..

Aquí fué donde escribió Byron sus poemas, y

aquí fué donde compuso su "Doncella de Atenas." El extenso paisaje que se descubre en este punto, refleja el alma del gran poeta, la tristeza y el deseo vehemente, los cuales se encienden en pasion profunda, por un rayo de sol ardiente. Mas hoy no le fué concedido al sol de Grecia el dar colorido á estas colinas y á esta anchas llanuras con los colores esmaltados del Sur. Dias como este no son favorables al fuego abrasador de la poesía; el corazon enamorado del poeta tan solo puede cantar en estos con tono melancólico. Era un cuadro del lánguido y no del victorioso Byron. Tan solo un lugar en la lejana distancia, la esperanza arrojaba luz sobre este triste cuadro. Una pequeña iglesia, pintada de blanco y rodeada de unas cuantas casas y frondosos árboles, venian á consolar la vista. Oí con gusto que habia vivido allí una colonia de soldados alemanes retirados.

Para los admiradores de antiguos edificios, hay dos acueductos que son los objetos mas notables en este valle. Datán desde el tiempo de los Romanos, y estan construidos de teja. La mayor parte de los pilares han sido destruidos por el tiempo. Lo notable en estos acuedutos y lo que causa mayor sorpresa, es la manera con la que el arquitecto ha dominade la naturaleza á su antojo

pues en el mismo valle ambos acueductos llevan direcciones opuestas. El objeto de estas construcciones ha finalizado, y los pilares quedan como tristes reminisencias de una cultura pasada. A poco costo podian restaurarse estos acueductos, los que traerian una vida nueva á este país herido por la miseria.

Apénas habiamos abandonado estas ruinas, cuando comenzó á llover bastante fuerte. La Reina abrió su paraguas, echamos á andar los caballos el trote y precipitadamente nos fuimos á una casa vecina perteneciente á uno de los alguaciles reales, y la que estaba á orillas de un pequeño arroyo. Nos encantamos al observar, cerca de esta, algunos árboles frutales y unos campos de treból. Dejamos los caballos en el patio de la casa edificada el estilo aleman. La reina nos enseñó con alguna satisfaccion un magnífico "dairy" (1) que surte la crema de aquellos que beben el café al uso aleman. En la corte no nos tuvimos que quejar de la leche que generalmenae es mala para los del Norte en los países Meridionales.

---

(1) Dairy, oficina donde se trabaja la leche para hacer queso y mantequilla.

N. D. T.

El ancho y exuberante follage de unas cuantas plantas de la parra que quedaba frente al cuarto del alguacil, nos protegian de la lluvia. La Reina, que á causa del violento paseo á caballo habia adquirido un apetito exelente, le dijo á la señora de la casa que hiciera unos "panqués," los que nos comimos en un cuartito oscuro. Entretanto vinieron algunos coches de Aténas, y llegamos al palacio secos. Hicimos la "toilette" con violencia, y nos fuimos á la comida, adonde fué presentado el capitan O. á la Reina, por nuestro Cónsul residente, el Conde J.

Como que la alegre Reina creia que no habiamos hecho sino muy poco ejercicio en ese dia, despues de la comida jugamos "guerra." Toda la comitiva se esforzó en desplegar su habilidad para el juego, lo cual hicieron varios de un modo bastante cómico; de suerte que al diestro jugador de billar, el Dr. F., le era fácil ganar. Con esto triunfo de destreza Vienesa, se terminó el dia.

A la mañana siguiente mi hermano y yo, en compañia del Conde O., del cronista K. y del ayudante que nos habia nombrado, visitamos otra vez el templo de Théseo, cuyos esquisitos tesoros de arte que estaban en su interior, no habiamos examinado suficientemente. En esta mañana lo podiamos ver todo á nuestro antojo, y sin

ser interumpidos por nuestros compañeros ménos entusiastas (exceptuando al profesor G.). Mucho le debimos á las esplicaciones eruditas y agradables del arqueólogo griego. Lo más notable entre los muchos objetos del aposento del templo, es un bajo relieve de una figura de un héroe del templo de Xerges, representa á Aristion, un pariente de Theseo. De este curioso "souvenir" habian tomado poco cuidado, y le habian ocultado bajo una caja de cristal para guardarlo de los efectos del aire. Del perfil de este héroe, ve uno cómo hasta en los tiempos mas primitivos habia disposicion para el arte en Grecia, y si al lado de cosas que fueron producidas más tarde, esta obra aparece rígida, no obstante, se puede ver que una gente que en su infancia supo el modo de amoldar formas semejantes, debia ser destinada á tener un porvenir glorioso. Las facciones y los miembros de la figura son toscas é informes, y de ellas podemos deducir cómo la chispa del arte habia pasado del antiguo, sério y fornido Egipto á la jóven nacion griega, y allí se habia desarrollado primero, bajo la influencia de una naturaleza feliz y poderosa, á sus sublimes y universalmente admirados resultados. Cuando deja uno estos antiquísimos recuerdos de la escultura griega, cerca de ellos encuentra numerosos monumentos,

que por sus elevadas ideas y su hábil ejecucion, le hacen recordar el apogeo de la antigua Grecia; porque despues del gránito y otros meteriales dis ficimente labrados, de la escuela Egipcia con sufrias y rígidas formas, el suave y blanco mármol del Penthélicon infundió una vida nueva á los juveniles esfuerzos. Ya el artista, ha unido las escenas de una vida real con fé mitológica, y levantado el místico velo; de suerte que el espectador encuentra una expresion del pensamiento que lo llena. Las figuras de los moribundos en el monumento, siempre están en actitud sentadas y cubiertas por un velo emblemático de la separacion del mundo. En su derredor se hallan sus parientes y amigos quienes por sus oraciones, se están esforzando á evitar la partida. ¿Si será una madre moribunda, rodeada de su familia? El artista coloca una creatura en la rodilla de la madre, tiene un pájaro en su mano, con lo que se simboliza el alma volante de la madre. Muchos de estos monumentos están conservados, y las diversas figuras que hay en ellos no son emblemáticas; son de carne y hueso, cubiertas con las más ricas telas.

Entre los objetos restantes, son dignos de atencion otro sarcófago y una exelente estátua. Esta última representa á un jóven, el cual nos enseñaron como Apolo—no sé, si le dieron su nom

bre verdadero, pero lo que es la figura no era indigno del Dios. Una estátua colosal, con traje egipcio, tiene las marcas de una época más avanzada por la manera como está esculpida. El arqueólogo nos dijo que representaba á Antinous, el favorito de Adrian. Fué encontrada en los campos de Marathon. Fácilmente creí que esta obra pertenecia á esos tiempos romanos, pues le faltaba la moldura delicada del arte griego. En el peristilo de Adrian, adonde entramos á esto, se encuentran las curiosidades guardadas en el primer cuarto, en el que nos encontramos varios monumentos de la clase que he descrito ya.

Igualmente hicimos otra visita al Templo de los Vientos, el que me habia interesado grandemente á causa de las explicaciones del arqueólogo. Como tengo ya observado, un acueducto conduce á este edificio, cuyas aguas, ahora secas, fluyeron en un tiempo con tanta regularidad en derredor de la estátua de bronce de Neptuno, que formaban el centro del movimiento de un reloj, en el cual se aparecian unas figuras segun el curso de las horas, y cuya edad y tamaño aumentaba con el número de la hora. En la primera division del esta, se presentaba una criatura con el cuerno de la abundancia lleno de pimpollos; en la segunda, una doncella con unos pimpollos que estaban ya

brotando, y en la tercera, la figura de una mujer con florés que estaban ya en toda su fuerza. En este templo nos encontramos tambien con un reloj de sol, en cuyo polo meridional hay una línea que muestra que ha cambiado el curso de la tierra por lo muy bajo en el curso de dos mil años, pues en ese dia, los rayos del sol al medio dia arrojaban la sombra de la varilla de fierro sobre este monumento de piedra.

En la division del octagóno se encuentran embutidos varios bajos relieves que representan los diversos vientos y sus peculiaridades. Los más rios ó los más perniciosos, tienen unas fisonomías de vejez barbudas, con el fin de retratar la inclemencia de los elementos. Los vientos suaves de la primavera aparecen bajo las formas de unos jóvenes. Están descalzos, con lo que se trata de demostrar cuán ligeramente pasan por la florida alfombra de la naturaleza nuevamente despertada. Muchas entre estas figuras llevan instrumentos musicales en las manos, como signo de su dulzura; otras frutas y flores, para enseñar que las hicieron salir. El viento que más les disgustaba á los Atenienses tiene una enorme concha sobre la boca, como emblema de su rugido.

Del templo de los vientos nos fuimos á un aposento, que trasformaron los turcos en baño de

vapor, y que encierra ahora los moldes de yeso de todos los tesoros que no existen ya en Grecia. Entre otros están los bajo relieves hurtados del Parthénon por Lord Elgin. La vieja Inglaterra fué tan buena que mandó estos moldes á los griegos, para recordarles lo que habian perdido. De allí nos pasamos á la llamada puerta del Mercado, la que propiamente, con unas cuantos pilares acortados, circunda los restos del templo de Minerva. El nombre que tiene hoy este pórtico, está mal dado.

Igualmente visitamos la Iglesia Católica que está cerca de estas ruinas. Es pequeña, y en alto grado indigna de presentarse; de suerte que en cuanto á esto nos ganaron los Anglicanos, quienes se han hecho construir una iglesita gótica muy bonita, mientras que los católicos tan solo tienen lo que ántes era una mezquita.

A la una salimos con la Reina en un carrito á las montañas. Sin embargo, á poco nos encontraron los caballos del Rey en los cuales tuvimos que subir la parte escarpada del camino. El tiempo en esta vez nos era favorable, de suerte que las interesantes veredas de la montaña, parecian mas pintorescas que nunca. El cultivo le faltaba enteramente; y sin embargo el fresco verde de los pinos se ostentaba entre las masas de las rocas, y

por la desnuda y amarillenta tierra. Nuestros caballos se vieron pronto obligados á comenzar á trepar por las resbaladizas rocas. Cuando habiamos llegado á la primera de las alturas, se nos dió la bienvenida con los vivas de los moradores del pueblito de Cupia quienes habian salido á encontrarnos. Habiamos pasado por este pequeño lugar en el valle, el que se veia ahora á la distancia. Era un lugar bonito y pintoresco, la vejetacion se habia plantado con mucho trabajo en su pedrusco vecindario, y se alegraba la vista al fijarla, en lo verde en medio de las masas pardusoas.

Tan grande fué el gusto de estas gentes al ver á la Reina é hicieron tanto ruido, que se le espantó su caballo y se le alborotó. El traje de los aldeanos se asemejaba al de los de Eleusis. Mientras más nos internábamos en esta region y mientras más alto subiamos, mas oriental y mas primitivos se ponian el país y las gentes. Son una raza de hombres robustos é independientes, firmes en sus creencias establecidas, fuertes, moral y fisicamente, y por lo tanto tienen dulzura y dignidad en su porte; y son elegantes en sus movimientos. Si la astucia de los antiguos Griegos, y la falsedad del esclavo, no apareciese en esta gente desencadenada, les compararia yo con el

resuelto Tyrolés. Esta negra sombra arroja una oscuridad desagradable sobre los pastores de esta península montañosa. Debido á estas curvas de la montaña que hacen bahías en la playa del mar, la gente ha adquirido la astucia de los negociantes. Ese genio guerrero y sanguinario que les hizo posible, (protejidos como lo estaban por sus peñascosas fortalezas) el cazar al enemigo de su país con esa venganza por tanto tiempo abrigada, no fué como con el Tyrolés, pacíficamente arreglado, despues de la victoria tan difícilmente obtenida. La lucha fué demasiado larga y terrible y unida esta á los elementos de astucia de su carácter, ha venido á degenerar en el robo, de cuyo ataque aun con la gran expedicion que estábamos haciendo, no pareciamos estar del todo seguros, pues vimos en este dia que habia gendarmes colocados en varios puntos del camino.

Aunque la Reina nos aseguró que esta vigilancia era innecesaria, yo creo que semejantes precauciones no fueron tomadas sin razon. La vereda se habia angostado ya, debido á los diversos obstáculos de roca y piedras. Pero la Reina que estaba aconstumbrada á tales impedimentos por sus frecuentes viajes al interior pasaba ligeramente sobre ellos, y presto llegamos á alturas mas escarpadas pintorescamente cubiertas de pinos y pe-

ñascos; luego bajamos por una vereda que en nuestro país no hubiéramos honrado por ese nombre, y aquí los caballos sabian cómo avanzar sea cuesta arriba ó cuesta abajo, segun el caso. Mientras mas nos acercábamos al fin del viaje, la antigua fortaleza de Phila, en los confines, mas salvaje y mas estrecho se ponia el camino, y mas variadas las formas de las rocas. Por todas partes los nativos pinos se echaban de ver.

Estos lugares me hacian recordar nuestro Salzkammergut y nuestro Tirol.

Nos vimos obligados á seguir á caballo por unos planos de piedra ásperos, entre una muralla de roca, un precipicio escarpado, y un paso cóncavo desfiladero á la vista de la fortaleza.

Al fin nos encontramos al término de nuestro viaje encantador; el tiempo estaba de lo más hermoso, y las ruinas de la fortaleza yacian en el punto extremo de una meseta bastante ancha cubierta completamente de una vegetacion exuberante. Estas ruinas se componen de una muralla cuadrada no muy larga y de unas piedras colosales aunque blandas y arenosas; en las esquinas hay cuatro torres, siendo una de ellas redonda, lo quo prueba que los Griegos ya sabian el modo de fabricar paredes redondas.

Phila fué el asilo de treinta tiranos, adonde se fortificaron, para librarse de la ira de los Atennie

ses. De esto traslu cimos que la idea de un fuerte asilo, no fecha solam ente desde la Edad Media. Estos treinta caballe ros podian contemplar la ciudad de Aténas, de sde su nido de águila, por la cortadura de la m on taña, que les era tan peligrosa con su deslumbrante fondo, el azulado espejo del mar. L as cadenas de los tiranos están rotas, las murallas protectoras en ruinas, y ahora la tranquila yedra, el manto comun de los muertos teje una red verde y exuberante sobre las ruinas. El tan temido castillo ha venido á parar en un objeto romántico de una escursion.

La vista de Aténas, del Acrópolis, y del gran oceano era reälm ente encantadora; entre las masas oscuras de la mont aña, parecia como una miniatura montada en un m arco.

Despues de que hu bieron descansado algo los caballos, la emprendim os de nuevo por el pedregoso camino al que llamaremos "rompe-pescuezos," y que se estendia por las montañas y la pequeña llanura; pero pronto dejamos este camino por donde habiamos ven ido, si se quiere para pasar por mayores peligro s de equitacion.

Nos fuimos por la espalda de la montaña y de nuevo bajamos por una vereda que tal vez podia haber formado un buen piso para las cabras monteses. A nuestra vista se descubria el angosto

desfiladero; en derrodor nuestro se estendian unas rocas enterradas entre unos árboles enanos, y nos balanceábamos en nuestros caballos que medio pisaban, medio resbalaban de piedra en piedra, por el precipicio escarpado. Un solo paso dado en falso por el fogoso animal, y el desgraciado víctima es hijo de la muerte! Estos son los paseos de recreo á caballo que hace el curioso europeo por la vieja Grecia, antiguo santuario de la civilizacion y del progreso. El desfiladero se angostaba mas y mas. Envano buscaba mi vista las murallas del convento, que era el objeto de nuestros peligros pasados. En vez de esto, descubr que áquellos de la caravana que iban atrás de la Reina, mi hermano y yo, parece que observamos el peligro en que estábamos, pues tanto los ecuestres del Norte como los del Sur de cuyo arrojo tanto habiamos oido decir, se habian desmontado é iban tranquilamente estirando de la brida á sus caballos. Preferian cansarse á pié, á andar suspendidos en el aire por los precipicios. En obsequio de esa cara existencia era esto mejor, pero cuando vimos que la heróica "Basilissa" no le temia al peligro, tanto mi hermano como yo permanecimos en la silla. El lugar mas notable nos estaba aun reservado.

Como que no puedo decir la vereda, usaré la

palabra, nuestra direccion; el objeto era llegar al fondo de la barranca. El lugar donde teniamos que voltear era la proyectura de una roca adonde tan solo se podia parar un caballo. El caballo de la Reina llegó á este vertiginoso punto, cuando repentinamente esta noble señora se apercibió del peligro. Ni caballo ni ginete deseaban avanzar más allá, pero tan solo un paso atrás y se verian arrojados al precipicio. La situacion era espantosa; más llegó la mano auxiliadora del ayudante de la Reina, el que guió al caballo de la rienda despues de lo cual pasamos nosotros esta terrible lugar, felizmente.

A esto podiamos ya ver el término de este paso por donde corria el agua; ¿pero y el convento, dónde estaba? El mundo parecia como si estuviera encajonado. ¿A dónde descubririamos el trabajo de la mano del hombre entre las rocas y los pinos en este estado primordial de la naturaleza? Repentinamente apercibimos que á la vuelta que daba el camino estaba interceptada la direccion que habiamos tomado al fin del llano, por una muralla pequeña por entre las pendientes masas de roca. ¿Pero á dónde habiamos de encontrar el convento? Terminándose el desfiladero, á la pequeña muralla tan solo se le podia considerar como un impedimento en el camino El enigma

se hacia más y más interesante. Nos encontrabamos frente á la puerta de madera de la muralla, los goznes rechinaron, y de repente nos hallamos como por el golpe de una vara de virtud, en el cuadro hermoso y romántico de una tranquila soledad—el patio del convento. Por fuera, aterraba el aspecto selvático; por dentro, se tendia una larga viña, cual un tierno guard ian del tranquilo asilo de la oracion. Tan solo el ojo azul claro del cielo, podia penetrar dentro de este asilo de las almas piadosas.

El paseo que á caballo habiamos hecho este dia, bien podia haber sido el tipo de la vida, de muchos de estos monjes. Dejan estos el hogar doméstico adonde vivieron durante su feliz infancia entre las flores del jardin; se arrojan al mundo que se les representa como una ancha llanura circundada en la lejana distancia por pintorescas montañas. Avanzan con descaro; el camino está tan liso y llano, el hogar de guardianes y amigos tan cerca; pero las montañas los atraen, desean treparse á las azules y deslumbrantes alturas que están en la distancia. Se acercan á la base.— "Es fácil la obra," se dicen para sí, pues mi vista puede dominar el camino, y alcanzarle de principio á fin."—Pero estas almas cándidas se olvidan de los piés que los tienen que llevar; se ol-

vidan que pueden resvalarse estos, y que abajo hay abismos y precipicios. Siguen á los sentidos y se fian en la firmeza de su paso. El valle se angosta; los planios comienzan á elevarse; rocas puntiagudas nacen de la tierra; mas el peligro no es todavía inminente. Marchan adelante con valentía. El sol se eleva en el firmamento, y arroja abrasadores rayos, La senda se pone más escabrosa. El viajero errante comienza á fijar la vista en precipicios. Al principio esto aumenta su goce. Echa de ver una aldea frente á el; los habitantes de ella lo vienen á encontrar con regocijo. Esto aumenta su orgullo; pero no se da por satisfecho. Pasa por la última colonia del hombre amigo; se vé impelido fuertemente hacia adelante. Desea adquirir fama; debe subir á la fortaleza; debe ver regiones que tan solo están habitadas por las águilas. Desprecia el peligro, porque ya vé el deseado objeto en lontananza. Los desfiladeros se hacen mas angostos, las alturas mas vertiginosas. Se esfuerza para subir; ha llegado al punto deseado, y tropieza con las ruinas de la grandeza caida, y entonces por primera vez se encuentra, rendido de cansancio. Se le vá la cabeza ante el espantoso abismo; y en melancolica desesperacion anda errante en el desierto. Sus deseos se ven frustrados, sus esperanzas desvaneci-

das! El peligro se hace mas amenazante, y cada paso mas fatal. Su curso sigue en ascenso y se acerca aun mas al precipicio; entonces pone el pié sobre una punta de la roca. Está rodeado por un desierto aspero; la vejetacion verde ha cesado, y se encuentra solo y en medio de un mar de piedras blanquesinas. Ahora, ya le falta el valor; es á enloquecido; el peligro ha llegado á su apogéo. Vé una muralla con una puerta cerrada; y con corazon arrepentido caé sin sentido en el umbral. Llama á la puerta y no sabe que es lo que va á encontrar. Los gozñes rechinan, y el fatigado viajero se encuentra en el silencioso Claustro. La viña estiende sus ramas dando una sombra fresca; la Iglesia lo convida á la oracion y al arrepentimiento; y amigos llenos de gravedad le tienden las manos y lo acogen en su tranquilo hogar.

Este convento, cuyo recuerdo me causa aun emocion, está como ya tengo dicho rodeado de una muralla, y pende como el nido de una golondrina sobre la saliente roca de la peñascosa montaña. El pequeño espacio interior está tan bien arreglado que haria honor, al mejor de esos mentados sacos de viaje ingleses. Pequeñas casas de piedra, que representan el retrato más fiel de la penitencia, se hallan contra las rocas y en la muralla.

En el pequeño patio hay un terrado algo elevado el que está cubierto por un rico tejado formado de uvas, dando á todo el interior un aspecto pintoresco.

. Más allá de este terrado, está la pequeña iglesia que forma el fondo. Entramos con la Reina. Tiene el estilo de las iglesias Bizantinas. Reina en ella una atmósfera misteriosa que proviene de que el fondo de la iglesia está cavado en las rocas. Como que descansamos un corto tiempo en el delicioso patio, adonde nada se vé del vecino abismo, la caravana formaba un bosquejo bonito para un pintor de "genre" en busca de originalidad. La ropa de los petrimetres europeos tan poco interesante y tan usada; los elegantes trajes de montar de Francia, y los ricos trajes de la Grecia moderna, todo esto se echaba de ver en un antiguo claustro Oriental, que habia sido consagrado al retiro del mundo. Nos habiamos sentado en la piedra. Habia mucho ruido y mucha voceria en los oscuros claustros de abajo; y la escualida y descuidada figura de un viejo monje, se presentó entre nosotros lòs que formabamos el jóven y alegre mundo, con un semblante risueño. La blanca barba del débil viejo ondeaba sobre su negro traje al estilo Persa, y le bajaba hasta las rodillas, por encima de sus pantalones azules. Usaba unas medias blancas y unos

zapatos negros. En su inclinada cabeza tenia puesta un especie de gorra Persa. Desde los hombros hasta las manos estaba vestido de blanco.

Como en los monasterios del Poniente, esté monje nos trajo presentes amistosos productos de la naturaleza, consistiendo estos en miel, pan, y uvas. Preguntamos adonde estaba el resto de sus hermanos, y se nos dijo que se hayában ocupados trabajando en los campos. Seis de ellos vivian juntos en esta soledad. Si sus alimentos son pocos y escasos, y si sus habitaciones forman estraño contraste con las ricas abadias de Austria, tambien su inteligencia comparada con la de nuestros orgullosos Benedictinos, es muy sencilla. Esta simplicidad concuerda con el estado agreste del país que habitan y ese antiguo sentimiento religioso que reina aquí, no hace menos impresion que los mas elevados conocimientos de los conventos de nuestro país natal.

Montamos de nuevo nuestros caballos, y abandonamos el paso que se nos habia hecho tan interesante, con el objeto de ver una caverna que quedaba al fin, y adondo segun nos dijo la Reina, hacia algun tiempo el Embajador de Austria se habia encontrado un gran tesoro, bajo la forma de unos jarrones antiguos. Volvimos por un camino no menos pintoresco al pueblito de Cassia. Aquí

en un llanito encantador cu bierto de pinos, acampámos, pusimos una mesa y unos taburetes de campo, é hicimos una comida opípara. El sitio era hermosísimo, y el descanso nos hizo prevecho. Noté que la gente inculta de Grecia, lo mismo que á sus hermanos los europeos, les causaba gran placer el ver comer á las personas de alto rango.

Frecuentemente he pensado que se imagina que las Reinas deben comer de distinto modo de los seres comunes, mas aquí el interés fué mútuo, pues nosotros los viajeros,nos alegramos de la oportunidad para observar á los espectadores Griegos Despues de que hubimos levantado el campo, la Reina les habló á los niños, que se hallaban entre la multitud, con un lenguaje Griego encantador.

Emprendimos otra vez el camino. Ya que habiamos pasado por la llanura nos alcanzó la noche, y se nos presentó á la vista una escena nueva. Se apareció la luna con su solemne y tranquila faz, en medio de un coro de estrellas. Como que en el Sur todo es más claro, más fogoso y más inspirador, así tambien las estrellas aquí centellean con más brillo y encanto. En el Norte la luna aparece como si estuviera sostenida por el azul del firmamento, mientras que por las campiñas de Atica parece como si estuviera suspen-

sa en el aire libre permitiendo que el ojo aparentemente penetre más allá en la desconocida y lejana distancia. Con tal claridad brillaban las estrellas por la noche, que la Reina pudo partir al galope hasta la capital, no obstante los malos caminos Los carruajes que nos habian venido á encontrar, á gran placer mio no fueron ocupados, y sin aflojar la rienda llegamos al castillo real, soplándonos ese expléndido viento de la noche meridional. Confieso con admiracion, que la garbosa "Basilissa" conoce el modo de mostrar á sus huéspedes las bellezas de su país, como tambien enseñarles á apreciar sus tesoros.

Estabamos cansados con el largo paseo á caballo de siete horas, pero esto tan solo corporalmente, pero no mentalmente, de suerte que la claridad expléndida de la luna nos hizo resolvernos, (habiéndonos refrescado algo) á estirar de nuevo el cansado cuerpo. Nuestro amor al arte hacia que tuvierámos un entusiasmo insaciable, y esto nos abstenia, de confesar fatiga. "L' appetit vient en mangeant," y por consiguiente el número reducido de filologos griegos y los admiradores de antigüedades se consideraban realmente dichosos al acabarse este dia memorable que les habia proporcionado este buen rato. Al placer de ver estas obras del arte griego agregamos la mali

cia y nos divertimos con esas caras de desesperacion que tenian algunos de los prosaicos amantes á la comodidad.

La excelente comida fué despachada prontamente, y presididos de la Reina montamos al carruaje. Durante el paseo tuvimos la oportunidad de admirar la pálida luz que la luna arrojaba sobre el paisaje, mostrándonos con esto cuan acreedores eramos á semejante candil. Todo lo que era sublime estaba visible distintamente, mientras que los pedazos desiertos de tierra yacian en la oscuridad. Todo color habia desaparecido dando un tinte suave al conjunto de suerte que la forma de los objetos tan solo por su sombra se distinguian.

Cerca de la puerta del Acrópolis, en la altura, por poco fuimos víctimas de nuestro amor al arte. Los caballos que no parecian participar de nuestro entusiasmo, no podian seguir adelante en la "vía sacra" y el carrruaje comenzó á resbalarse para atrás sin más que más por el escarpado camino, al precipicio. A los griegos de nuestros tiempos que jamás conducen los carruajes por estas vías, no les daba nada el calmar nuestros temores; ninguna cerca nos causaba la grata ilusion de que seriamos salvados. A esto la Reina, se aprovechó de los únicos medios de salvacion que nos quedaban,

y en medio de los gritos de desesperacion, brincó fuera del carruaje. La dama de honor que se habia desmayado á causa de una emocion tan poco usual en una griega, fué arrojada en los brazos de un lacayo de orígen bavaro y corpulento. Cárlos y yo, nos salvamos del mismo modo que la Reina. La carretela libre de nuestro peso, fué detenida por los caballos, y entramos á pié por la elevada puerta del templo de la Deidad.

Del patio exterior tuvimos la primera ojeada mágica del mar convertido en espejo de plata. Mi vista siempre descansa sobre el anchuroso oceano, poseido de sentimientos elevados, lo mismo que la primera vez que le vi iluminado por la luna llena de Grecia. Siempre habia anhelado y soñado por el Sur; ahora mi sueño está realizado, y más que en sumo grado. Con que sentimientos de satisfaccion pisé los relumbrantes escalones del Própileo, cuyas columnas se desprendian como gi gantes de la época de los dioses! Negra y cuadrada se alzaba la sencilla torre francesa, del terreno oscuro; pequeño, pero sin embargo con una sublimidad hermosa estaba suspendido entre el mar y el cielo azul oscuro el templo de la Victoria, como la fantasía de un sueño. Orgulloso sobresalia el grande Parthénon, como si se hubiera levantado al mandato de una deidad. Las Cariatides so-

portaban ligeramente el templo de la ninfa Ereo thea.—Todo era tan hermoso, tan grandioso, tan fantástico, y todo estaba en ruinas! Involuntariamente me cruzó este pensamiento al encontrarme parado entre estas ruinas iluminadas por la luna. "Aquí está el cementerio de la Historia."

Cinco épocas nacionales han dado la vuelta por este lugar, y aun ahora la primera de estas nos llena todavía de admiracion. Esa poesia profunda que yace en las obras de la Grecia jamás podia haber sido inculcada por ellos en otras gentes, el Romano es grande, pero con una pesadez opresiva; el frances es angular, fuerte y obeso; miéntras que entre los turcos se ve por sus desnudos cráneos el espíritu cruel y fanático de la destruccion.

Con el génio del entusiasmo, nos condujo la Reina á un punto de vista selecto y admirable, desde donde podiamos contemplar los edificios aislados en toda su magnificencia. Como Reina de los griegos ella contempla la gloria que queda á estas obras maestras, como parte de su herencia.

Me podia yo haber quedado por horas enteras en estos diversos puntos de vista, engolfado en mis propios pensamientos, pero la comitiva era demasiado numerosa, mucho y habia insigficante

de la naturaleza humana mezclado con nosotros. Sentia como si aquí pudiera escribir en verso—poemas de vehemencia y de elevados sentimientos. Nos subimos hasta la cima de esa roca tan ricamente cargada, desde donde podiamos ver la nueva poblacion. Yacia tranquilamente, y tan solo la luz por las ventanas mostraba que reinaba la vida allí. Así como cuando una criatura se sienta al pié del trono de sus antepasados de renombre, así yacia la ciudad, y la "Basilissa" que estaba parada junto á nosotros, es el lazo que une al presente con el pasado. Nos separamos con el corazon lleno, y mi espíritu se posesionó con los pensamientos de otros tiempos.

La Reina, con el fin de probar la paciencia del cortejo, con gran placer mio, se dirigió hácia el Areópago, desde cuya roca el buen San Pablo habia predicado á los Atenienses sobre el "Dios Desconocido." Aquí tambien estaba divino. La Reina se deslizaba por los trozos de piedras con la misma alegría, como si hubiera estado descansando todo el dia, y esto con mucho disgusto de los amantes á la comodidad, que más bien les hubiera gustado estar soñando en el espumoso champaña.

Al salir del Areópago y repentinamente vimos por el lado que daba al mar, un espléndido

metéoro de tal tamaño que parecia como que si estuviese precipitándose la luna dentro de las olas. Cambió de color, de verde á encarnado, y dejó tras si una extensa huella como de llamas.

Volvimos á entrar á nuestra ominosa carretela, y nos dirigimos á las columnas de Júpiter. Todas son grandes como todo lo que es Romano, pero les faltaba ese aire hermoso, poético de las obras griegas. Es esplendor sin gracia.

Regresamos al palacio real por la Puerta de Adrian. A cada instante me deseaba de nuevo en al "Cementerio de la Historia," no obstante que habia estado en movimiento todo el dia. Miéntras viva, siempre recordaré esta noche, lo mismo que á la "Basilissa."

CAPITULO V.

UNA VISITA Á LA MEZQUITA EN ESMIRNA.

—o—

La primer mañana en el Asia Menor, la primera en el Imperio Otomano, nos sonrió con alegría. Frente á nosotros yacia el Oriente, con su riqueza, su vejetacion y sus mil deslumbradores objetos que se ostentaban á nuestros sentidos. Las flores de Asia se abrian ante nosotros; nuestros ensueños por tanto tiempo abrigados se veian ahora realizados.

Sobre una ligera altura á orillas del mar, habia una poblacion con sus inumerables casas mezcladas en confusion de colores y de formas zutiles minaretes, esos postes de señal del Mahometismo, alzaban su arquitectura tan peculiarmente elegante, al lado de las cúpulas de las mezquitas. Ricos bosques de cipreces en las alturas dan som-

bra á los sepulcros de los Turcos en medio de esa tranquilidad magestuosa y solemne. Sobre el punto más alto, como sobre un terrado, estaban las ruinas de una formidable fortaleza la que se le atribuye á Alejandro el Grande en este país tan rico en recuerdos históricos. En el fondo se elevaba la cadena de montañas con sus miles de contornos variados, circunvalando el trasparente golfo como una media luna, y formando en sus playas los mas verdiosos declives y valles, adonde se asomaban unos cuantos y eclirarios sitios de colonos.

El más hermoso de los valles condujo á la fama en tiempos pasados al bravo héroe, Ricardo Corazon de Leon. Llamase Cordelion. En la otra playa se echaba de-ver una de las fortalezas Turcas en un pequeño promontorio; y sobre toda esta magnificencia se alza el azulado y terso cielo. Cada minarete, cada ciprés, cada cúpula hermosamente arqueada, y cada casa brillantemente pintada, era una revelacion para nosotros y exitaba nuestra curiosidad. Nos tuvimos por felices cuando al fin se descolgó el bote del costado del buque y nos alzamos sobre las olas con los potentes golpes del remo, acercandonos á la májica costa.

La exprecion de lo espiritual, la incorporacion de ideas elevadas es la primera cosa que debe bus-

car el viajero en un lugar estraño. En este estado de la mente el minaréte solemne y la mézquita, fueron nuestro primer objeto en esta maravillosa tierra Asiatica.

Deslumbrados y confundidos por la multitud de encantos, pasamos por las calles y los bazares á una plaza elevada en los suburbios, adonde se levanta la mézquita de Kiltgezagi. Frente á los escalones de entrada hasta el terrado elevado, (antiguamente los simientos del edificio), hay un pozo rodeado de árboles que dá al conjunto una espresion de vida y de frescura. Es bonito pensamiento, que en los escalones de la casa de Dios se proporcione ese rarísimo refresco en el clima de Oriente, árboles y agua. La mézquita, que consiste de una gran cúpula arqueada descansa en un lugar elevado rodeado por un parapeto de piedra. A la derecha se alza el sutíl minarete, en el interior del cual una pequeña y oscura escalera conduce á una galeria que termina en un angulo agudo. De esta, y cinco veces al dia el Muezin llama á oracion. El minarete y la mézquita parecen estar construidas de una piedra arenosa y parda. Frente á las tres entradas se tienden unas escaleras, que conducen en la actualidad á un terrado que sirve como un lugar para la oracion preparatoria, que reza todo mahometano antes de

entrar á la mézquita. Sobre la puerta central se alza una torrecilla con un balcon bajo, desde donde el Iman entona sus oraciones.

El Cónsul nos dispensó el que nos quitasémos los zapatos á la entrada, permitiéndonos por lo tanto el cometer un sacrilegio, segun las ideas mahometanas. Llenos de esperanza entramos á la parte consagrada del edificio y recordabamos á cada instante esas iglesias que parecen "peluquines." Hileras de pilares dividen el lugar en tres partes; en el centro y en la más grande de estas se alza la cúpula. Las paredes y las columnas están adornadas con oro y ornatos de color, pero el fondo es blanco. En diversas partes del edificio están pintados varios textos del Corán. En el centro de la pared, frente á la puerta, está el lugar adonde el Iman superior pastor de las almas turcas lee las oraciones principales. La pared de atrás está cubierta con gran profusion de decoraciones de oro; y el piso allí, como por todas partes, está cubierto con ricas altombras. El resto del piso de mármol está provisto de esteras de juncos, arreglo muy ventajoso para las rodillas y los piés de los cristianos.

En el lugar adonde en nuestras iglesias generalmente se halla el altar, hay colgadas tres pinturas; la del centro representa el sepulcro del

Profeta. A la derecha vimos á Medina y á la izquierda á Meca con sus minaretes y sus cúpulas. Estos cuadros están pintados con una prespectiva aerea peculiar y no del todo sin mérito. El material parece ser al temple con un color encarnado. Estas pinturas de los lugares sagrados de los mahometanos, son los únicos cuadros pintados por los turcos, pues á los creyentes de la verdadera fé se les está prohibido el que representen cualesquier otra cosa acorde con los estrictos mandatos del Corán. Esta puede haber sido muy bien una de las razones por las que en Europa hemos estado por tanto tiempo en la oscuridad tocante á los usos y costumbres de la vida doméstica de los turcos, porque el coloso mahometano se guardaba de las influencias de los extraños prohibiendo la posesion de retratos ó de pinturas sagradas ó cuadros de "genre." Estos mandatos y estas prohibiciones del sábio Profeta y sus exposiciones ó doctrinas contribuian á dividir como con una muralla hecha de mil piedras, á los incrédulos, de los miembros de su congregacion.

Mas un cambio comienza ya á vislumbrarse en estos distritos. La idea de la obediencia religiosa está considerada como una molestia resible, que debe oponerséle. Empiezan á sacar las piedras más chicas de la bien unida muralla, y se

olvidan que las más grandes tienen que caer igualmente, como consecuencia necesaria. Bajo el título de abusos, comienzan á hacer á un lado todo lo que no es absolutamente y al momento necesario hasta que se renueven los puntales nenecesarios para el sosten del todo, y el edificio entero quede derribado con pleno conocimiento de lo que se está haciendo, por parte de algunos y á gran sorpresa de otros de los innovadores.

A la derecha de este lugar, que está adornado con las pinturas. se tienden unos cuantos escalones que conducen á una torrecilla sostenida por cuatro pilares. La entrada a este pequeño y elegantemente construido gariton, está oculta por una cortina colorada. Un techo que termina en ángulo, se eleva mas alto que la muralla principal, y sostiene en su extremidad, como por proteccion, al pequeño edificio, la media luna, ese símbolo de los mahometanos, en un tiempo tan formidable, que sin misericordia destrozó, como una hoz, razas y gentes. En esta alta y ricamente adornada casita, es deber del Iman rogar por el bienestar del Sultan. Esta costumbre es muy adecuada á una monarquía absoluta, adonde el jefe de ella es igualmente cabeza de la Iglesia; pues naturalmente debe causar honda impresion en la gente el saber que su gobernante tiene su

lugar aparte y separado de los demas; y solo el sacerdote puede subir, como en la escalera de Jacob, á estas altas regiones, desde donde, como de las nubes, permite á la gente oir sus oraciones, para el sucesor de Mahoma.

Frente á esta torrecilla, y á la izquierda de la pared, hay un púlpito blanco y oro ricamente adornado. Aquí el libro, de los libros mahometanos, ó por mejor decir, el único que conocen, se lee. Todos estos detalles de la Mezquita, tienen mucha semejanza con los de nuestra Iglesia. Este pequeño edificio, tan ricamente adornado, le hace á uno recordar el copon. El púlpito es enteramente como el nuestro, aun en la forma y los ornamentos; y el coro, como el nuestro, le echamos de ver arriba de la puerta de entrada; sólo que en vez del órgano hay una gran division con enrejado, adonde asiste el Sultan á los oficios. Cuando subimos al coro, encontramos, por supuesto, que esta division estaba cerrada. En este arreglo se echa de ver una prueba de buen sentido; la gente piadosa se imagina que su gobernante está presente, aunque su persona está ocultada á sus escudriñadoras miradas; que excita su curiosidad y fomenta una adoracion misteriosa en la multitud.

Es digno de atencion el gran número de lámpa-

ras. Huevos de avestruz y mogotes de ciervo que están colgados por la mezquita, y conservan esta verdadera mezcla de colores, encanto oriental. La pregunta siguiente se viene á la imaginacion: ¿qué tienen que hacer los huevos de avestruz y los mogotes de ciervo en la casa de Dios? Hicimos esta pregunta, y nos dieron otra prueba de la supersticion mahometana: los fieles cuelgan estos objetos en la mezquita, para impedir que las alabanzas injuriosas de los incrédulos les hagan algun daño. De suerte que cuando un cristiano entra en la mezquita y alaba la hermosura del edificio ó la magnificencia del interior, su mirada vaga de admiracion tiene que venir á dar sobre estos apéndices, y se ahuyenta la desgracia que podia resultar de su admiracion. Esta creencia, estraña como aparezca, en nada daña el efecto general que causa en el espectador.

La impresion que hace la mezquita con sus hileras de pilares y sus cúpulas, eleva, ameniza, y es grandiosa.—Nada repulsivo encuentra la vista del cristiano; ninguna ostentacion exajerada ni tampoco una marcada sencillez desagrada al visitador. Solo un tesoro echa de ménos el cristiano: el altar. Este objeto consolador para una alma oprimida, hace falta en el templo de los mahometanos; y esta falta es lo que hace que el servicio

del culto nos parezca tan frio y poco interesante. Falta la unidad: el sacrificio mismo, incluyendo todas las oraciones. De aquí nace un vacío en la casa de Dios. Le ocurre á uno el pensamiento que podia uno igualmente orar en su casa —que ni sinagoga, ni mezquita, ni iglesia, son necesarias. El judío de todos es el que siente esto mas fuerte. Su templo está destruido, su altar hecho pedazos, robada la perla de su religion, y siéndole solo dado el ofrecer el sacrificio en Sion, siente inútiles anhelos por la pasada felicidad de los Patriarcas.

No fué concedido á los discípulos del Mesias encontrar en la mas magnífica catedral, como en la mas pequeña capilla, algo superior á lo que jamas se habia presentado en el admirable templo de Salomon. Por lo tanto, buscamos tristemente en las iglesias de los diversos creyentes el lugar predilecto, al que los ojos de la multitud en oracion se dirigen durante el santo sacrificio.

Aunque era viérnes—el domingo de los turcos —no habia en esos momentos servicio en la mezquita; era demasiado temprano, y ni un solo devoto habia llegado. Una especie de Iman nos enseñó aquello. Llevaba un turbante, un vestido a lo persa, de seda rayado, una banda y un sobretodo. A este traje se unia un aspecto indolente con una

tez amarillenta y una barba larga que formaba un cuadro enteramente característico.

Al dejar la mezquita para ascender al minarete, vimos á un turco engolfado en oracion, tendido en el terrado dedicado á la oracion preparatoria. Estaba arrodillado en un tapete, que es costumbre que todos lleven. Su vestido consistia en un traje a lo persa, de un color rojo listado y de un turbante blanco como la nieve. Se habia quitado los zapatos y los habia puesto junto de él; en sus manos machucaba las cuentas del muy estimado rosario oriental. De su tostado rostro, hasta cubrir el pecho, le colgaba una barba blanca; tenia los ojos bajos, como en profunda meditacion; sus facciones serenas y contemplativas. Era un cuadro que impresionaba. Solo de cuando en cuando miraba en derredor suyo con disgusto y ansiedad, é interrumpido tal vez por nuestra ruidosa conversacion, clavaba en nosotros por un momento sus negros y fanáticos ojos. Como que apercibió la curiosidad y el desden de los incrédulos, prorumpió en un grito lastimoso y entonó sus oraciones con tono suave, quejándose tristemente. No era la expresion de un reproche irónico y frio contra los curiosos cristianos, sino mas bien la expresion de pesar por el sacrilegio que probablemente se le figuraba que habiamos cometido.

Llenos de emocion, de lastima, y de estimacion por este virtuoso adorador abandonamos el lugar y subimos la pequeña y oscura escalera de piedra que conducia al minarete. No subimos hasta arriba, sino que dejamos al minarete y á su escalera misteriosa por una pequeña salida, con el fin de ver los techos del costado de la mezquita. Desde este punto podiamos ver á Esmirna divinamente—la orgullosa princesa del Oriente. Las bellezas de la naturaleza eran mas grandes que la hermosura de los edificios alzados por la mano del hombre. Muy léjos se extendian las exquisitas llanuras de un plateado azul, y magestuosamente su testa coronada descansada, con sus pintados adornos, como estrellas, sobre las verdes faldas. En medio de un mar de casas, se distinguia el lugarcillo á nuestros piés como particularmente bullicioso y alegre, siendo la salida principal entre el bazar, las calles y la mezquita.

El lugar estaba lleno de individuos de diversos trajes variados colores de tez, y estos clavaban la vista en los incrédulos forasteros, en cuyo honor habia mandado el Pachá que montasen guardia las tropas frente á la mézquita. Como que veiamos con interes á la muchedumbre que estaba á nuestros piés; derrepente oimos un repique curioso de campanas. Esperamos á ver lo que ocurria

Subitamente se dispersó el gentío, y vimos una masa de un color castaño que se movia con paso uniforme y solemne. Era una procesion de una especie peculiar—una procesion de las Mil y Una Noches—un cuadro ó mas bien una sucesion de cuadros como los que ha pintado Horacio Vernet—una vision que no podia pintar la mas brillante imaginacion, ni la mas fluida pluma describir; pues cosas semejantes á las que vimos se encuentran solo en Oriente, en los campos de Asia, en los ricos y bulliciosos bazares de Esmirna de Damásco, y de Bagdad—donde solo gobierna el sable de Mahoma, adonde la palma florece, y la Media Luna brilla por el desierto. La procesion se componia de camellos ricamente cargados de mercancías y de fruta. Nos parecian como heraldos, ó representantes del antiguo mundo.

Este animal que lleva á la familia del indigente árabe á tráves del arenoso desierto, como un buque, que se le da leche para su sencilla alimentacion, que le sirve como de muralla protectora contra el simoun ó tempestad, y en caso extremo que cae como víctima con el fin de abrir á su amo el algibe oculto—no pregunta el forastero con admiracion por qué este animal uno de los más útiles que Dios ha creado, es tan feo, tan espantosamente feo? Basta esta contestacion; que

lo realmente útil y competente en este mundo, frecuentemente se presenta con un exterior tosco y de baja esfera. Todo es extraño en este animal. Haciendo eses, mas no sin dignidad, la suave y esponjada pata pisa el ardiente suelo; la cabeza, como de serpiente, se estira muy lejos de su delgado pescuezo; la joroba, sumamente cargada, se eleva en forma de un arco elevado, como una montaña estéril y disforme. El ojo vivo, ya se presenta pasivo, ya furioso. El pellejo lo tiene tan grueso como pulpa; y sin embargo, todo el deforme cuerpo no tiene color definible. A poco rato estos hijos del desierto habian desaparecido de las calles.

Regresamos al minarete despues de haber andado por el techo y de haber visto el interior de la cúpula por una galería que hay al derredor de ella, y que tiene un borde tan bajo, que cualesquiera que sufra de mareo debe abstenerse de inspeccionar la mezquita á vuelo de pájaro. Al abandonar el edificio, habia desaparecido ya del terrado externo nuestro resandero turco; probablemente se habia metido á la mezquita. Dejamos estos altos terrados y entramos á la vida variada del bazar.

CAPITULO VI.

UNA VISITA AL MERCADO DE ESCLAVOS EN ESMIRNA.

—o—

Habiamos estado vagando de acá para allá por algun rato en el alegre y bullicioso bazar, cuando, dirigiéndome á mi dragoman, le hice esta pregunta:—¿A dónde está el mercado de esclavos? —Estaba turbado, y me contestó que éste ya no existia en Esmirna. Como que yo habia sabido todo lo contrario, no era natural que quedara satisfecho con esta respuesta; de suerte que dirigí mis pasos al despacho de nuestro cónsul, el que me informó que los turcos aparentan ante los cristianos que este mercado no existe ya, causándoles alguna vergüenza esta venta bárbara de séres

humanos. No obstante esto, siempre pensé que no debiamos abstenernos (por consideracion al musulman) de visitar este interesantísimo lugar, y me mantuve fiel á mi propósito. Despues de esto, uno de los empleados del consulado nos dió una contraseña para poder entrar por cierta puerta; le comprendimos y seguimos sus huellas. En un portal que estaba bajo de una casa, se hallaban los vendedores de esclavos, vestidos con ricos trajes turcos. Fumaban pipas y "nargbiles," recargados contra la pared; y tenian una expresian fria y casi idiota. A su lado habia unos cuantos esclavos cubiertos con una ropa blanca y unos trapos color de castaña.

Estos negros se apartaron de nuestras miradas de curiosidad, con quietud y en silencio. Sus fisonomías son repugnantes, sus figuras, pobres y débiles; sin embargo, su porte, como el de todo suriano, es suelto y casi noble. Despues de pasar la puerta, entramos al patio mas chico. Aquí yacia, ante nuestra vista, el cuadro de la mas espantosa miseria y amargura.

En el suelo, polviento y lodoso, estaban unos grupos de negras medio desnudas. Habia colocadas cinco y seis juntas en unos petates, y tenian unas posturas variadas y artísticas. Su escasa ropa consistia en unos cobertores de un color azul y verde,

y con estos se cubrian sus delgados cuerpos lo mejor que podian. Entre estas habia algunas que tenian su lanudo cabello envuelto con un trapo. Todo se veia negro y mas negro en este lugar horrible. La tez de los hombres, sus trajes, el piso, la escasa vegetacion que cubria la choza en ruinas, todo tenia un aspecto espantoso.

Unas cuantas de estas mujeres se mofaron con una expresion estúpida y una sonrisa de desprecio, é hicieron con sus largas y duras manos unos movimientos medio cómicos; parece que nuestra presencia les causó un efecto ridículo. Sin embargo, otras se fijaron en nosotros con una mirada vaga: parecian cuerpos sin alma. Habia otras que estaban paradas junto á las puertas caidas de sus habitaciones, las que en Europa no se les hubiera considerado bastante buenas aun para cuadras. Una de estas mujeres tenia una especie de lepra en los piés, debida á una larga caminata bajo el sol. Esta criatura desgraciada estaba allí acabándose sin ayuda; la vista de esta, casi me enfermó de compasion y de disgusto. En el centro de este lugar habia un árbol seco, en cuyas ramas estaba colgada una jaula con tres pericos de un color pardo, y estos los ofrecia de venta un muchacho turco, á razon de veintitres francos cada uno. Así es que, en este lugar, los hom-

bres y los animales son comprados por sus semejantes:—un pensamiento degradante.—Muchos de esos cristianos, filántropos que se lamentan, que alaban y oyen alabar diariamente esa máxima del amor al prójimo, son los que compran con oro incontable estos pájaros emplumados; miéntras que sus semejantes son vendidos en mucho ménos precio. Sin embargo, seria incurrir en un error el creer que á estas gentes se les haria felices dándoles su libertad. Hay mas que considerarse sobre esto, de lo que generalmente se piensa. En su país natal, estos hombres viven en un estado animal y salvaje; y debido solo á la profunda degradacion en que están sumergidos, es fácil el poderlos coger y venderlos. Podrémos hacer tentativas para llevar el remedio al centro de la Africa por medio de misiones y de la civilizacion; pero el hombre rara vez va á dar hasta el fondo del mal, y se satisface con solo el remedio momentáneo y aparente! Desde el momento en que estos hombres llegan á ser propiedad del musulman, son verdaderamente desgraciados. Se les arrea, desnudos, lo mismo que á una manada de ganado, desde su país natal hasta Esmirna; y solo cuando están ya en el mercado se les da esa ropa de ese color azul y pardo. Su alimento se compone de una especie de pan negro. Estas "bes-

tias feroces," como les llamaba el dragoman, de niños, si son afables, cuestan de cien á ciento cincuenta francos; pero si son testarudos, solo cuarenta ó cincuenta francos. Uno de los muchahos moriscos, que parecia mejor cuidado y que estaba vestido con el traje turco, al aproximarnos para mirarlo mas de cerca, nos escupió: tenia una expresion de cólera de la mas terrible.

Los esclavos blancos son traidos á este mercado rara vez. Solo vimos entre estas negras apariciones, á una mujer sumamente hermosa, de tez clara; estaba vestida con un traje especial y rico, y ofrecia viandas en derredor. Algunos aseguraban que era una judía inspectora de los esclavos; otros decian que era una circasiana, y que estaba de venta. Sus facciones eran nobles: tenia unas cejas hermosamente arqueadas; los ojos cortados en forma de almendra, con una expresion melancólica; la nariz derecha y oriental, y una boca oblonga y delicada; su tez era pálida y algo abronzada; su cuerpo gracioso y bien formado; su acastañado cabello lo tenia cubierto por una redecilla de oro, á la que estaba unido un hermoso velo que le colgaba, formando unos dobleces aéreos. Su corpiño y la enagua eran de un material variado y oriental; y, por consiguiente, venia á ser el único rayo de luz en medio de ese mar parduzco.

Oí decir que los esclavos tenian una vida, en lo que cabe, feliz despues de que los compraban. Son tratados como criados, y les alcanzan esas antiguas distinciones patriarcales. Esto me causó algun consuelo al apartarme de este lugar de los horrores.

Despues ví en los bazares á algunas moras que, con semblante alegre, iban acompañando á sus amas cubiertas con sus velos. La miseria espantosa está en el estado primitivo de estos hombres, y solo la civilizacion es la que les puede dar ayuda.

CAPITULO VII.

EL BAZAR DE ESMIRNA.

¿Quién es aquel que no ha leido las Mil y Una Noches? ¿Quién es el que no ha soñado en ese lujo asiático, de la abundancia y de la magnificencia oriental, y de las encorvadas y fantásticas figuras de los camellos cargados de tesoros? ¿Quién no ha oido hablar del útil amigo doméstico de Oriente, el industrioso asno? Todo esto lo encontrará reunido el lector en las calles de Esmirna, las que están cubiertas con madera y colgaduras de lienzo, y esto es á lo que los musulmanes llaman bazares.

Cuando me encontré por vez primera en estas calles largas y cubiertas de lo alto, me imaginaba

estar soñando. Todos andaban, vestidos con diversidad de colores, y dando, uno tras otro, los gritos mas confusos. Todos los sentidos se ponen en juego, y se pasa algun tiempo ántes de que se sienta uno familiarizado, y aun entónces las formas son tan confusas entre sí, que es sumamente difícil el describir la impresion que me causó.

El bazar está situado entre la parte turca y la francesa de la ciudad. Ocupa un gran espacio y sus calles se cruzan por todas direcciones. En el centro, y sobre un pequeño cuadro, hay varias mezquitas, grupos de árboles, fuentes de mármol y baños públicos que, juntos con inumerables barracas, forman un contraste variado y agradable.

La razon por la que se encuentran estos edificios públicos en el mismo centro del bazar, es porque en este último lugar se reune todo lo que tiene vida en la ciudad entera y en el campo. Las calles de una ciudad turca, están tan solas, como concurridos al exceso estos lugares. Todo negocio se trata aquí. Los mensajeros de las regiones lejanas; son los camellos, los que invariablemente al son de sus campanas colgadas al pescuezo, y en lo general amarrados los unos á los otros en hileras de cinco, son arreados por la ciudad y cargados sobre manera.

Con el fin de abrirles el paso necesario por entre la multitud, los conductores dan unos gritos fuertes, y montan en burro á la cabeza de la caravana, vestidos con el traje al estilo del país, y fumando sus "chibuques." Con frecuencia se vé uno obligado á correr y meterse á una barraca para abrirle paso á semejante procesion. La mayor parte de estas barracas están en una casa de madera, y se comunican las unas con las otras, y sobre estas hay escalones de cada lado que conducen al techo. Las vigas están visibles por todas partes, y conservan su color natural. Por la parte que dá á la calle, hay grandes y anchas entradas, como en las barracas de nuestras ferias anuales, solo que estas son en mayor escala.

De un lado habia un gran mostrador de madera, sobre el cual, generalmente, se sienta el mahometano, con las piernas cruzadas, rodeado de sus mercancías, fumando su "narghilé" y sorviendo su café de un pequeño plato.

Las nobles y simétricas cabezas de estos turcos, están cubiertas con el turbante, enroscado con gracia. Sus largas barbas les cuelgan sobre su traje turco, guarnecido de pieles. La pierna, hasta la rodilla, la llevan cubierta con un calzon blanco, ancho; y mas abajo, los ricos usan medias blancas; los pobres, sin embargo, llevan la pan-

torrilla descubierta: zapatos negros ó chinelas amarillas con la punta volteada hácia arriba, completan el traje. La impresion causada por un mahometano, bien sea rico ó pobre, es muy notable.

Las diversas mercancías están colgadas en unos postes de palo á la entrada de las barracas, y con una confusion variada. Los mejores lugares son donde se venden los materiales turcos, alfombras y vestidos. Entramos á varios de estos y nos divertimos viendo ese reposo indolente que tienen los turcos miéntras se efectúa la venta. Tienen una confianza plena en la honradez del comprador, miéntras que con los comerciantes griegos sucede al contrario, son sumamente bulliciosos y locuaces, siguiendo todos los movimientos del comprador con sus negros y perspicaces ojos.

Las alfombras, de las que compramos varias, en su mayor parte son de Persia, y se distinguen por el brillo de sus colores y la hermosura de sus modelos: su suavidad, como el abrigo que tienen, son bien conocidos. Los materiales para los vestidos y los chales, se hacen en una fábrica en Brussa; son muy flexibles y finos. Los precios de estos son sumamente bajos. Al principio nos asoramos con las grandes sumas de "piastras" que nos pidieron los turcos por cada artículo; pero

pronto nos esplicaron que diez de estos piastras solo hacen un florin de moneda corriente. Se ostentan unos colores en el extremo esquisitos, y estos se encuentran en esos materiales bordados, cuyo objeto es emplearlos para chinelas, gorras, cojines y portamonedas, Un hermoso liston de seda amarilla, entretegido con hilo de oro, les da un brillo esquisito, que hace buen contraste con un fondo negro, colorado ó azul.

Hasta que salimos de las tiendas, tuvimos lugar de contemplar el gentío en las calles. Turcos, griegos, armenios é indios circulaban en nuestro derredor. Estos últimos se hacian mas notables por su expresion astuta é inteligente, la que formaba gran contraste con la buena índole de los turcos, especialmente cuando ambas naciones lleven el mismo traje. Las turcas andaban entre ellos con los ojos, la frente y las narices cubiertas con el velo negro, que, segun nos dijeron era mas trasparente conforme se ponian mas viejas. Desde la cabeza, al rededor de la barba y sobre el cuerpo, tenian colgando un paño blanco; abajo de este y hasta el tobillo, se veia el calzon de un azul claro, completando esto la chinela amarilla ó color de violeta. Las señoras van generalmente acompañaadas de esclavas negras, las que tan solo están cubiertas con un trapo blanco y burdo,

exponiendo sus abultadas fisonomías á la vista de los hombres.

Uno de los espectáculos mas notables de la ciudad, son los famosos cargadores turcos. Estos individuos tienen en la espalda y en los hombros una especie de cojin como colchon, sobre los que llevan cargas del peso de un quintal. Nos dijeron que uno de estos podia cargar un piano así. El profesor G...... encontró á uno que llevaba un ajuar completo para una casa. Cuatro juntos pueden mover los pesos mas fabulosos sobre unas trancas gruesas y atravesadas.

Frecuentemente encontramos á mahometanos que llevaban turbantes verdes, los que parecen muy bien. Estos descendientes del Profeta se ven hoy reducidos á vender higos y melones en las calles de Esmirna. Asi es como se levantan y como caen los grandes de la tierra!!

Nos propusimos esplorar completamente las diversas partes del bazar. La primera parte estaba dedicada á las verduras. Los montones de melones estaban en los puestos. Miles de cajones estaban llenos de higos, los que son amasados por los dedos de los musulmanes y despachados para los paladares europeos; grandes cantidades de magníficas pasas sultanas; bizcochos enormes, hechos

de harina y de miel: todo esto atrae la vista del hambriento y saca á luz muchos piastras.

Hay una clase de restauradores especiales, que tiene dos asadores perpendiculares, y que constantemente están dando de vueltas en esas tiendas. En uno de estos, y en forma de columna, hay unos carbones que hacen una enorme lumbrada. En el otro están colgados innumerables trozos de carne, y mediante estas dos columnas móviles, se asa el carnero para los mahometanos.

Algunos de los cajones del bazar están dedicados á la venta de joyas, entre las cuales se encuentran piedras gravadas con suma hermosura. Compré algunas de estas, entre ellas un talisman, en el que hice gravar mi nombre con letras turcas á un mahometano que estaba cerca de una mezquita. Estas ricas obras del arte están expuestas al aire libre y en medio de la gente. Nos dió gusto la siguiente prueba de honradez turca en una joyería. El Príncipe J. habia visto en el apa rador de cristal un anillo con un talisman verde. La hechura de la joya le agradó y deseaba comprarla, pero el dueño del anillo no se hallaba presente. Algunos de los vecinos se acercaron, abrieron por fuerza y le pusieron precio al anillo. El Príncipe creyó que era caro, pero comenzaron

á regatear y se efectuó la venta sin la presencia del dueño. En el mercado de fruta de Viena no se podia haber arreglado el negocio así; la policía se hubiera echado en el acto encima al grito de ¡ladrones! ¡ladrones! Solo en las naciones bárbaras, sin civilizacion, son practicables cosas semejantes.

Nos reimos bastante al encontrarnos con una escuela en medio de ese bullicio y confusion, en una de las barracas, en la que exponia á la venta sus conocimientos un maestro de escuela. El jóven mahometano debe ser mas juicioso que los nuestros para serle posible el fijar su atencion en la séria obra del Córan, rodeado de tantas distracciones; los gritos que provenian de estos muchachos, era cosa verdaderamente notable: tal vez eran dados con el objeto de ofuscar el ruido de los de afuera.

Causa una delicia grande el tender la vista por el bazar y sus espaciosos cuartos decorados con tanto gusto, y fijar esta al fin en un lugarcillo sombreado por los árboles, que viene á ser el punto central de cuatro ó cinco calles.

Los rayos solitarios del sol y un vislumbre del azulado cielo, penetran por las ventilas, dando mas tono al contraste de los colores orientales.

Y sin embargo, vaga la vista de un modo raro, y mira bajo esos techos entablonados, fijandose por entre esa semi-oscuridad de las aberturas, y encuentra los mas bonitos efectos de colorido y cambio de luz y sombra en estas regiones meridionales. Desde los trajes de las gentes, hasta las nubes del cielo, todo tiene fuerza y brillo; por consiguiente, el artista encuentra que el terreno es dificil, pero sin embargo, fecundo para su arte. He visto pocos cuadros en Europa que dén una idea esacta del Oriente. Los pocos en los que se ha logrado esto no obstante, se les tiene por exageraciones.

Del bazar pasamos á una pequeña calle que estaba á nuestra espalda, de allí, á un campamento de camellos. Era un espectáculo muy interesante el ver de cuarenta á cincuenta de estos animales en grupos y posturas variadas, su color amarillento y como de tierra; apenas se distinguian del color del suelo adonde estaban echados. Este lugar estaba rodeado de unas casas sucias y en ruinas. Muchos de los animales mas pequeños andaban orgullosos entre los ya crecidos; era divertido el ver á estos pequeños que apénas tenian de altura cuatro piés, con unas piernas como záncos refregandose contra sus toscas madres. Uno de nuestros guías sacó de su guarida a un peque-

ñuelo de estos, para que le pudiéramos ver de cerca. Era muy manso, y parecia como si le fuera indiferente lo que le rodeaba; pero su madre nos echaba unas miradas de colera desagradables. Los camellos, de los que hay cosa de diez mil en Esmirna y sus cercanias, son traidos de la Crimea, adonde abundan. La altura de este animal es la de siete piés; el largo de la cabeza á la cola podrá ser de ocho piés. Tiene el cuerpo de un color pardo, muestra todos sus huesos y sus músculos y está cubierto por una piel gruesa, con muy poco pelo. Para montar, en Oriente solo se hace uso del dromedario, pero de estos no hay en Esmirna.

Los camellos se reservan para llevar carga. Sus enormes jorobas están ocultadas por un cobertor, de donde penden de ambos lados unos canastos amarrados con unos fuertes cinchos. Se les alimenta con una masa seca, compuesta de una mala harina mezclada con agua.

Cuando demostramos al intérprete del Pachá nuestra admiracion tocante al jóven camello, nos aseguró que S. A. se lisonjearia regalándonos uno como este. La idea halagó á algunos de nuestros viajeros, y aunque hubiera sido muy fácil el trasportarlo al buque, sin embargo, la mayoria se opuso.

Despues de este episodio, regresamos al bazar para continuar haciendo nuestras diversas compras de los productos del país. Continuamente encontrábamos un interes nuevo en los variados cuadros que se presentaban al espectador.

CAPITULO VIII.

UN BAÑO TURCO

De la mezquita, y de la bulliciosa confusion del bazar, nos dirigimos á la casa de baños que nos habian preparado. Esta se halla en el bazar y está construida en forma de cúpula, con sus sencillos adornos turcos. Frente á la entrada hay un terrado como el de los mezquitas. Este estaba rodeado por un puñado de hombres, los que tenian unos trajes brillantes; la probabilidad es que habian sido atraidos allí por un piquete de soldados turcos que estaban montando la guardia en honor nuestro sobre la casa de baños. Entramos á este aposento verdaderamente oriental, no sin dejar de sentir algun embarazo. Este apo-

sento estaba contiguo al baño, y sirve como cuarto para vestirse. Estaba cubierto por un hermoso simborrio. Al rededor de la pieza, pegado á la pared, habia unas bancas de piedra, las que tienen por objeto el servir para los preparativos que hace el mahometano para darse el baño. Arriba de estas hay unos morillos de donde penden unas cortinas, caso de que se quiera estar en lo privado. Frente á la entrada habia un dosel destinado á las personas de alto rango. Le habian adornado en esta ocasion para nuestro uso, con las telas orientales las mas esquisitas—cojines bordados de oro, cachimires, cortinas de lana muy lijeras variadas con los colores mas brillantes, y cuyas ondas desplegaban ese perfecto gusto del turco. Habia tendidas suaves y elásticas alfombras de Persia, para protejer del marmol á los piés desnudos. Al pié del dosel habia un tazon, de allí brotaba una fuente dividida en once chorros, que arrojaban el agua mas clara y fresca sobre el marmol, con un murmullo suave. A orillas de esta fuente estaban las flores mas hermosas del Sur. Alí Pachá las habia enviado, como tambien todos esos adornos tan lujosos. Era un verdadero cuadro de magnificencia turca: un conjunto, una confusion hermosa que, no obstante, poseia una armonía interior encantadora. El cuarto estaba lleno con

los criados de Alí, los que tenian ya dispuestas las costosas pipas y los "narghiles," como tambien los criados pertenecientes de ordinario al baño. Trajimos á la memoria las descripciones de "Las Mil y Una Noches" las que en lo general se les considera muy exageradas, pero las que en realidad tienen mas de verdad que de imaginacion. Nos hicieron señas para que nos colocásemos en los divanes y nos desnudásemos para tomar el baño. Me encontraba bastante molesto al tener que hacer la "toilete" *coram público*, y primero tuve que hacerme á la situacion. Por consiguiente, empecé por acostarme en un divan y fumar el excelente tabaco del Pachá en una preciosa pipa. Este aparato de fumar costaba, á lo ménos así nos lo dijeron, por lo bajo de mil á tres mil florines. La boquilla es un gran pedazo de ambar engastado con brillantes.

Durante esto, todos nuestros campañeros de viaje que se habian quedado atrás haciendo algunas compras en el bazar, se fueron reuniendo. Solo el Baron K., mi hermano y yo, nos habiamos hecho el ánimo de tomar el baño. Los demas estaban dudosos, pues le temian al calor que es indispensable á esta purificacion oriental. Todos los que no tomaron parte, se fueron al terrado que estaba frente á la casa para fumar y tomar refres-

ces. Es mi costumbre cuando viajo el hacer todo segun el uso del país; pues uno viaja para ver y para aprendér. Me parecia absurdo el permanecer vestido en el divan, de suerte que me encaminé acompañado de mi "valet" y ayuda de baño, al primer cuarto preparatorio. Entré sintiéndome nervioso, y casi me sofoqué con la corriente de un aire cálido y húmedo.

Para mi consuelo, m e encontré al Baron K. que estaba ya envuelto en su traje de baño. Me desnudé y los mahometanos que estaban de servicio, me hecharon ún cobertor de una lana muy suave sobre el cuerpo, y me envolvieron en un capote del mismo material blan co. Me pusieron en los piés unas sandalias altas con el fin de protejerlos del agua que corria por el mármol. Despues me instalaron en una silla de piedra que tenia unos cojines, y me ofrecieron una pipa.

A esto habia la oportunidad de examinar el cuarto; era de piedra, y tenia la forma de un paralelógramo largo pero no muy ancho. Junto á la pared tambien habia bancas para descansar. El suelo estaba cubierto con el agua que subia media pulgada de altura, y como que el calor proviene de abajo, esto hace que el aire se ponga sumamente húmedo. Apénas habia comenzado á traspirar, cuando principió la tarea de los baña-

ros. En este cuarto preparatorio nos dieron un "champwn" (1) en el cuerpo con el fin de provocar un sudor mas fuerte aún. Parecia como si esto tuviera una influencia magnética. El aspecto de estos hombres concuerda con esta conjetura. Los mas de ellos son jóvenes, con unos ojos negros come el azabache, que de pronto parecen no tener expresion, pero cuando se les encienden, están llenos de entusiasmo y de melancolía. Esta mirada tan penetrante, la clavan y la vuelven sobre la víctima que se halla entre sus manos. Su tez, es clara, pero amarilla y pálida. La vida que pasan en ese calor intenso, les ha privado de esa frescura juvenil. Sus fisonomías. como la de todo musulman, tienen una forma larga y angular. En sus bien formadas bocas, las que generalmente tienen cerradas, les jugaba frecuentemente una sonrisa desdeñosa y triste, la que probablemente era ocasionada por esa falta de destreza, propia á los europeos que no han pasado oor estas costumbres turcas. Sus cuerpo seran delgados y como de alambre. El ejercicio del "shampoing" hace que se les agranden mucho las manos. El cabe

(1) El champoon es una mistura que usan los turcos, especie de jabonadura que saca mucha espuma.—Nota del traductor.

llo, de acuerdo con la costumbre mahometana, lo tienen muy rapado por enfrente. Sus trajes son muy sencillos: lo mismo que los bañeros usan una ropa de lana de un color medio azul y gris, con unas rayas coloradas que les dan por el espinazo; el manto blanco les cuelga de los hombros, y en la cabeza llevan unos casquetes blancos.

Cuando la transpiracion hubo llegado a su colmo, miéntras estábamos fumando y tomando el café, gracias al "shampoon" y al calor intenso, nos pusieron los criados las sandalias y nos condujeron al tercer y principal cuarto de baño. Dejamos á nuestros criados europeos en el primer cuarto, puesto que de nada nos servian ya. Estos desgraciados, cupa ropa no era tan delgada como la nuestra, se estaban casi desmayando con el calor.

La temperatura del tercer cuarto era mas de lo que podiamos aguantar, pero, habiendo llegado hasta tal grado, no queriamos salirnos ántes de haber satisfecho plenámente nuestra curiosidad. Marchamos con brío, haciendo ruido con nuestras sandalias en aquel piso húmedo.

Este aposento tambien estaba coronado por una cúpula atrevida y arqueada. En el centro encontramos que habia en el suelo una cosa eleva-

da y redonda: tenia de altura dos piés, y servia como de camapé. En los cuatro extremos de la pared redonda, habia pequeños gabinetes para bañarse. Las paredes de estos vienen á formar un ángulo pronunciado en el centro del cuarto principal, que termina en una pequeña entrada arqueada. Estas paredes sirven solo de divisiones, pues, como las de España, tienen á lo sumo nueve piés de altura. La parte superior está descubierta hácia la cúpula.

Despues nos llevaron, por separado, al interior de estos gabinetes. Encontré allí un asiento de madera con su respaldo, y dos llaves para agua caliente y fria, la que venia á caer en una fuente de mármol. Las paredes estaban cubiertas por miles de escarabajos negros, los que, sin embargo (¡loado sea el cielo!), se volaron al acercarse la criatura racional.

Mi bañero me quitó el manto despues de haberse quitado el suyo, y me ví obligado á tenderme en el asiento de madera, miéntras tanto me frotaba el cuerpo con un cepillo muy suave y de un color azul. Despues de haber proseguido de este modo por algun tiempo, tomó un gran rollo de fibras del maguey y agua caliente, lo que produjo una gran cantidad de espuma blanca; despues me suplicó que cerrase los ojos, y me echa-

ba esto desde la cabeza hasta los piés repetidas veces, y siempre quitándome la espuma con el agua caliente. Durante esta operacion, me trajo, con cierta indolencia, una excelente limonada, que refrescaba mucho en medio de este vapor espantoso.

Miéntras se efectuaba este labatorio, se presentaba con frecuencia el intérprete en el pequeño gabinete, para preguntarnos qué tal estábamos, y si era nuestro deseo el que se nos hiciera todo exactamente como se les hacia á los turcos. Iguales veces le repetí que ese era nuestro deseo, y sin chistar, dejamos que todo continuase.

Cuando el bañero me hubo considerado suficientemente lavado, me envolvió en mi húmeda cabeza una toalla de lino á modo de turbante, y me dió á enterder por señas que me parase; me echó el manto sobre los hombros; me trajo las sandalias y me condujo al primer cuarto de todos, adonde estaba el divan puesto en alto y rodeado con unas cortinas de lana, como tienda de campaña, con el fin de ocultarnos de las miradas de los curiosos.

Cárlos y yo nos tendimos sobre los cojines tan bien acolchonados; dejamos que nos cubrieran con una ropa bordada de oro, é hicimos por refrescarnos despues de esa espantosa transpira-

cion. Nos trajeron unas pipas, café, refrescos, y una agua excelente. Los bañeros estaban de rodillas junto á nosotros, atendiéndonos y dándonos el "shampooing." Todo estuvo magnífico, y nos dió una idea del lujo oriental. Entre tanto, nuestros compañeros nos vinieron á ver, y se rieron al ver el aspecto turco que presentábamos. Como que la transpiracion no cesaba, y, por otro lado, esperábamos la visita del Pachá á bordo de nuestro buque, nos vimos obligados á vestirnos y abandonar la casa de baños sudando todavía. No puedo decir que el baño me habia causado un efecto agradable. El calor excesivo le hace á uno sentirse inquieto y lo vence. Para el perezoso mahometano, que puede despues pasar hora tras hora al "dolce far niente," fumando su tabaco y sorviendo su café, todo esto será muy bueno.

CAPITULO IX.

UNA MAÑANA CON EL PACHA DE ESMIRNA.

—o—

El Pachá nos habia hecho la visita de una manera tan amistosa y agradable que, por medio de nuestro consul, indagamos cuándo se la podriamos pagar. Por la mañana nos habia invitado, notificádonos que intentaba darnos una comida al estilo antiguo turco. Puede facilmente imaginarse cuál seria nuestro gusto al facilitársenos el hacer de este modo tan original nuestro viaje en Oriente, viendo costumbres peculiares una trás otra.

A las once de la mañana nos dirigimos al consulado y allí nos pusimos de riguroso uniforme, el que se veia estraño y ridículo entre los trajes orientales, y esa heterógenea multitud en las ca-

lles. De allí nos encaminamos al deteriorado muelle. Aquí, el bote del Pachá nos esperaba. Era una embarcacion larga, fabricada estrechamente, de una madera esculpida divinamente; estaba tripulada por doce marineros turcos, los que tenian un aspecto grave y sumam ente aseados, con sus camisas blancas y sus gorras encarnadas.

La entrada á la estrcha embarcacion debajo de su techo escarlata, era en estremo difícil, estorbándonos las espadas y los asicates. Parte de nuestro séquito no encontró lugar, pero para éste habia ya dispuesto otro bote. Nos lanzamos volando por las espumosas ondas con direccion á la ciudad turca, á cuya entrada se encontraban palacios y cuarteles. Los remeros movian sus largos y encorvados remos con una rapidez estraordinaria y tan iguales, como si lo hubieran ensayado con un metrónomo. Oí decir que estas gentes reman por dias enteros sin descansar, bajo la influencia de este calor ardiente, hasta que al fin viene á sufir como un especi e de extásis calenturiento, y casi se vuelven locos, prorumpiendo en un quejido triste y uniforme.

Me senté en el bote sobre un elegante cojin de seda encarnada, y por falta de es pacio, cruzé las piernas. Esto no puede verse muy pintoresco con el traje europeo. Nos acercamos al desem-

barcadero que estaba frente al palacio. Los jardines habian sido compuestos para nuestra recepcion, y conforme avanzábamos se dejaba oir una música legítimamente turca saltamos á tierra. Nos trajeron unos caballos hermosos, árabes, pertenecientes al Pachá. Estaban cubiertos con unas magníficas mantillas azules bordadas de oro y plata: las riendas estaban primorosamente cinceladas. Sin embargo, siempre preferimos ir á pié esta corta distancia. Los guardias nos rodeaban. De toda clase de instrumentos posibles, dimanaba una música confusa, y así, en medio de una númerosa concurrencia, entramos con pompa oriental hasta el régio aposento interior de Alí Pachá.

Un gran número de sirvientes armados y vestidos con el traje de turco á la antigua, formaban la línea hasta donde estaba el gobernador. Portaban las armas mas hermosas, en su mayor parte de plata pura. Los guardias que nos acompañaban, desgraciadamente no usaban ya el traje antiguo y parecian mal con el moderno. El saco sucio les venia muy mal, y no tenia color, miéntras que en el traje antiguo se veia algo de noble, histórico é interesante, y de acuerdo con los colores vivos de la tierra del Sol.

El proverbio de que el "traje hace al hombre," se muestra aquí como verídico, solo que en sentido

inverso al resto de la Europa, pues los del pueblo en Esmirna son fieles á las antiguas ordenanzas, aun todavía mas en Constantinopla, produciendo una impresion imponente y original, puesto que este traje conviene á la barba, y á las figuras de los musulmanes, miéntras que, tanto las "autoridades" como los soldados, parecen bastante pobres con sus trajes modernos. Al verlos, involuntariamente, piensa uno en la caida del imperio turco; pues con semejantes figuras, haciendo un papel tan secundario entre la mutitud, la Sublime Puerta pier de su prestigio, y los cristianos del imperio turco muy pronto cesaran de temblar ante un Pachá ó Bey, que se esfuerza en querer imitar las modas europeas con tan mal éxito, y no le considerarán cómo antiguamente, "el castigo de Dios." Así es como se perderá la gran idea del imperio otomano, lo mismo que el rio aleman, el Rhin se pierde en las arenas. "El traje hace al hombre."

El palacio de Alí estaba fabricado de madera, segun la costumbre turca, pues los musulmanes, de acuerdo con los mandatos del Corán, ven sus casas tan solo como lugares de descanso temporales puesto que su vocacion particular es la de propagar el Corán por el Universo á sangre y fuego, de suerte que tregua y no paz es lo que han decidido por ahora con los cristianos.

En el último escalon de la escalera de madera nos recibió uno de los empleados principales, acompañado de varios criados. Despues del Pachá, ocupa este el lugar mas alto en el Estado. Era una especie de oficial de policía, y parecia ser un espía mahometano, de una buena índole, pero al que, sin embargo, en Viena no se le hubiera considerado digno de semejante empleo. Alí tenia buenos motivos para conocer sus habilidades como político, puesto que pasa las mañanas enteras con él en amistosa charla. Este pobre hombre estaba temeroso de que se diera de él un informe desfavorable al ministerio en Constantinopla, el que no está de lo mejor dispuesto hácia el Pachá porque pertenece á la "reaccion" turca.

Como no le podemos dar el apodo de "pigtail" (1) le designarémos el mahometano de la "barba larga," pues en realidad ésta viene á ser el símbolo de los regimientos antiguos. Lo llamábamos á este espía de la policía oriental, por abreviatura, "su excelencia," puesto que, tanto el gobernador como el dragoman, siempre le daban este tratamiento. Repetidas veces se tocaba el estó-

(1) Pigtail es el apodo que los ingleses han dado á los chinos por la trenzita que usan como colita de marrano.—Nota del traductor.

mago, la boca y la frente, como pruebas de la mas alta estimacion. Yo no sé si con esto queria enseñar que el estómago era la parte mas desarrollada que tenia y que el cerebro era inferior al primero y á la boca. Quién sabe! pero el hecho es que el Pachá nos dió la bien venida con las mismas señales en el descanso principal de la escalera.

En la fisonomía del Pachá se leia su buena índole. No es muy alto, pero sí sumamente gordo, y en sus lábios jugaba una sonrisa benévola. Tiene la cabeza espaciosa, sus ojos son benignos y no faltos de inteligencia. Unos cuantos bucles de un color castaño se dejaban ver debajo de su gorra, la que á cada instante amenazaba caérsele y daba lugar á que hiciera unos movimientos con la mano, cómicos. El gobernador usaba la barba corta, como todo empleado de la época presente, pues aquí se le tiene á esto como una señal especial de oposicion á la reaccion turca, y con sus intrigas como de dervis-algo jesuitas, se acortan la barba. miéntras que entre nosotros por el contrario, si desea uno llegar á ser ministro, ó cuando ménos consejero privado, es necesario manejar el negocio como lo hizo "Fra Diábolo." Entre nosotros, el libre "ego," el conocimiento liberal de los tiempos modernos, se muestra por la ma-

yer prolongacion de la cara mediante la barba. En todas partes los hombres se sujetan á modas que ellos mismos se imponen.

La levita que llevaba el Pachá era de un paño azul oscuro con un bordado de oro sumamente rico; sus indesibles (pantalones) eran de paño blanco con franja de oro. En el cuello tenia la divisa que le pertenece como cuñado del Sultan. Consiste esta en un collar de diamantes y dos borlitas de lo mismo, como igualmente el nombre del Sultan embutido en brillantes. En el pecho llevaba la Orden Rusa de San Andrés, la que recibió en el año de 1827, cuando fué enviado como embajador á San Petersburgo, habiéndose distinguido muchísimo en la guerra, y siendo el único hombre á quien los rusos temian. En la cintura tenia fajada una magnífica espada con una cubierta de "peau de chagrin," con diamantes engastados.

En el primer y gran pasillo habia reunido un número mayor de criados. Los turcos se precian particularmente en tener una gran cantidad de esclavos y de sirvientes. Mediante unas señas de lo mas respetuosas, nos condujo Alí á un salon con entrada al vestíbulo, y cuya prolongada série de ventanas, presentaban una vista magnífica del mar, por donde penetraba una brisa vi-

vificante, que provenia de ese elemento siempre hermoso.

Las paredes y el cielo del aposento estaban pintados de un color gris claro. Unas listas doradas circundaban la cornisa con unas divisas orientales. Dos costados eran casi de espejos, las ventanas tan solo estaban separadas mediante unas lijeras particiones de madera. Estaba visible por estas ventanas una parte de la ciudad y toda la bahía. Cerca del umbral de las ventanas habia divanes, sofaes y poltronas. Entre los dos rincones ovalos, cerca de la puerta de entrada, la pared está espléndidamente tapizada y adornada con oro. En el centro está inscrito el nombre del Sultan con letras de oro, sobre un fondo azul. Debajo de estas letras, en el ensamblado de madera, hay unos cajones pequeños, adonde se guardan todas las curiosidades mas preciosas, "souvenirs" y papeles. Esto parece ser el santuario de la familia, y á consecuencia de estar allí puesta enfrente una gran mesa cuadrada, tiene aquello aire de capilla. En el suelo hay tendidos unos tapetes primorosamente acabados. El resto de los muebles son traídos de Viena y de Trieste por los turcos; los que habia en el cuarto en que nos hallábamos, estaban esculpidos con gusto y forrados con una carda negra.

El Pachá ofreció unos sillones á mi hermano y á mí junto á la ventada y frente á la poblacion, de suerte que podiamos ver el aposento por dentro, y por fuera el mar. Alí se sentó á nuestro lado.

El resto de los señores que habian venido en el primer bote, se colocaron en los divanes indistintamente. A esto se entabló la conversacion entre nosotros y el gobernador, mediante un intérprete, el que traducia al frances· Por las preguntas que nos hacia Alí, comprendiamos. que no le faltaba educacion, y sus cumplimientos, legítimamente turcos, eran selectos, floridos, y casi se puede decir picantes.

A poco, llegó el acompañamiento que venia en el segundo bote. Los señores fueron presentados al Pachá por el cónsul general de Austria, quien les dijo, con afabilidad, que esperaba que todos cumplirian con su deber, salvo el médico, que no tuviera la oportunidad de llenar el suyo. Apénas podia contener la risa al ver la sorpresa de mis amigos. Nuestros uniformes tan feos y tan sensillos, no dejaban de parecer ridículos con singularidad entre ese lujo asiático; miéntras que, por otro lado, el amable y obeso cronista de la Casa y Corte de S. M. Apostólica, en cuya fisonomía se traslucian las ganas que tenia de reirse

ante un gobernador y Pachá de una provincia asiática de la Sublime Puerta, formaba un "tableau de genre" del todo magnífico.

Despues de que se hubieron sentado estos señores, y á una señal dada, se introdujo un tropel de criados con unos «chibuques» en extremo hermosos, de siete á ocho piés de largo, y los que tenian como lanzas debajo del brazo. Midieron la distancia de nosotros al suelo con mucha destreza, y una mirada sagaz; y colocaron con tal habilidad la parte hueca de la pipa en el suelo, que la boquilla llegaba exactamente á nuestros lábios. Esta destreza y habilidad es considerada en las casas turcas como una prueba de buen tono. Se hincaron, y bajo de cada pipa pusieron un platillo de metal con unos cuantos carbones, y soplando prendieron el vegetal predilecto, arrojando una llama humeante. Todo esto se efectúa con admirable expedicion, solo que es una lástima que estos criados usen la librea moderna.

Reconocimos la pipa que habiamos usado en el baño. Yo estaba enteramente sorprendido al ver el gran número que habia de estos artículos de lujo, que muestran hasta qué grado ha llegado este en Turquía.

Una vez el Sultan dió una proclama contra la extravagancia suprema que habia en esto de las

pipas, pues algunos de sus Pachás se habian arruinado nada mas que á consecuencia de estas costosísimas chucherías. Por lo que toca á nuestro buen Alí, no hay nada que temer, puesto que es muy rico. La renta que tiene, solo como gobernador de Esmirna, le da nada ménos de ochenta mil florines anuales.

En medio de la conversacion, y cuando ménos lo pensábamos, hizo que se le acercara nuestro querido Dr. F., y mediante el intérprete. le suplicó que le tomara el pulso, puesto que para él venia á ser el mismo honor practicar en su persona lo que con nosotros habia hecho todos los dias. El facultativo hizo lo que se le encomendó, y aseguró á S. A. que su pulsacion estaba notablemente fuerte y de buena salud, á lo que nuestro amable huésped soltó una estrépita carcajada. Tambien le preguntó al doctor si se habia descubierto algun remedio para el chólera, y al ser contestado en la negativa, no parecia nada contento, pues es muy grande el terror que á esta epidemia se le tiene en Oriente.

Los domésticos se volvieron á aparecer, trayendo café. Esta bebida, que se toma con tanta frecuencia, se sirve en pequeñas tasas, las que estén colocadas en unos pedestales que tienen la forma de un huevo. Generalmente son de porce

lana, pero estas eran de un esmalte color de rosa, tachonadas de diamantes. El café está muy caliente, y se toma con todo y asientos y sin azúcar. No es tan malo como es de suponerse.

Cuando las pipas estaban á medio fumar, se las llevaron los criados, y se volvieron á presentar con ellas rellenas de nuevo y listas para su uso. Rspentinamente oimos sonar una campana, y en la plaza que estaba frente al palacio se aparecieron tres camellos de aspecto magestuoso y adornados con explendidez, rodeados por unos conductores que estaban vestidos pintorescamente. Un espectáculo enteramente nuevo nos iba á ser enseñado—una lucha de camellos—cosa de que aun en Europa no habia oido hablar.

A fines del año, los machos se enfurecen, se cazan los unos á los otros, se muerden y se dan de coces á manera de los gallos en Inglaterra cuando se pelean. Desgraciadamente la tentativa que entonces hicieron, no tuvo éxito; solo el mas fuerte de todos, al ser apremiado por uno de los conductores, hizo por morder á uno de los mas débiles, arrojando espuma por la boca varias veces; sin embargo, el contrario solo gemia de un modo lastimoso, y pronto abandonó el terreno.

Aunque á esta diversion le habia faltado éxito, el espectáculo que presentaban estos animales,

nos habia interesado en extremo. Nuestro huéspéd se desapareció repentinamente: ignoramos aún el motivo. Despues de un rato, volvió sumamente agitado, y nos invitó á la mesa. Tomó la delantera (esto parece que es la costumbre en Oriente) y con cabeza erguida entró al pasillo, adonde fuimos saludados por las interminables caravanas de sus domésticos. De allí nos condujo por una puerta pequeña, que estaba cubierta con unas cortinas muy pesadas, al comedor.

Este aposento ofrecia un cuadro encantador, propio de la fantasía y de la gracia de esa tierra del sol. Las paredes y el cielo raso estaban cubiertas con un "moiré" blanco listado de encarnado y unos ramos de flores. De un costado, lo mismo que en el salon, habia una hilera larga de ventanas altas, y bajo las cuales habia un divan verde lujoso y amplio. Un enrejado de madera nos ocultaba de las miradas de los curiosos. En el suelo habia unos tapetes hechos de tules, y sobre estos, unas ricas alfombras.

En el centro de la pieza habia dos tablones grandes de "vermeil" sobre un asiento de tres piés, cubierto con ricas telas. Estos formaban las mesas para comer, á las que, segun costumbre turca, se sientan seis ó siete personas y nada mas. Por lo tanto, la comitiva se dividió en dos par-

tes. Nos sentamos en unos cojines muy suaves, esperando ver con gran inquietud lo que venia de comer. Alí Pachá, el principe J., el baron K., el cónsul general, mi hermano y yo, formábamos las personas de la primera mesa.

Cada uno de los convidados tenia delante una cuchara blanca y negra, en la que habia embutidos unos corales; una toalla de "bastista" bordada de oro, que parecia mas bien pañuelo; un bolillo de pan fino y blanco, cuya mitad estaba cortada en forma de largos paralelógramos, y varios platillos cincelados en "vermeil" y plata con suma elegancia, en los que habia costosas pasas sultanas, sardinas, "caviaré," pepinos, ensalada, leche agria (jocoque), sandias y melones. Estos últimos los habia madurado á tal grado el sol del Sur, que se derritian en la boca lo mismo que azúcar.

Comimos estos diversos "hors d'euvres" á nuestro antojo durante el festin; no era malo el arreglo, pues en las comidas al estilo oriental, lo dulce y lo agrio, se ofrece por turno

Los criados nos pusieron unas servilletas bordadas de oro las que nos fueron liadas por los brazos y las piernas; estas nos daban un aspecto muy ridículo. Sin embargo, parece que esto es del todo indispensable, pues solo lo líquido se tomaba

con cuchras, lo demas teniamos que partirlo con las manos.

Apénas nos habiamas sentado, cuando se llanó el cuarto de sirvientes, los que se divirtieron en grande á nuestras espensas burlándose de la sorpresa que teniamos, como de nuestros modales tan poco diestros. Habia en el centro de la mesa un tapete de cuero pequeño y redondo, y sobre del cuál se colocaban los platos uno tras otro. El número de estos pasaba de veinte. Eran todos de una porcelana blanca y azul. Cómo que puede interesar á los "gourmets," europeos doy la «carte» de la camida.

El primer plato era una sopa de macarroni que podia haber hecho honor á un cocinero frances. Despues se siguió carnero asado, relleno de arroz, notable por su delicadeza. La sopa se habia tomado con la cuchara; pero lo que es en este platillo el Pachá metió su pulida aunque gruesa mano, y nos dió á entender que podiamos seguir su ejemplo. Todos se echaron sobre el asado como bestias feroces, y los filamentos fueron presto aflojados cono meterselos en la boca aunque con bastante torpesa. Como una muestra particular de politica y cortesía rompió un huesito, y me lo ofreció con una sonrisa amable, como si hubiere sido una flor.

Nos vimos en una posicion difícil sin saber que

hacer con los huesos restantes, pero el Pachá nos sacó del apuro, haciéndonos seña de que los pusiéramos en la mesa dorada. Estos «restos delicados» de la comida oriental, se quedaron esparcidos por toda la mesa; durante el banquete, ofreciendo un espectáculo nada edificante á los ojos de los convidados.

Despues de este ligero episodio, nos trajeron un platon con un pastel esponjado llamado por los turcos «bore k». Allí se aprovechó de una feliz ocasion en la que estábamos distraidos, y levantando el centro del pastel, á gran sorpresa nuestra salió volando un pajarito. Nuestro alegre huésped se rió de una manera extraordinaria con esta muestra del ingénio turco. Parece que en Esmirna se considera á estas sorpresas ingeniosas como cosa de buen tono, pues me dijo el Pachá que podia yo relatar esta pequeña anécdota á mis parientos en mi próxima carta.

Como para mejor dar fin á este platillo de un modo placentero, tomó un pedazo del pastel, y con él hizo una especie de pelotilla, la que arrojó con gracia á su espaciosa boca.

Despues de esto nos trajeron "ponche á la romana" en unas copas muy elegantes de porcelana francesa ó sajona. Todo lo que tiene de mala esta bebida en Occidente, tiene de refrescante y de

buena en Oriente. Con una rapidez extraordinaria cambiaron los platos, y esta bebida vivificante tambien desapareció demasiado pronto. Esta fué reemplazada por un pescado frito con pasas de Corinto. Dicho, esta mistura no suena bien, pero, en realidad, no estaba tan mala como nos lo figurábamos.

Despues de esto, se siguió un "pudding" muy bueno, llamado "kataif," despues "patlitsha," un guisado de carne con un "macédoine" de legumbres, cuyo ingrediente principal era una yerba de un gusto muy picante, y que crece por estas cercanías.

Nos servimos de todos estos platos, que tenian mucha salsa, y con ayuda de unos pedazos de pan, los sopeamos. Muchas de esas señoras elegantes de Europa, como tambien esos petimetres de refinada educacion, se estremecerian de horror con este modo tan primitivo de tomar la comida. Solo me permitiré la observacion siguiente: no hay una diferencia muy grande, despues de todo, entre comer de un gran platon con unos dedos muy limpios, y en el cual, si los convidados son diestros, no hay necesidad que estén en contacto con los de sus vecinos, y entre una comida de europeos de refinada educacion, que comen con tenedores que han sido ya usados por cientos de

personas. Todo lo hace la costumbre y el capricho.

Nos dijo el gobernador que cuando estuvo en San Petersburgo, encontró que le era difícil comer con el tenedor. Tanto se rien los turcos de los modos de los incrédulos, como nosotros de los de ellos.

Despues del "patlitsha," nos trajeron un buen pescado de mar, frito; á poco unas bolas de arroz fritas, las que se encajan los turcos en la boca, enteras, y con la palma de la mano. Siguióse mas arroz con manzanas del paraíso; despues de esto, "halliva" (una especie de jaletina); en seguida un plato de miel muy dulce y buena; despues, otra vez "bomba," es decir, salchichones rellenos de arroz. Este, tal vez, fué el mejor de todos los platillos.

El Pachá nos obligó á tomar de todo, mediante palabras persuasivas. Una vez, el príncipe J., ya sin aliento, deseaba poner término, pero Alí le aseguró al momento que era preciso que un soldado comiera mas de lo que otras gentes.

Siguióse un platon de dulce llamado elekmá; tenia este un color de esa agua de mar trasparente. Casi empalagaba de lo muy dulce que estaba. Frank-gokei, una empanada blanca compuesta de un picadillo de la pechuga del pollo y almen-

dras, fué lo que se sirvió despues. A mí me pareció este plato horrible, pero algunos de los convidados lo alabaron muchísimo. Siguióse un pavo.

Cuando trajeron uno de los platos con la carne, hizo Alí una seña al criado para la que partiera con la mano, y de esta manera se sirvieran los convidados con mayor facilidad. Un modo de obrar muy práctico y terminante.

A esto trajeron un macarroni con queso, al estilo europeo, enteramente; despues, un excelente «compota» de melocotones; luego «kabak dolma,» una preparacion de calabazas rellenas, (plato que los epicurios europeos hubieran tomado al instante, si no lo hubieran servido inmediatamente despues del dulce «compota»). El final de esta comida tan esquisita y tan variada, venia á ser una gran pira de arroz, adornada con pequeñas pasas. Ya que habia desaparecido esa gran série de platos, se sirvió en elegantes copas un «compot» líquido, llamado «Urchas». Esta bebida, algo fuerte, pero no muy agradable, suple al vino entre los mahometanos. Durante la comida, solo dos veces tocó á mi buena estrella el conseguir una agua buena y fresca.

Esta comida, que habia sido un espectáculo tan interesante para los viajeros, se habia acabado ya. Nos sentámos en el divan verde que es-

aba debajo de la ventana, á donde nos trajeron jabon y agua en unas jarras y lavamanos de «vermeil» hermosísimos, con el objeto de que procediéraramos á darnos una buena lavada de manos lo que era del todo necesario; el Pachá (que hasta la cara se habia lavado) parecia como si estuviera rezando en voz baja. Despues de terminada esta ceremonia, nos condujo Alí otra vez al salon gris» á donde nos trajeron las pipas.

Nos divertimos despues con un baile egipcio-morisco, el cual mandó el Pachá que se afectuase en el mismo lugar á donde habia fracasado el combate de los camellos.

Los negros tocaron en unos tambores y «cinelli» una música muy monótona. El baile era peculiar, gracioso y guerrero. Los negros se daban entre sí con unos palos, y pegaban uno saltos como los tigres furiosos.

Un baile nacional viene á ser siempre una cosa interesante, pues demuestra el carácter del país. La «tarantella» está llena de un entusiasmo frenético; el bolero es primoroso, y tiene fuego; la mazurca es ligera y elegante; miéntras que en esta danza vimos á esas tribus salvajes y guerreras que bailan en derredor de los cadáveres enemigos ó del leon que han vencido.

Ya que habiamos contemplado este espectácu-

lo por algun tiempo, nos preguntó el Pachá si queriamos ver los cuarteles y las tropas. Aceptamos gustosos esta oferta. Antes de despedirnos, fuimos primero á la alacena que habia en el entablado de madera, abajo de la inscripcion del Sultan. Estaba llena de champagne, higos, uvas y costosas pasas sultanas. Tomé una copa del reluciente néctar frances, y le pregunté al Sultan que si podriamos beber á su salud al estilo europeo, contestó á nuestro bríndis, proponiendo uno á la salud de nuestro soberano. Balbutió el nombre del Emperador, segun costumbre turca, con unas cuantas palabras. Despues tomó á nuestra salud, y nosotros á la del Sultan.

En esta ocasion eché de ver que los turcos, no obstante el Coran, no se abstienen de tomar una copa del reluciente champagne. En favor de esto, alegan que este vino fué descubierto despues de la muerte de Mahoma.

Nos despedimos de nuestro sincero y amable huésped, de quien nos habiamos prendado durante nuestra corta visita, y nos salieron á dejar con las mismas ceremonias con que nos habian recibido. Nos dirigimos á los cuarteles. Estos consistian en un edificio muy amplio, de dos pisos, con una ala en el centro y dos en los costados. Hácia el cuarto costado, está abierto, y una reja circun-

da todo el patio. Se hallan precisamente á orillas del mar, de suerte que el aire que sopla por sus hermoses cuartos, con sus inumerables ventanas, es siempre fresco y puro.

El general encargado del edificio, está á la cabeza de los rejimientos. Sin embrago, hoy solo habia un rejimiento en el cuartel, el otro estaba en marcha. Cada rejimiento tiene dos coroneles, cuatro tenientes-coroneles, doce mayores, y veinticuatro tenientes. El rejimiento está dividido en cuatro batallones, el batallon en dos compañías.

El general, que lleva el título de "gobernador militar," nos recibió en la puerta del edificio, que tenia un color rojizo. Entramos á los cuartos del primer piso. Los pasadisos son extraordinariamente altos, anchos, bien ventilados, y sumamente aseados. Los cuartos son grandes y cómodos. Hay de cuarenta á sesenta hombres en cada piso. Cada individuo tiene un colchon ralo, una almohada pequeña, y una sábana; todo de un color oscuro. El tren de cama puede empacarse en su mochila. Los soldados se acuestan en el suelo, cerca los unos de los otros. Su traje consiste en un fez colorado aplastado, una chaqueta azul, y un pantalon de género blanco. Usan zapatos negros cuando salen fuera del cuartel, pero dentro de él andan descalzos, lo que conduce mucho al aseo.

Sus tirantes son de cuero blanco, sus cartucheras bastante grandes; sus armas de fuego son largas, con las culatas color de chocolate; sus mochilas son angostas y altas, y están cubiertas con un cuero de un color castaño.

No podia mostrar suficientemente mi admiracion al gobernador, y le aseguré que aun en Europa podia servir de ejemplo el aseo de su cuartel, un cumplimiento que pareció halagar considerablemente al comandante.

A esto, nos condujeron á una especie de balcon, que contenia una sala de recepcion, en medio de la ala céntrica en el primer piso. Desde aquí nos suplicaron que observásemos las evoluciones del rejimiento. Aseguramos á estos señores, sin embargo, que en vez de estar reclinados en los suaves cojines del divan, preferiríamos ir abajo para admirar á las tropas mas cerca. Esta atencion agradó á los turcos en estremo, y esto lo supe mas tarde, en una carta de Constantinopla. No están acostumbrados á una inspeccion tan de cerca por parte del Sultan. Por consiguiente, en cada cuartel se arregla un soberbio aposento en el segundo piso, para su Magestad Otomana. Desde allí puede contemplar á los creyentes hijos de Mahoma como de entre una nube; es decir, solo con el cuerpo se le vé asistiendo á estos espectáculos guerre

ros, pues el espíritu melancólico del jóven príncipe no le encuentra gusto á semejantes cosas. Prefiere entregarse al goce de sus pipas, y mas le importa el ejército de sus setecientas esposas, que los defensores de su patria. De suerte que aunque el intérprete me dijo con bastante inteligencia, "Cette chambre est réservée pour le grand " Sultan, puisque les soldats son ses enfants, et le " père doit toujours loger parmi ses enfants," esto hubiera sonado bonito á no haber sido una simple forma de discurso.

El rejimiento estaba formado en el gran patio. Todos los oficiales estaban á pié: creo que solo el general tenia caballo. Los cuatro batallones se formaron en línea y comenzaron un corto ejercicio de fuego. Al principio, cada batallon descargaba por turno, durante lo cual la primera fila se incaba al estilo antiguo; de suerte que tres filas podian hacer fuego al mismo tiempo; despues se siguió una descarga de todo el frente de fuego graneado, y la formacion de un cuadro entero. Hacian fuego muy bien: la descarga era lo mismo que una solo tiro, y la carga de las armas se hacia con una prontitud maravillosa. Las evoluciones restantes no estaban bien ejecutadas. Aun todavía las hacen al sistema antiguo. El desfile fué en estremo malo; estaba dirigido por un teniente negro, y de elevado talle.

Entre tanto, tocaba la banda de un modo singular y desordenado. Una vez se esforzó en tocar algo de la "Martha de Flotow," pero hizo un fiasco completo. Las palabras del mando turcas, dadas en el idióma natal, suenan muy altas é imponentes, y son obedecidas por las tropas con mucha prontitud.

El tipo característico de un pueblo, nunca se ve tan ventajos amente como en la division de un ejército. A donde todos están vestidos iguales, y todos son de la misma estatura, la semejanza de las facciones viene á ser evidentemente remarcable. Compónese el tipo turco de una frente bastante corta é inclinada hácia atrás, en unas cejas hermosamente arqueadas sobre unos ojos penetrantes y ovalados; una nariz larga y algo aguileña; la boca indiferente; gruesos los lábios inferiores; la barba larga y ovalada. Tienen la tez de un color aceitunado. La tropa usa solo bigote, pues, como he dicho antes, toda la barba ha sido prohibida por estar fuertemente asociada con la tiranía de los genizaros.

Despues del desfilé de las tropas, hicimos presente nuestra admiracion al general: le dimos las gracias y salimos del cuartel. Parece que los turcos han sabido aprovecharse de la experiencia que han ganado en la revolucion, pues el palacio

hacer con los huesos restantes, pero el Pachá nos sacó del apuro, haciéndonos seña de que los pusiéramos en la mesa dorada. Estos «restos delicados» de la comida oriental, se quedaron esparcidos por toda la mesa; durante el banquete, ofreciendo un espectáculo nada edificante á los ojos de los convidados.

Despues de este ligero episodio, nos trajeron un platon con un pastel esponjado llamado por los turcos «bore k». Alí se aprovechó de una feliz ocasion en la que estábamos distraidos, y levantando el centro del pastel, á gran sorpresa nuestra salió volando un pajarito. Nuestro alegre huésped se rió de una manera extraordinaria con esta muestra del ingénio turco. Parece que en Esmirna se considera á estas sorpresas ingeniosas como cosa de buen tono, pues me dijo el Pachá que podia yo relatar esta pequeña anécdota á mis parientes en mi próxima carta.

Como para mejor dar fin á este platillo de un modo placentero, tomó un pedazo del pastel, y con él hizo una especie de pelotilla, la que arrojó con gracia á su espaciosa boca.

Despues de esto nos trajeron "ponche á la romana" en unas copas muy elegantes de porcelana francesa ó sajona. Todo lo que tiene de mala esta bebida en Occidente, tiene de refrescante y de

buena en Oriente. Con una rapidez extraordinaria cambiaron los platos, y esta bebida vivificante tambien desapareció demasiado pronto. Esta fué reemplazada por un pescado frito con pasas de Corinto. Dicho, esta mistura no suena bien, pero, en realidad, no estaba tan mala como nos lo figurábamos.

Despues de esto, se siguió un "pudding" muy bueno, llamado "kataif," despues "patlitsha," un guisado de carne con un "macédoine" de legumbres, cuyo ingrediente principal era una yerba de un gusto muy picante, y que crece por estas cercanías.

Nos servimos de todos estos platos, que tenian mucha salsa, y con ayuda de unos pedazos de pan, los sopeamos. Muchas de esas señoras elegantes de Europa, como tambien esos petimetres de refinada educacion, se estremecerian de horror con este modo tan primitivo de tomar la comida. Solo me permitiré la observacion siguiente: no hay una diferencia muy grande, despues de todo, entre comer de un gran platon con unos dedos muy limpios, y en el cual, si los convidados son diestros, no hay necesidad que estén en contacto con los de sus vecinos, y entre una comida de europeos de refinada educacion, que comen con tenedores que han sido ya usados por cientos de

CAPITULO X.

UN PASEO A BURNABA.

Esmirna, Setiembre 20 de 1850.

Era uno de aquellos dias hermosos y despejado del Sur; el cielo tenia un azul claro; el tiempo estaba caluroso, mas no opresivo. Todas estas circunstancias nos tentaban á aceptar la oferta del Pachá y del Cónsul, y hacer una expedicion á Burnabá.

A las tres de la tarde, y despues de un abundante "lunch," dejamos la cubierta del "Vulcano." Los botes pronto nos dejaron en tierra en la costa de Asia, y á pocos pasos llegamos á la puerta del consulado. Aquí nos aguardaban los caba-

llos del Pachá. Eran unos hermosos animales, ricamente enjaezados. Sus largas y anchas gualdrapas estaban bordadas de oro; los frenos y los estribos eran de un bronce dorado y reluciente. Estos últimos brillaban como trofeos de guerra. Montamos á caballo, rodeados de inumerables oficiales turcos y de una una especie de guárdias del Pachá, pasamos por las calles de Esmirna.

Con el fin de llegar á las alturas y á la campiña, nos vimos obligados á pasar por la ciudad Armenia. Todos los habitantes corrieron á las ventanas y á las puertas, y en las calles habia un cordon de nobles orientales, con sus hermosos semblantes y sus ojos ovalados, esperando con ánsia la entrada de un príncipe asiático con sus costosos atavios; mas, ¡oh prosa! solo vieron á un par de miserables europeos vestidos con unos sacos de verano almidonados, coronados con unos sombreros que parecian mas bien unos cilindros negros y cabalgando en los magníficos corceles de Alí.

Llegamos bien pronto á un punto muy bonito, y á ser cierta la historia, un lugar muy interesante, en la parte mas alta de Esmirna. Aquí, se nos dijo que era el feliz lugar adonde vió la luz el primogénito de las musas, el divino Homero, el primero que usó el lenguaje encantador de la poesía. Aun á ser falsa la tradicion, la in-

vencicn es bonita, pues lugar alguno podia ser mas digno que este de esa honra. Altos platanares dan sombra á este hermoso lugar, formando arcos con sus tersas ramas, y coronas con sus infinitas y puntiagudas hojas á orillas de un pedazo cubierto con agua. Mas all , en la orilla extrema de esta agua, se eleva hácia el cielo una floresta de cipreses tranquila, solemne y casi muerta; miéntras que, como símbolos de una época mas tardía en la historia, yacen esparcidas entre los árboles oscuros las tumbas, como espectros de los turcos. A través del rio está visible un puente pintado con colores brillantes. Se erigió especialmente para Esmirna, y es de gran importancia, pues miles y miles de camellos se cruzan constantemente, cargando los ricos productos del país á este emporio de Oriente. Pasamos por esta antigua fábrica, y entramos al cementerio del musulman.

Reinaba en este lugar una magestad peculiar y una tranquilidad que hacia impresion. Los altos cipreses—esos minaretes que existen, pero que, sin embargo, anuncian la muerte con su presencia—se hallaban en fila á iguales distancias los unos de los otros; entre ellos, encuéntranse innumerables tumbas, que consisten en unas lápidas

de piedra perpendiculares, en su mayor parte colocadas en línea recta.

Distínguense las tumbas de los hombres por unos turbantes que hay gravados en la parte mas alta de ellas; las de las mujeres no tienen este distintivo, pues la mujer, en Oriente, no hace un papel importante en la vida. Hállase colocado, ante muchas de las lápidas, una balaustrada baja de piedra, iguale á la que, con frecuencia entre nosotros, hay en las montañas hechas de madera. Las tumbas mas nuevas están pintadas con unos colores brillantes, y en vez del turbante, échase de ver en ellas el fez ó gorra turca. En las lápidas de piedra, están gravados los nombres de los muertos, y un texto tomado del Corán.

Dos cosas de los turcos me agradaron; primero, jamas destruyen ó profanan con sus manos los sepulcros de sus antepasados, sino que dejan al tiempo que lo haga; y segundo, no meten los huesos de los muertos en estrechos y cerrados cajones, sino que los tienden en el seno de nuestra madre comun: la tierra.

Prefiero infinito los panteones turcos á los nuestros; hay mas pureza, sencillez y natural embeleso en ellos, que en los nuestros, adonde frecuentemente me inclino á creer que veo un monumento teatral-triunfal pagano en vez de un pan-

teon cristiano. Pero peor, que todos, son los de los italianos, adonde los ricos se hallan separados de los pobres, un lugar vasto rodeado de portales, está dedicado á los primeros, miéntras que los pobres yacen en un lugar abierto: sus sepulcros solo se distinguen de los de los perros mediante una señal de madera con su numeracion; y si se desea saber el nombre ó título de alguno, es preciso ir al registro y buscar en el catalogo. En nuestra época materialista, pueden ocurrir cosas semejantes! El hombre se analiza como si fuese un autómata; y familiarizándose de esta manera con su propia carne y sangre, pierde, como es natural, todo respeto á los huesos de los muertos. Nuestros antepasados conocian este sentimiento hermoso, que de por sí se enseña en los panteones turcos, y encontramos que era lo mismo en muchas partes de los distritos de las altas montañas.

Abandonamos la gran floresta de cipreses; montamos á caballo, y continuamos nuestro camino á Burnabá. Pasamos por un vecindario sumamente fructífero, con una vegetacion de lo mas abundante. Aquí podiamos creer fácilmente en las riquezas de los países turcos. Las uvas mas magníficas se entrelazaban en los salubres higueros. Los famosos y dulces melones de Esmirna crecian

entre las ricas espigas del trigo. Todo tiene el aspecto de la abundancia; sin embargo, podiamos ver que la madre Natura es la grande artista en medio de esta vegetacion espléndida. Frecuentemente encontrábamos recuas de camellos y de mulas, cargadas con la fruta del país; y por todas partes, hasta donde podia alcanzar la vista, contemplábamos algo nuevo y encantador. Al descender á una ancha llanura, por la cual habia unos cuantos árboles esparcidos, los guardas del Pachá, tan originalmente vestidos, comenzaron á rodearnos, armados de mosquetes y sables. Apretában, mas y mas, el paso á sus caballos, alzando la voz con gritos salvajes. Nubes de polvo se alzaban de las pesuñas de sus caballos, los que, cruzándose entre sí con frecuencia, de cada lado del camino, presentaban el cuadro de un combate guerrero. Se ve bien cuando estos hijos de Oriente, de tez morena, con sus pintorescos trajes, se precipitan en sus fieros y diminutos corceles, en medio de esas nubes de polvo, por entre los árboles, el sable golpeándose, los mosquetes preparados para hacer fuego, con sus movimientos salvajes, y su clamor guerrero mas salvaje aún. ¡Cuánto lamentaba él que no pudiéramos hacer otro tanto con nuestros caballos de gran parada! Desgraciadamente a estos anima-

les de ostentacion, solo puede montárseles al estilo turco, al paso; y úsalos solo el Pachá en las grandes ocasiones, como cuando va en procesion á la mezquita. Poc cortesía al buen Alí, nos vimos obligados á ir la primera parte del camino á un paso de procesion imponente; de vez en cuando, dando unos saltos no muy elegantes; mas despues de haber puesto alguna prueba á nuestra paciencia, nos procuramos ayuda. Llegamos á un molino de papel, y asegurando á nuesta escolta de la manera la mas política, que estábamos anciosos de tomar un cuidado especial de estos nobles animales, saltamos de nuestros caballos, eligiendo otros mas lijeros de entre nuestro acompañamiento, nos pusimos al instante en camino, a gran placer nuestro, y á un paso mas acelerado. No podiamos haber manejado mejor el negocio; los turcos no parecian estar nada ofendidos. Y de esta manera, riéndonos y diciéndonos bromas, llegamos á Burnabá con un tren numeroso.

Esta elegante villeggiatura—retiro en el verano, de los turcos, y á la cual van las razas europeas, las mas diversas, á pasar las vacaciones de la estacion calurosa—yace en una montaña, y debido á sus encantadores y hermosamente cultivados jardines, tiene un aspecto sumamente bello y

alegre. La comunidad es grande; pero es una lástima que la costumbre oriental de cercar todo con altas tapias, le evita á uno, al entrar á la ciudad, el ver los jardines ó las casas. En la parte turca, hay un bazar, el que, sin embargo, estaba muy sucio y era pequeño, de suerte que, lo que son las calles, nos ofrecian poco que nos interesase. Sin embargo, nos permitieron el que diésemos otro vistaso á la magnificencia y á las comodidades de los habitantes de esta tierra meridional. Hay una diferencia característica entre la gente oriental y la europea, y es que el habitante del Poniente desea hacer alarde de sus tesoros, abre sus jardines á la inspeccion pública, y se esfuerza de todos modos para que otros admiren sus posesiones. El oriental, al contrario, encierra y guarda sus tesoros con escrupuloso cuidado entre las cuatro murallas protectoras; se forma un paraíso dentro de ellas, y goza de él, en silencio, con la cervidumbre admitida; y, cuando mucho, permite que la fama hable de sus secretos y desconocidos portentos. De suerte que, en Oriente, todo posee el encanto de la novedad, miéntras que en Europa, la familiaridad produce hastío.

Mediante la bondad del cónsul general, nos fué permitido entrar al jardin de un rico banquero, llamado B......, nativo de Trieste. Este señor

nos recibió con cortesía en el umbral, y nos condujo á una especie de tienda de campaña encantadora, que estaba en el jardin, lo que nos dió una idea palpable del gusto exuberante en Oriente. El piso era de mármol, separado en dos compartimientos, una parte estando elevada. La pared, con divanes, se prolongaba al rededor de estos, abierta por inumerables ventanas, entre las cuales habia un candelabro fijado en el cerco dorado de unos espejos cóncavos; en el piso habia ricas alfombras; en la division mas baja del cuarto, un tazon de mármol hermosamente esculpido, y en el cual corrian once chorritos de agua con un murmullo delicioso; el agua que corria, formaba despues fuera del edificio un pequeño lago sombreado de árboles, los que estaban cercados por un grutesco y repleto de pescados dorados, conservándose una frescura encantadora en el pabellon.

Los jardines estaban plantados con naranjos y otras plantas pertenecientes á este clima. Despues de haberlo andado todo, nos ofrecieron en el pabellon refrescos los mas deliciosos. Consistian en helados y las mentadas frutas cubiertas de Esmirna. Es costumbre en todas las casas ofrecer estas cuando llegan de visita los extranjeros.

Despues de esto, fuimos á ver la casa de un

armenio, y desde su cuarto alto, gozamos de una vista soberbia del valle, de la ciudad y del golfo. Feliz el hombre que desde la ventana de su casa puede siempre ver un paisaje tan mágico! El jardin del armenio es excelente y lleno de sombra; pero el mas hermoso que vimos en este lugar encantador, fué el de Mr. W., un inglés rico, que era á la vez comerciante y banquero.

Al entrar al jardin, nos encontarmos con una concurrencia elegante reunida frente á la casa rodeada de cipreses, y otras plantas. Causaba satisfaccion el ver á estas señoras y á esos caballeros cómo se entregaban al "dolce far niente" de esta espléndida tarde, miéntras que de todos lados las flores exhalaban sus deliciosos perfumes; un perico sacudia su brillante plumaje; los árboles elevaban sus soberbias crestas magestuosamente hasta lo infinito de la azulada cúpula del cielo; la hermosa casa con sus persianas, reunido todo esto en una silenciosa armonía, en ese suave éter meridional y ese puro crépusculo vespertino. Un espectáculo de esta clase, penetra al corazon del estranjero, y tiene por felices á aquellas gentes que viven en semejante paraíso.

La señora Ws. hija política del dueño, una mujer hermosa, aunque un poco gruesa, nos vino á encontrar con una espresion dulce y angelical; tenia

unas facciones simétricas y nos condujo al interior de la casa. Aquí reinaba, en este delicioso clima meridional, un lujo europeo. Echamos de ver que precidia un espíritu inglés por la confortable y esquisita disposicion del rico ajuar. Despues de una conversacion corriente, fuimos otra vez al jardin, el cual la señora Ws. bondadosamente nos dió la oportunidad de admirar. Desde uno de los terrados gozamos de una espléndida vista del valle y de las altas montañas, las que resplandecian mágicamente con la luz disolvente. Cuando entramos de nuevo, nos ofreciron dulces otra vez, y el hijo del Sr. W., un individuo magro pequeño, y de presencia cómica, con una chaqueta blanca y sombrero del mismo color, se nos presentó; hacía un contraste notable con su robusta y hermosa consorte, la que estaba vestida de negro. Despues de que hubimos abondonado á este jardin, y atravesado por otros, pasamos algun rato mas con el Sr. W. y entonces montamos nuestros caballos y emprendimos la vuelta á casa.

Era de noche, pero una noche de aquellas que no puede pintar la fantasía de la gente del Norte. Solo podia gozarse de ella en las exuberantes costas del Asia Menor. La vóbeda del cielo estaba infinitamente mas clara, no se apercibia un solo sonido; la tranquilidad reinaba en el

anchuroso mar, y cual un vencedor despues del caluroso y bullicioso dia, la luna llena se presentó magestuosa trás las grandes alturas de Esmirna. Las sombaras arrojaban unos relieves pronunciados; habia una ondulacion plateada por entre el follaje; el paisaje se cambió, como por la vara mágica de una hechicera.

Espoleamos á nuestros caballos y galopeamos hácia á la ciudad por entre la vaga y misteriosa luz de la luna; las tumbas de los turcos se desprendian como hileras de espectros entre los oscuros y tristes cipreses. A esto llegamos á la poblacion y pasamos por unas cuantas calles estrechas, y pronto nos vimos en la cubierta del caro "Vulcano," adonde despues de una cena gustosa, nos rejocigamos de nuevo con la divina vista del reluciente mar, los blancos y bien marcados minaretes las cúpulas, las grandes masas de casas, y las lejanas montañas.

CAPITULO XI.

AL AVISTAR CORFU.

Nació la aurora; salió el sol esparciendo una tranquilidad profunda por los plateados mares y las altas montañas de la Albania; el vapor surcaba las olas con rapidez, y avanzábamos con violencia, pasando por las islas Jónicas mas pequeñas, que se elevaban fuera del agua como lomos de monstruos marinos. A esto, contemplamos la punta extrema de la fértil isla de Corfu. Unas

cuantas varas á lo largo de su costa, conduce á uno á la fortaleza que corona la ciudad. A este fuerte colonial inglés, puede solo comparársele con una corona de espinas.

Compónese la isla, principalmente, de un terreno montañoso, el que está demasiado crecido, con el bosque mas fresco y hermoso, presentando á la vista un cuadro de frescura. Todo el país es como un gran parque, en el cual se hallan unos cuantos hogares de colonos. Estos presentan un aspecto de aseo y de sólida construccion, y no causan esa impresion triste, como algunos de esos pueblos griegos esparcidos, que se elevan en una forma irregular sobre un terreno inculto.

Es un espectáculo agradable el ver unas quintas de campo hermosamente construidas, en medio de una vegetacion meridional, cultivada con todo el esmero de un jardinero. Las rocas, en la playa, forman un contraste excelente con ella. Es preciso confesar que los ingleses entienden el modo de trasformar todo lo que les viene á las manos, en hermosura y en cultivo, pues aun la peñascosa Malta se halla ahora cubierta con la vegetacion mas fresca y verdosa.

Miéntras mas nos acercábamos á la ciudad, mas numerosas eran las casas de campo.

A corta distancia estaba un buque inglés an-

clado, desde donde tiraban á un blanco pintado de negro, que flotaba en el mar.

Esta pequeña maniobra me divirtió en extremo; era ridículo ver cómo iba saltando la bala en el agua diez ó veinte veces tras del blanco, de tal manera, que el mar hacia espuma como una cascada. Ciertamente los marineros británicos no le daban al pequeño blanco frecuentemente. Como que estábamos obligados á pasar dentro de la lineá del tiro, algunos comenzaron á preguntarnos si no nos podian pegar, pero el cañoneo cesó por algunos instantes miéntras pasamos.

Las rocas que dominaban la ciudad, se desaparecian mas y mas, y el hermoso sitio colonial de los ingleses se present ó á nuestra vista. Las partes mas elevadas de la fortaleza se desprendian del azul cielo, al rededor de esta, formando terrados, habia los mas bellos jardines y las casas mas hermosamente construidas. Al pié de esta fortaleza habia hileras de baluartes de piedra, que parecia como si nacieran del mar; en el án gulo extremo de uno de estos, estaba situado el jardin del gobern ad or, bien sombreado por hermosos y elevados árboles. Al fin de estos, cerca de la ciudad, se halla un gran palacio de una piedra de un color pardo; compónese este de varios

costados, cuyos aposentos están cubiertos del calor mediante unas grandes celosías verdes.

Este edificio extenso é imponente, es la residencia del tirano que el libre poder británico le ha puesto encima á estos pobres isleños, como protector. Pensaron, en la ciudad, que íbamos á desembarcar. Sin embargo, dirigimos nuestro curso por una especie de canal ancho, el que estaba formado por una isla estéril y peñascosa, que quedaba, precisamente, frente á la ciudad.

Esta última tiene un aspecto elegante y aseado. Grandes y bien construidas casas dan señales de riqueza, y atestiguan el lujo práctico de Inglaterra, y ese "comfort" al estilo comerciante. El lugar está rodeado por las mas deliciosas y verdes colinas, desde donde se descubren de un modo alagüeño esas preciosas cabañas inglesas. En la isla que yace frente á la ciudad, hay otra fortaleza, á la que nosotros, aunque extranjeros, fuimos admitidos.

Nos dijeron que todas las mañanas cien soldados ingleses eran conducidos en botes de la ciudad á esta isla, y llevados de regreso en la tarde. Se supone que han hecho juramento de guardar algun secreto, pues nadie sabe lo que tienen que hacer en esta tierra misteriosa; pero se pien-

sa que tal vez están trabajando por unir á ambas islas mediante un túnel debajo del mar.

Hicimos alto frente á la ciudad por unos momentos, con el fin de recoger algunas noticias del vapor de la compañía Lloyd, que á la sazon estaba anclado. Al instante subió Jhon Bull con sus marineros vestidos de blanco. Era el capitan del puerto, el que, de un modo atento, nos trajo al "práctico," con el fin de recibir una buena propina en esta ocasion. Le contestamos que de ninguna manera intentábamos desembarcar. No obstante esto, deseaba saber de nuestro capitan, quiénes estaban á bordo; y cuando no lo pudo descubrir, se retiró con una "cara muy larga."

Durante esta pausa, pudimos examinar la ciudad á nuestra satisfaccion. Como que era la hora de la siesta, habia poco movimiento en las calles. El número de buques en la ensenada, era tambien corto, pues el chólera estaba asolando las islas Jónicas, é impidiendo el comercio por algun tiempo. De nuevo nos hicimos á la vela, y continuamos nuestra correría.

Hácia la extremidad de la isla, sus playas se acercaban á la costa de la Albania. En medio de este estrecho pedazo de agua, existe un trozo pequeño de roca sólidamente formada, y sobre la que descansa, igualmente pequeña, la torre de un

faro. Dásele un nombre sumamente desagradable: "La Sarnosa," probablemente á causa de la formacion peculiar de la roca. Un soldado inválido y viejo vejeta en este lugarcillo.

Presto se desvaneció de nuestra vista la punta extrema de la isla; y llenos de gozo, dirigimos nuestro curso hácia nuestra amada patria.

CAPITULO XII.

DOS DIAS EN EL BOCCHE DI CATTARO.

—o—

Muy temprano, por la mañana, me puse la ropa violentamente, y subí el primero á la cubierta. Soplaba el ambiente fresco y saludable de mi adorada Austria, á la que volvia á ver despues de mi regreso por primera vez; esto fortaleció mis miembros; y lleno de placer, contemplé la salida del sol sobre las montañas azul oscuro de Dalmacia. Una niebla suave y lijera descansaba sobre las tranquilas aguas, y daba un tinte rosado á las estrellas; pero pronto se disiparon los vapores, y grande y magestuoso se levantó el sol ante mis ojos agradecidos. La luz nueva daba color y vida á

las melancólicas montañas; las rocas, los bosques y las pequeñas y solitarias aldeas se presentaban á la vista, la que se fijaba con en canto en ese lugar tan semejante á nuestros lares. Pronto subieron mis compañeros de viaje, y nos saludamos con placer mutuo en las ag uas austriacas. Pareciame un buen agüero el que, precisamente al avistar nuestra tierra natal, el sol brillase saludándonos con tanta claridad y esplendor.

Almorzamos sobre cubierta alegremente, y en medio de la conversaci on mas animada, llegamos á la entrada del fam oso Bocche de Cattaro. Por entre un canal bastante angosto, pasamos el primer estrecho de mar. La impresion que causa es enteramente igual á la de una laguna tranquila. Se olvida uno del gran Océano atras, y se enagena uno de gozo con el espectáculo del hermoso paisaje. Aquí no se encuentran ya las desnudas rocas y las amarillosas llanuras de la Grecia, sino la vida alegre y llena de frescura, y una civilizacion positiva y próspera. No vimos más esos lugares salvajes y despoblados; las casas se destacaban de entre los exuberantes bosques, y de su buen estado, es fácil percibir que están bajo el cetro austriaco. Y sin embargo, el estado de incivilizacion de Grecia tiene sus encantos peculiares. El brillante paisaje bajo ese cielo meri-

dional, y las desnudas y sonrosadas montañas á orillas del azulado y espumoso mar de Lepanto —¡vaya un contraste!—Hácia el interior del país, se elevan unos cerros peñascosos, con unos contornos en el estremo pintorescos; los que, aunque son estériles en las regiones mas altas, sin embargo, tienen el sello de las capas geológicas del Norte. Hácia el mar, la cordillera es de una configuracion baja y redonda, por cierto no muy hermosa. En su mayor parte, está cubierta enteramente de arrayanes. En las playas, encuéntranse frescas y verdes viñas, con unas cuantas quintas de compo al estilo italiano.

Dos puntos, en particular, llaman la atencion —la pequeña poblacion de Castelnuovo, pintorescamente situada con sus fortines cuadrados, y el convento griego Sabina, edificado al estilo bizantino, un lugar que relucía eutre una vegetacion exuberante. Nuestro buque anoló junto al hospital de Castelnuovo, el que se halla á distancia de legua y media de la ciudad, cerca y abajo del convento, á orillas del mar.

Despues de habernos vestido, desembarcamos, y pisamos de nuevo, con placer, y despues de tantas aventuras, la cara tierra firme de Austria.

Nuestro primer punto fué el convento, que ya habia despertado nuestra curiosidad en el buque.

¡Cuán agradablemente nos sorprendimos al encontrar el encino aleman (Quercus Germanica), junto al exuberante laurel bajo cuya sombra nos refrescamos! Tambien vimos prados—frescos y verdes prados—despues de tanto tiempo: ¡qué placer! En estos prados crecian grandes naranjos, en los cuales se enredaba la yedra del Norte. Era un lugarcillo tranquilo y hermoso, que estaba precisamente frente á la puerta del convento; la mezcla mas encantadora de la hermosura del Norte con el fuego del Sur.

Los ardientes rayos del sol estaban mitigados por la sombra de las hojas del encino y reducidos á una sombra agradable. Aquí y allí, el cielo azul oscuro se veia por entre el ramaje; y ademas una alfombra de musgo suave y afelpada. Un soberbio cipres elevaba su cresta en el éter purisímo, y junto de él, cerca de una muralla antigua, se bambeleaba un naranjo cubierto de fruta. Sus ramas servian como de apoyo á la uva, miéntras que, cerca de ellas las relucientes granadas, de una manera juguetona, inclinaban sus tiernos y flexibles tallos. Al pié del ligero declive, teniamos un hermoso paisaje del tranquilo y cristalino mar. Pasamos por un arco de piedra á un patio en forma de terrado. En este lugar estaba una iglesia pequeña y otra grande, lo mismo que el convento.

Mediante la intercesion de nuestro amable capitan, nos permitieron la entrada á las iglesias, y dos ancianos monjes griegos nos condujeron por ellas. Uno de estos hombres, ya avanzado de edad, con una barba larga y blanca, hablaba un mal italiano, de suerte que le podiamos comprender bastante bien.

En el interior de la casa de Dios, de acuerdo con las costumbres griegas, se halla colocado, frente el altar, un biombo de palo ricamente dorado, y en el cual hay pinturas simbólicas. Todas las cabezas de Cristo y de la Vírgen, tienen las facciones largas y orientales, no muy atractivas. Especialmente hallamos representado allí á San Jorge con armadura, y varios otros santos. Unos cuantos de estos cuadros no están faltos de valor artístico. Colgaban del techo ricos candiles de plata, huevos de avestruz; y al rededor, decoraciones hechas de lana, de oro, y listones de colores. Cuando pregunté al monje con asombro que queria decir todo esto, me contestó que cada capitan de embarcacion, al botar á la agua un buque nuevo cuelga en la iglesia uno de estos ornamentos, que no tienen ningun gusto.

En la capillita, que fué lo primero que se edificó en este lugar, se encuentran los hermosísimos donativos piadosos, entre los cuales notamos,

en particular, una cruz divinamente esculpida, y y varias pinturas adornadas con joyas preciosas. El interior del convento, que solo consiste de unos cuantos cuartos; es pequeño y está edificado con un estilo pobre. En el refectorio habia colgadas unas cuantas malas pinturas al óleo de unas testas coronadas de Rusia.

Nos despedimos del buen anciano que nos habia llevado por todo este lugar sagrado, y emprendimos camino, por entre la cerca de encina, á Castelnuevo. Miéntras tanto, nos llamó la atencian una capilla en una altura, que estaba enteramente cubierta de magueyes.

Aquí teniamos una vista sumamente estensa. A nuestros piés estaba el mar; los cerros, cubiertos de mirto, brillaban como plata contra el horizonte azul; y por entre estos, interceptados por elevados peñascos, el infinito Océano estaba visible. De un lado veiamos las murallas de Castelnuevo cubiertas de yedra. No lejos de estas, y del lado opuesto, se hallan los dominios turcos, y la restante "Bocche," en cuyas playas yacian esparcidas las quintas de campo mas encantadoras. Todo esto está abovedado por el celage azul y esplendoroso, é iluminado por el ardiente sol. Al volverse, la perspectiva era igualmente grandiosa pero mas triste; grupos de rocas, que parecian

tocar al cielo, como si estuvieran cortadas distintamente, en la oscura y tempestuosa atmósfera. Solo unas cuantas casas descansaban sobre la muralla de piedra, rodeada de negros cipreses. El conjunto era como una fantasma; sin embargo, atraia la vista con un poder misterioso. Estas grandes murallas de montañas, elevándose hasta las nubes, ocultaban la playa encantadora del Bosche. La perspectiva elevaba; por un lado, halagando con sus encantos meridionales; y por el otro, causando compasion su altiva desolacion; de suerte que dije á mis compañeros de viaje: "este lugar me fascina; quisiera erigir aquí una quinta al estilo veneciano, desde cuyas ventanas, balcones y terrados, pudiésemos gozar de una vista explendorosa." Esta proposicion fué recibida unánimemente con entusiasmo.

Al viajar, encuentra uno tantos lugares á donde exclama con ardorosa admiracion: "Aquí levantémos tabernáculos!" Y mucho tendriamos que hacer si siempre pudiésemos llevar adelante estos deseos íntimos.

El encanto principal de este vecindario, está formado por la feliz union del fenómeno variado de la naturaleza—grandes mares, tranquilos lagos: la mistura de la vegetacion del Norte con la

del Sur: la palma y el encino, la sesgada montaña y las ásperas rocas.

Por entre viñas y florestas, ya subiendo, ya bajando, llegamos al fin á la fortaleza de Spaniol, que corona á Castelnuovo. En sus cercanías vimos una casa abandonada, sin techo, y en sus paredes habia crecido la yedra de una manera exuberante, de suerte que la casa se parecia á una de esas cercas francesas de árboles cortados á tijera.

Allí cerca, en el camino, estaba sentada una anciana con aspecto como de bruja. Nos pidió limosna. Cuando la vimos mas de cerca, encontramos que tenia toda la cara pintada con unas cruces pequeñas; nos aseguró que un padre la habia marcado de esta manera. Tal vez fué con el fin de protejer á esta pobre mujer de la superticion de la gente, la que se encuentra aún muy atrasada en esta parte de Dalmacia; es posible que esta vieja sea el espíritu maligno que ronda el edificio en ruinas cubierto de yedra.

El sol brillaba sobre el castillo con un calor sofocante; la vista de los soldados austriacos, que por tanto tiempo nos habia sido negada, nos llenó de gozo. Los uniformes blancos se ven muy bien por todas partes; en las profundidades del Sur, como en las alturas del Norte.

Vimos las diversas partes de la fortaleza, que fueron erigidas bajo Cárlos V., despues de que el emperador hubo tomado la pequeña ciudad de Castelnuovo á los venecianos. Las torres, en los cuatro ángulos, están perfectamente fortificadas; en una de estas, existe una cisterna muy bien construida. Sobre la puerta de entrada hay una inscripcion turca hermosamente esculpida, puesta allí por los mahometanos cuando arrancaron la fortaleza á los españoles.

A la entrada de la poblacion hay un espacio abierto, que segun dice la tradicion, era el lugar destinado al encuentro para el combate singular entre españoles y musulmanes. La ciudad es pobre y chica, con unas callesitas angostas y de subida hácia el fin de ella; sin embargo, hácia el mar, hay una fortaleza formidable, fabricada con una piedra arenosa y blanda: igualmente la visitamos. Desde todos estos puntos, gozamos de una perspectiva hermosísima. La parte interior de la ciudad está rodeada de una muralla alta, en la que hay una puerta de entrada sumamente escarpada; por encima de esta inclinada y mal enlosada entrada, dícese que saltó un bey á caballo y á todo galope. Apénas es creible esto: aunque el turco que á pié es torpe, es diestro y atrevido cuando se halla montado en esos caballos

salvajes del desierto. Enséñaseles igualmente á los viajeros un lugar pintado de colorado en la muralla de la ciudad, adonde exhibieron los musulmanes las cabezas ensangrentadas de los cristianos á la gente horrorizada.

Abandonamos la ciudad casi deshaciéndonos de calor, y regresamos por las refrescantes florestas y camino mas abajo por las murallas del convento, las que nos eran ya tan caras hasta el hospital. Parecia muy hermoso en la tranquila tarde; la tierra, el mar y la atmósfera, descansaban de su vida creativa del dia. Otro tanto hicimos nosotros.

Volvimos al buque, y refrescamos nuestros cansados cuerpos con la comida, servida sobre cubierta. Despues de la comida, se suscitó una discusion sobre política, que tuvo despierto á parte de nuestro séquito hasta las once de la noche.

Al dia siguiente, y muy temprano, se puso en movimiento nuestro vapor, con el fin de que visitásemos las partes restantes del Bocche. Apénas hubimos perdido de vista á la bahía, en la que está el convento y el hospital, cuando un nuevo lago, formado por el mar, se tendió á nuestra vista. Era ménos hermoso, pero tal vez mas encantador y agradable que los otros. Las montañas que le rodean están formadas con ménos

aspereza, y tienen una vegetacion y un cultivo mas exuberante. Fructíferos bosques de olivos y ricas viñas, variadas por alegres praderas, cubren la playa, que gradualmente se eleva. Esta parte encierra en sí mas bien las cualidades de un paisaje rural, y hace contraste con el Bocche, adonde el mar se angosta hasta formar un canal, cercado de rocas. La atmósfera blanda se pone fria, é intensa; se imagina uno que se ha descarriado en un laberinto peñascoso que no tiene salida. Repentinamente se ensancha la escarpada playa; y se encuentra uno en una agua mansa y sombría que se asemeja á un lejano lago en la montaña. Las desnudas y ásperas rocas se reflejan en las profundas y azuladas aguas.

Frente á la entrada hay un bonito pueblo. El ojo vaga con placer en este lugar alegre; colocado sobre la muralla de piedra, es como un precioso nidito en un panteon solemne. Dos islitas, que contienen iglesias, descansan en el espejo azul. El repique dominical de las campanas nos saludó con una solemnidad cristiana, y como que tambien deseábamos oir misa, paramos el buque; nos sentamos en un bote y nos dirigimos á este lugar, llamado Perasto.

Esta ciudad fué erigida por los venecianos, y en miniatura le hace á uno acordarse de la capi-

tal de la gente comerciante. Los sitios de la nobleza, palacios elegantemente fabricados con balcones y ventanas arqueadas al estilo morisco, se hallan mezclados con una preciosa confusion por un gran número de iglesias hermosísimas, en las cuales se elevan unos cuantos y sutiles cipreses.

Cuando desembarcamos, nos encontramos con un gran concurso de gente reunida en el muelle. Algunos de entre ellos eran notables por sus trajes peculiares. Los vestidos de Dalmacia, como por todas partes del Sur, son muy variados y originales. Cuando indagamos sobre la misa, se nos dijo que habria una mas tarde. El intervalo lo empleamos en hacer un paseo por la isla, que es célebre por su iglesia dedicada á la "Madonna."

Toda la islita es como un hermoso terrado, sobre el cual descansa una iglesia, adornada con cúpulas al estilo bizantino. Acorde con la leyenda, un pescador se halló el retrato de la Vírgen en una pequeña roca, precisamente debajo del terrado. Despues de que esta imágen hubo efectuado varios milagros, se resolvió erigirle una iglesia sobre la roca. Sin embargo, habiendo allí poco espacio, los piadosos habitantes de Perasta continuaron á arrojar piedras al mar, hasta que

se alzó la pequeña isla sobre la cual está ahora la iglesia fabricada.

El interior está bonitamente adornado con altares de marmol. Mas con el fin de que las aguas no se absorban aquello que se ha reunido con tanto trabajo y cuidado, todo dueño de buques tiene que llevar una carga de piedras, y arrojarlas por la isla en las aguas.

Cuando volvimos á Prasto, nos dijeron que habiamos llegado muy tarde para oir la misa. De nuevo nos metimos en el vapor y nos fuimos á Cattaro. De este peñascoso y sombrío Bocche, llegamos á otro, en cuyas playas se sigue una muralla de roca hasta Cattaro, miéntras que del otro lado, el paisaje mas encantador se ofrece á la vista. Es difícil decidir á cual de estos Bocche se le debe dar la preferencia. La última parte, sin embargo, es sin disputa la mas hermosa; pues casa, tras de casa, se hallan en el decli ve rodeadas de jardines, en medio de las cuales las palmas y los cipreses forman variacion con los granados y los naranjos.

Las casas, hundidas en el mas fresco verdor, dan todas señales de riqueza. En su mayor parte, pertenecen á ricos capitanes de buques, cuyas esposas charlan en casa ocupadas con sus ruecas, miéntras que sus esposos luchan con las olas en

las aguas americanas. Cerca de muchos de los edificios, echamos de ver á buques anclados en diques adecuados á su tamaño, y que se colocan allí como emblema del feliz retorno del ausente.

Enteramente al fin de este extenso y hermoso Bocche, yace la pequeña poblacion de Cattaro, descansando contra una muralla de roca, sobre cuya vertiginosa altura se halla la fortaleza. Cerca de esta, encuéntrase un muy buen camino que conduce á Montenegro, hecho por el gobierno austriaco con el fin de facilitar la comunicacion. Sin embargo, los habitantes de Montenegro no le usan, prefieren escalar las escarpadas rocas.

Como que Cattaro es una fortaleza, al llegar ve uno poco de la ciudad, la que está fabricada en un lugar muy estrecho. Casi nos inclinábamos á tomarla por el fin del mundo, de tal manera estaba rodeada por masas de rocas. Hicimos que nuestro buque se parase por algunas horas. En la ensenada habia inumerables buques; entre otros, el vapor "Castalone," un buque de guerra. Cuando hubimos desembarcado, nos echamos á andar por la ciudad, que nada tenia de notable con excepcion de un pórtico de catedral bonito medio Gotico, medio Bizantino, y unas cuantas casas fabricadas al estilo Veneciano.

Hácia las cuatro regresamos por el mismo ca-

mino que habiamos venido con la hermosa luz de la tarde, que es mas suave, y muèstra los contornos de los objetos mas distintamente. Las diversas escenas tenian aún un aspecto meridional, si no el calor y fuerza de la Grecia. A esto nos acercamos mas á la peñasocsa playa, á la cual, por la mañana, le habiamos dado las espaldas, y vimos que mostraba muchos encantos de la naturaleza, y en varios puntos estaba tachonada por las mas bonitas aldeas. En la tarde volvimos á anclar en la bahía de Lazaret.

Los sentimientes que en nosotros habian nacido con el espetáculo del Bocche, fueron los de sorpresa, al ver que en nuestros lares no sabian mas sobre este vecindario encantador. Todo el mundo se lanza á Niza, á Florencia, y á otras regiones semi-meridionales, sin soñar jamas que en su país natal tienen algo de muchísimo mas hermoso, y que reune todos los encantos de la vegetacion con el clima mas espléndido. Los palacios venecianos se hallan vacíos; solo se necesita comprarlos por ochocientos ó mil pesos, y despues habitarlos, con el fin de ofrecer á los poseedores de ellos las mas esquisitas vistas, y los mas espaciosos y espléndidos aposentos. Poro no, se lanzan á una distancia, gastan su dinero entre gente estraña, y se conforman con un mal alojamiento, con el fin

de estar entre estrangeros; se sienten felices por que están de moda, y suspiran por su poco interesante y triste patria. Ciertamente la civilizacion, en estas partes meridionales de Austria, no está muy avenzada, pero si un hombre rico que está acostumbrado á las comodidades, se hace el ánimo de establecerse en estas partes, encontrará buenos simientos; y si no es tonto, se tendrá por muy feliz con establecerse en un paraíso, adonde la palma y el encino, la paz y la fuerza, crecen juntos como hermanos.

CAPITULO XIII.

RAGUSA.

—o—

Muy temprano por la mañana, miéntras dormiamos bastante descansados, nuestro vapor entró en la rada de Gravosa, bahía principal del puerto de Ragusa Cuando subimos sobre cubierta, echamos de ver que estábamos rodeados por las mas hermosas costas. Suaves y verdes cordilleras circundaban el profundo y azulado mar. En la playa se alzaban quintas erigidas al estilo veneciano, rodeadas de cipreses y otras plantas pertenecientes á la vegetacion meridional. Al país no podia llamársele precisamente magnífico ó im-

ponente, sino simplemente encantador. La vista de la ciudad de Ragusa se halla ocultada por las alturas de Bella-Vista, de suerte que tuvimos que contentarnos con la de las cercanías inmediatas; las que, sin embargo, del todo recompensa al admirador de la naturaleza tal cual soy yo. La espléndida mañana estaba brillante, amena y agradable.

Hasta el medio dia tan solo visitamos la ciudad. No obstante el anhelo que tenia por ver este lugar interesante é histórico, no me pesó el pasar esta deliciosa mañana sobre cubierta, con ese fresco y balsámico ambiente, y á la vista de una perspectiva tan hermosa. Aunque es mi costumbre cuando estoy viajando aprovecharme todo lo posible de cada oportunidad para buscar y adquirir conocimientos, no me opongo algunas veces en pasar unas horas revisando antiguas y agradables impresiones. El viajero que desea sacar provecho de sus viajes, es preciso que tenga el poder de luchar de nuevo, recordando sus conflictos y anotándolos en su diario. Solo mediante esto puede quedar grabado indeleble en la mente, y para toda la vida, lo que uno ha visto. Mucho tiempo despues, y sentado junto al fuego de su hogar, las aventuras pasadas florecen de nuevo en la memoria. Esto es lo que hice en es-

la hermosa mañana, y me puse á escribir mi diario con mucho cuidado.

Desgraciadamente, mi hermano se vió obligado á pasar en cama este hermoso dia, habiéndose resfriado la tarde que visitamos á Castelnuovo, en el bocche di Cattaro. El Dr. F. se estuvo con él al principio de la mañana, pero mas tarde en el dia, sin embargo, anduvo con C...... por Bella-Vista, y fué hasta la ciudad. El príncipe J. y el Baron K., se habian estado allí desde por la mañana, comprando algunas de las armas peculiares al país, lo mismo que un vino de Dalmacia de muy pobre calidad, para abastecer el buque; habiéndosenos casi agotado ese artículo tan necesario. El conde C. y yo, nos quedamos solo con mi hermano; el atento Dr. F., apénas habia visto la poblacion cuando se volvió, y nos relevó de la asistencia del enfermo.

Remamos en un botecito á tierra (el único de su clase que se encontraba en Ragusa), y proseguimos por el camino real que mencionamos antes; estaba tambien hecho (sin embargo, era casi inútil) hasta la cima de Bella-Vista. Este punto muy bien merece su armonioso nombre, pues desde allí se presenta tres veces el mar á la vista encantada. Las rocas descienden perpendicularmente desde la montaña hasta el mar, el cual,

tramando y espumeante, se estrella contra las ásperas y oscuras masas.

Cientos de magueyes que cubren los lados aumentan el efecto meridional. A la derecha se echa de ver la hermosa bahía de Gravosa. Una escena de la Arcadia! A la izquierda, aparecen las cúpulas de la ciudad, la que está erigida en un pequeño espacio al pié de un cerro. Quinta tras quinta de campo, se presenta á la vista, rodeadas de alegres jardines, llenos de palmas, laureles; granados, plantas sensitivas y otra vegetacion meridional. Por la parte extrema de la poblacion, se destaca del agua una roca elevada, sobre la cual descanza la fortaleza de "San Pietro." La cima estéril de esta altura, está coronada por el fuerte "Napoleon", y el fuerte Imperial.

Esta vista encantadora iluminada por una hermosa luz, me traia á la memoria frecuentemente las descripciones y los dibujos de la Sicilia. Es muy distinta á los paisajes Griegos. La Grecia causa una impresion y una melancolia vehemente y solemne, mientras que, aquí está marcado el sello de la grandiosa y encantadora Italia.

Dejemos los coches y regresamos á pié á la ciudad. El camino rodeado de quintas, se inclina gradualmente hasta la fuerte muralla venecia- ná de la poblacion. Nos hicieron notar que po

una parte regular del camino, se hallaban vacias y sin habitantes las casas de campo. La razon era la siguiente:—En el año de 1805 fueron saqueadas por los Rusos y por los habitantes de Montenegro. Entónces los franceses se defendieron en el interior de la ciudad. El país está ahora pobre el poder de los nobles quebrantado, y están imposibilitados de vender sus posesiones á causa del vínculo que tienen. Hé aquí por que, á las desnudas murallas se les ha dejado en completo estado de destruccion.

Llegamos á donde habia unas dos entradas de piedra, cerca la una de la otra, y de allí nos introdujimos en la parte interior de la ciudad por una calle que estaba empedrada con unas losas blancas. Podiamos habernos imaginado que estabamos transportados á Venecia. Cerca de la entrada habia un convento de franciscanos, fabricado al estilo Bizantino—gótico. Despues de este, se sigue una hilera de palacios, pertenecientes á la antigua nobleza.

Ragusa era, en ménor escala, una república como Venecia, gobernada por nobles, á cuya cabeza estaba un Doge que elegian de nuevo cada mes los senadores. Durante el vrabe periódo de su cargo, no le era permitido el salir de su palacio, elegantemente adornado Solo en ciertas fes-

tividades sacaba un pié fuera de la puerta. Esta libertad era casi como una prision para los presidentes de los senadores; sin embargo, se disputaban este honor.

Con el fin de que un noble no fuese mas poderoso que el resto, era necesario que sus posesiones estuviesen esparcidas por diferentes partes de la República de Ragusa.

En la época floreciente del gobierno Frances, fueron anuladas estas instituciones aristocráticas. Esta ciudad, en un tiempo independiente, con el resto de las tierras Venecianas, llegó á sujetarse á la corona de Austria. Solo el nombre de la nobleza se conserva por sus hijos, los que ganan un escaso sustento, en los magníficos edificios de sus antepasados. La gloria ha desaparecido, pero el odio de ciertos partidos de la república existe aún entre sus poderosos descendientes. Así como todas las contiendas domésticas se hacen á un lado al acercarse un poder invasor estranjero, así sucedió con Ragusa en el año de 1848; un cierto partido se alió con los Venecianos, aunque hasta entónces, los de está ciudad se habian visto con animosidad.

De las calles, ricas en palacios, pequeñas y oscuras callejuelas, conducen al resto de la ciudad y aun aquí se destacan de vez en cuando hermo-

sos palacios. La ancha calle del centro, termina en el pintoresco lugar llamado Moneta. Del estado excelente del pavimento, es fácil echar de ver que los coches raras veces pasan por allí. Aquí igualmente nunca se cansa la vista de admirar la hermosa arquitectura. El mas notable entre todos los edificios es la Bolsa, con sus primorosas ventanas arqueadas al estilo Veneciano el gariton del centinela, y cerca de este la hermosa fuente de piedra, en cuyo tazon esquisitamente esculpido en trasparentes chorros, arroja el agua mas buena y clara. En cuanto á arquitectura, allí está la hermosa aunque no grande iglesia consagrada á San Blasio, el santo patron de Ragusa. Entramos á esta, y me sorprendi mucho con la situacion del organo, pues está precisamente tras el altar mayor, pareciendo como si estuviera colgado en la pared.

Despues nos dirigimos á la "Piazza del Duomo," adonde se halla el palacio del Doge—imitacion en miniatura del de Venecia —y la catedrala Está construida de una piedra blanca, al estilo Romano. Contenia una capilla muy cargada de adornos de oro.

En el centro de la iglesia vimos una inmens. cantidad de reliquias notables en extremo por su antigüedad, y por su esquisita montadura. En-

tre estas habia una de una clase bastante desagradable: el cuerpo entero de un santo hecho de cera y pintado para mostrar adonde habia recibido sus heridas mortales. Los padres parecian venerar esta reliquia en particular. Nos mostraron esta coleccion con grande orgullo, y no sin justa razon, pues rara vez he visto un número tan considerable de reliquias en un solo lugar.

De entre tantos objetos notables, dos me llamaron muchísimo la atencion. Un vaso y una vasija de oro. Dentro de estos podiamos ver los símbolos del Océano esquisitamente labrados en un metal oscuro. Se componia de pescados, lagartos cangréjos, salamandras y otros reptíles semejantes. Un padre me manifestó su sentimiento de que la maquina de esta pieza se habia descompuesto, pues ántes al lavarse uno, en el momento que el agua tocaba el fondo de la vasija los pequeños reptíles se movian en circulo, impulsados por la presion del agua.

En la época en que usaban los hombres trenza, al clero le gustaban estos pulidos tesoros del arte, y se encuentran todavia objetos de esta clase en muchos de los conventos.

De la iglesia nos fuimos al palacio del Doge. En el piso bajo vimos una ancha y larga galería, sostenida por unas columnas, con unos arcos Mo-

riecos. Una de estas pilastras es del templo de Esculapio de Esidorus, llamado ahora "Ragusa Vecchia." El chapitel esta decorado con "altos relieves" típicos, representando el arte del semidios. El palacio tuvo en un tiempo un segundo piso, el que fué destruido por el espantoso terremoto de 1760.

Desde el patio interior una escalera Arcadia conduce al primer piso. Al fin de esta, hay un busto de palo forrado lijerámente do zinc; este representa á un ciudadano de la Republica, á la cual habia legado una gran cantidad de dinero. Todos los estados se muestran muy agradecidos por hechos patrióticos de esta naturaleza. La magnificencia de los aposentos interiores del palacio ha desaparecido enteramente, y en vez de tener un Doge, un capitan de los Guardias está instalado allí, y con él encontramos al resto de nuestros compañeros de viaje. Este capitan nos condujo á un terrado perteneciente al palacio, desde donde teniamos una hermosa vista de algunos de los palacios, el mar y la pequeño bahía dela ciudad.

Cuando dejamos el palacio ducal, en camino á la ciudad pasamos el hermoso convento Dominical, que está en ruinas. Tambien quisieron enseñarnos el lazareto turco y el bazar, situados cerca del mar. Este último forma un contras-

te completo con el de Esmirna, siendo este un lugar de aspecto desolado y vacio, en donde los turcos hacen sus negocios con los habitantes de Ragusa tres veces á la semana. Con gran placer mio eché de ver á unos cuantos Mahometanos con sus magnificos trajes, que me traian á la memoria mi querida Esmirna.

Al regresar por la ciudad pasamos por unas cuantas calles de palacios, y terminamos nuestra vrébe permanencia en Ragusa, con una visita al convento de Franciscanos, el que está situado cerca de la muralla de la ciudad. Lo mas interesante del convento eran los claustros, fabricados con un estilo suntuoso, y prolongandose al rededor del circulo esterno de las murallas. Sobre de estos, y sostenido por hermosas columnas, al estilo Bizantino descansa un ancho terrado con una balaustrada de piedra hermosamente esculpida. Este terrado sirve para que se paseén los monjes. En el centro del patio se eleva un magnifico naranjo. El amable Prior nos enseñó todo el convento. Entre otras cosas, es de alguna consideracion la bibleoteca nuevamente construida. En la puerta volvimos á encontrar nuestro espléndide tren y regresamos con el capitan á Gravosa par Bella-Vista.

Ragusa, me habia hecho una grande impresino con sus inumerables recuerdos históricos. La

hermosa situacion, el clima suave, y los objetos variados encantan la vista del "conocedor." El capitan nos acompañó hás el buque, pues intentaba enseñarnos los renombrados platanares de Canossa, despues de la comida, y lo mismo que á la mañana siguiente, acompañarnos á Curzola y á Sabioncella.

Hubieramos partido al instante, estando ya listo el vapor, á no habersenos perdido nuestro buen K. completamente en la bibleoteca de la ciudad á tal grado que no regresó hasta ya tarde acompañado de un Franciscano y de un padre, entre los cuales parecia como si estuviera en pena. Se hallaba de tal manera engolfado en su conversacion cientifica, que absolutamente echó de ver el bote que lo habiamos mandado. Al fin, ya que estabamos á bordo salimos de Gravosa, y navegamos entre las islas de Callamota, Mezzo y Guipana, á Canosa, á cuyo lugar llegamos despues de la puesta del sol.

El capitan nos dijo que en la isla de Mezzo, enseñan hasta la fecha una capa que en un tiempo perteneció á Carlos V. Un hombro de alto puesto tuvo una audiencia con este Emperador, mas estando de prisa, le recibió con esta misma capa. En el curso de la entre vista, le permitió al pretendiente que le pidiese un favor. Como que

en aquellos tiempos á la persona imperial se le tenia en alto honor, el empleado pidió al Emperador le regalase la capa blanca de seda que colgaba de sus hombros.

La próxima isla es la de San Andres, es fria y esteril. Sus unicos habitantes eran unos cuantos monjes de un pequeño convento. Sin embargo, esta isla es celebre por un acontecimiento palpitante que tuvo lugar allí.

Un jóven monje de alto rango, que vivia en este monasterio, era amado en estremo por una aldeana que residia en la tierra principal de Val di Noce. Todas las noches nadaba la doncella á traves del ancho estrecho hasta un punto, el cual le iluminaba el jóven monje, mediante una lampara. Los hermanos de la doncella supieron de estos encuentros, y una noche cuando su hermana iba á visitar á su amante, se adelantaron en un bote. Tan pronto como oyeron el ruido hecho por la nadadora al cortar las aguas, encendieron luz. La doncella siguió la luz, diriendose á ella con rápidez y ansiedad. Los crueles hermanos se fueron mas y mas lejos, su hermana siguiendo siempre los engañadores rayos, hasta que al fin exhausta hasta la muerte se hundió en las aguas Cuando están visibles los rayos del sol poniente, y ve uno las melánoolicas cercanias, con el tran-

quilo y azulado mar en su rededor, el recuerdo de esta historia lo llena á uno de tristeza.

Canossa, es la residencia de campo de un noble de Ragusa. Nos subimos por una vereda muy inclinada y peñascosa hasta la entrada del jardin. Aquí, otra vez reinaba la abundancia meridional en su mayor extension. Espesas calles de laurel y árboles entrelazados por entre bosques de olivos verde oscuros. Largos terrados, fabricados sobre los escarpados peñascos, se prolongaban hácia el mar, y la hermosa y serpeante viña tejia sus ramas por todas partes. La naturaleza parecia aún mas floreciente con el opaco crepúsculo.

Estábamos andando por las florestas con silenciosa admiracion, cuando de repente hicimos alto, mudos de sorpresa. Ante nosotros se hallaba el roble mas grande que jamas habiamos visto. El cimétrico tronco de este árbol gigantesco parecia estar casi tocando al cielo. La parte mas baja del tallo estaba desembarazado de ramas á una altura considerable, comenzaban estas á desprenderse á un grado tan vasto que formaban una especie de techado á los árboles que le rodeaban.

Se dice aquí que este roble solo tiene ciento cincuenta años. Su rico y verde follaje, por lo tanto,

tiene que ser la delicia de generaciones por nacer; es decir, si hemos de creer el dicho relativo al encino, que afirma que necesita cien años para crecer, cien para florecer y cien para decaer. Este portentoso árbol de Canossa, está, por consiguiente, aún en la flor de su edad, en estado de aguantar las tempestades de muchos inviernos. ¡Ojalá y en Alemania tuviéramos sus iguales!

A esto, dirigimos nuestra atencion á un tazon de piedra decorado con una estatua de Neptuno. Esta fuente, que en un tiempo encantó al rico noble que era dueño del lugar, no existe ya mas para sus descendientes heridos por la pobreza. El edificio de piedra de la antigua grandeza, se convierte en ruínas. Pero esta misma decadencia aumentaba la pintoresca melancolia del lugar. Plantas de todas clases crecian por entre las hendeduras de las paredes, y una cadena de la siempre verde yedra, se entrelazaba entre las piedras que se estaban desmoronando hasta enroscarse en los marchitos miembros del Dios del agua. El gusto que tiene la naturaleza en exceder al arte, parecia estar patente por el salvaje, mas sin embargo, encantador desórden que habia al rededor de esta fuente. Tal vez en la tranquila tarde las hojas del granado y del mirto se contaban en voz baja las leyendas de explendores pasados, cuando-

los senadores reinaban aún con autoridad suprema por la tierra.

No lejos de este poético sitio, crecian los célebres portentos del país—los platanares de Canossa. Son los dos árboles mas gigantescos de la Europa. Sus enormes y umbrías ramas forman una especie de dosel bajo del cual se dice haber acampado todo un regimiento austriaco en una ocasion. Tomando en consideracion su enorme altura, son aún muy jóvenes, pues no tiene arriba de ciento cincuenta años. La circunferencia del mas viejo es la de veintisiete piés, y la del mas jóven, treinta. Cada una de las ramas principales, es tan gruesa como un arbol de buen tamaño. Dos de las ramas han crecido unidas. La corteza del tronco es tersa y robusta, y no podiamos encontrarle huella alguna de vejez. El platanar es siempre un arbol hermoso: se veian magníficos en sus gigantescas dimensiones.

Cuando salimos del jardin para regresar al buque, era ya de noche; el azul brillante del cielo se habia anublado repentinamente por negras nubes. Durante la noche, nos dirigimos rumbo á la isla de Curzola; y al despertar por la mañana nos encontramos frente á la pequeña poblacion que toma su nombre de la isla. El tiempo estaba oscuro y lluvioso, y no muy á propósito para

enseñar ningun país ventajosamente, mucho menos los estériles suburbios de una poblacion.

Despues de almorzar remamos á tierra. Aquí tambien nos encontramos con todo fabricado al estilo Veneciano—preciosos balconcitos, arcos moriscos con elegantes decoraciones, dando un encanto irresistible á las casas de los ciudadanos de la clase media. Nuestros antepasados comprendian este arte. El hombre mas pobre hacia el exterior de su casa pintoresca, y el interior, muy cómodo; miéntras que ahora, con el presente estilo de arquitectura, aun los palacios son frios, desagradables é inhabitables. El ojo de la hermosura se deleita en descansar su mirada en serpeantes galerías, arcos curvos, y aborrece las líneas rectas y las paredes desnudas. Prefiero muchisimo las casas al estilo Aleman antiguo, con sus miradores y sus torres, ó el palacio Veneciano, con sus arcos y balcones, á los blanqueados edificios del siglo diez y nueve, que parecen cuarteles, trayéndole á uno á la memoria forzosamente las casas de muñecas. La poesia murió ya, destrozada en estos tiempos de especulacion y de cuidados domésticos.

La catedral de Curzola merece la pena de verse. Cuando entramos, un músico patriótico estaba tocando la marcha Radetzky para darnos la

bienvenida. Sonaba de un modo peculiar en el órgano dentro de ese sagrado recinto; pero me gusta ese último himno del difunto Strauss, aquí como en todas partes. El interior del templo era sombrío, pero venerable. En una capilla de un costado, oculto tras unas columnas, nos enseñaron un hermoso cuadro del Ticiano. Admiramos el tono fuerte del colorido y la grande composicion de este gran artista.

Al pasar por las angostas y tristes calles, echamos de ver en la puerta de un palacio arruinado un magnífico aldabon de metal de Corinto, representando á Neptuno con sus caballos de mar. El trabajo de este era ricamente hermoso, y á nosotros los "connoisseurs" nos llamo tanto la atencion, que hicimos uso de este instrumento con el fin de investigar si álguien habitaba esta mansion desierta, y dado el caso, excitarlos ó inducirlos á que prestasen oido á nuestras ofertas de compra.

Ningun espíritu obsequioso se nos presentó al primer toquido del aldabon, que produjo un sonido musical. Hasta que empezamos á tocar mas recio, hasta entónces vimos abrirse la antigua puerta, y una bruja de aspecto benévolo, acompañada de un ciego, se apareció á la entrada.

Parecian sumamente sorprendidos de nuestro modo intruso, pues probablemente hacia ya mu-

cho tiempo que este viejecito y su ama de llaves no habian recibido visitas. Alabamos al Neptuno, lo que parecia encantarles; mas, sin embargo, cuando les preguntamos sobre el precio, el viejecito se hizo el sordo. Nos aseguró que un inglés le habia ofrecido tanta plata cuanto de peso tuviese el aldabon. Esto en un tanto nos alarmó, y por consiguiente nos despedimos precipitadamente y abandonamos la poblacion.

Cuando llegamos á los diques, les encontramos repletos, con un gran número de excelentes buques; estos son los que dan al lugar su importancia. Los materiales son traidos de Herzegovina. y del Valle de la Naventa. La riqueza de los Dalmacianes siempre está á flote, y hacen guerra constante al incansable mar. Como el suelo patrio, es tan infecunde y peñascoso, la necesidad les obliga á buscar fortuna por agua.

Despues de esto, regresamos á nuestro buque, y dirigimos nuestro curso á la península Sabioncella. El mar se habia alborotado mas; y por consiguiente, la mayor parte de nuestra comitiva no se inclinaba á descender al pequeño bote (que se bamboleaba) é ir á visitar la costa. El conde C., el profesor G. y yo, únicamente, desafiamos las agitadas olas, y remamos á tierra en medio de un chubasco espantoso.

Nos habian hablado de Sabioncella á causa de los notables trajes de las mujeres. El lugar en sí no se compone mas que de una sola hilera de casas esparcidas á lo largo de la playa y rodeadas de exuberantes jardines sombreados por platanares. Las casas pertenecen á ricos dueños de buques, quienes despues de haber viajado la mayor parte de su juventud, se radican en la vejez en su hogar doméstico, cargados de tesoros y de experiencia.

Entramos á la casa del "Podesta." Esta persona habia sido tambien capitan de marina, y sus dos hermanos se hallaban en América, siguiendo la misma carrera. El objeto de nuestra visita era el ver uno de los trajes llevados por las mujeres por muchos siglos. Nos ofrecieron unos asientos en un cuarto de recibimiento muy aseado y decente, el cual me traia á la memoria patentemente las novelas de Marryat. Las paredes estaban adornadas con grabados de sencillos marcos, mapas y cartas de navegar, que aumentaban su aspecto bonito y alegre. Los muebles eran de una madera clara y de bejuco: probablemente habian pertenecido en tiempos pasados al camarote de algun buque.

El suelo estaba tan bien fregado, como lo podia estar la cubierta de un buque de guerra; y por

una vidriera que se habria de un balcon, se veia una vista del mar. ¡Con qué frecuencia la esposa ha de haber estado espiando aquí el regreso del marinero esposo! Aun todavía ahora, la mayor diversion del viejo capitan es el observar con su telescopio las idas y venidas de los buques.

No tuvimos mucho tiempo que esperar antes de que se nos presentase la bonita hija del Podesta, vestida con ese traje peculiar. En la cabeza llevaba un sombrero de hombre, hecho de paja, de cuya angosta ala colgaban muchos listones anchos de diversos colores, y arreglados en tal disposicion, que casi cubrian todo el sombrero. En un lado de este, habia colocadas cinco ó seis grandes plumas de avestruz, miéntras que unos listones color de guinda le colgaban por las orejas, recogidos por graciosos lazos. Dos rizos, negros como el azabache, formaban un hermoso contraste con el cútis blanco y deslumbrador de su delicado rostro. Agujas de oro estaban prendidas en varias partes de su rico traje al estilo de las Romanas, y varias cadenas del mismo metal, ceñian su alabastrina garganta. Tenia una chaqueta color de castaña, y un pequeño pañuelo de los mas brillantes colores. Su corpiño, igualmente, era de diversos colores, y estaba adornado con cadenas y monedas de oro. Su ena-

gua era de listas encarnadas, amarillas y azules. Sus diminutos piés calzaban unos bonitos botines afiansados con unos moños de cinta. El conjunto era una mezcla del mas brillante colorido. A no haber sido por la primorosa casita, á este traje podia llamársele hermoso. El mismo estilo de raje usan tambien las viudas, solo que es todo tnegro.

El Conde C., queriendo hacerse en extremo agradable, trató de hablarle á la preciosa y modesta niña; pero, desgraciadamente, no comprendia ninguno de los idiómas que hablábamos. En medio de la lluvia, regresamos á nuestro palacio flotante, y embromamos á aquellos de nuestros compañeros que cobardemente se habian quedado atras, con la descripcion de la vision hermosa que habiomos visto en la casa del "Podesta."

CAPITULO XIV.

EL 4 DE OCTUBRE EN ALTA MAR.

—o—

Las ocho era la hora fijada para nuestra partida de la bahía de Zara. Era el cumpleaños de nuestro amado Soberano. El dia anterior habiamos recibido una invitacion á una comida de Estado en casa del Vice-Gobernador. Durante el convite, el Gobernador dió un brindis á nombre del Emperador, el que fué recibido en medio del sonido de la música y el estruendo de cañon.

Esta mañana, muy temprano, vino nuestro amable huésped, junto con otros generales de la ciudad, á despedirse de nosotros á bordo del "Vulcano." Le dimos sinceramente las gracias por las grandes atenciones que nos habia mostrado durante los dias de nuestra residencia en Zara, pues se habia esforzado para entretenernos y hacer que nos fuese grato el recuerdo de este lugar. El primer dia nos dió un "soirée" y una representacion teatral. El segundo, nos llevó por toda la poblacion, enseñándonos todo lo que valia la pena de ver. Despues de la última comida que nos dió, nos condujo por los interesantes suburbios de Zara, para que diésemos un paseo. Anoche nos divirtió poniendo una banda de música en el parque iluminado. Poseia el dón de improvisar estas pequeñas fiestas como por mágia, lo que hizo que nuestra permanencia en Zara fue se muy agradable.

Los espectáculos que hay en esta pequeña ciudad, no son numerosos, aun que, como lugar que está sujeto á Venecia, posee, algunas fortalezas é iglesias interesantes. La mas notable entre las fabricaciones de los tiempos modernos, es un cuartel que está á prueba de bomba, y se distingue por su adecuada y hermosa arquitectura. Hay tambien dentro de las murallas de la fortaleza,

algunos receptáculos de agua, conocidos bajo el nombre de "cinque pazzi:" todas las aguas de la ciudad se juntan allí y se filtran por arena, despues de lo cual están ya en estado de poderse usar. Aunque esta idea no convida, es en extremo ingeniosa.

Por la "Puerta della Terra Ferma," la que está construida de una piedra amarilla y oscura, y con un estilo Veneciano sumamente elegante, salimos al campo abierto, el que cerca de la ciudad es muy plano y nada interesante, y que corresponde perfectamente con el nombre que lleva. Sin embargo, el mar, que siempre viene á agregar un encanto especial á toda region; las incontables islas; la gran cordillera de montañas que separa á la Dalmacia de las fronteras militares de Austria—todo esto dá al paisaje un aspecto hermoso, melancólico, que se hace mas notable aún al anochecer. Entónces las casas y las estériles llanuras se ven bañadas de un tinte purpurino que les dá el sol que se despide; un colorido triste y sombrío que conmueve el alma: por lo ménos, á mí así me sucedió, llenándome de una dulce melancolía.

La vegetacion es pobre, y la falta de arbolado trae á la memoria uno de los dominios Venecianos. Desgraciadamente el crecimiento de nue-

vos plantíos viene á disminuir el número de cabras que, junto con los asnos, forma el ganado principal del país. Por falta de vegetacin, el sol lo abraza todo, y aun los arroyos están todos secos.

Con respecto á esto, como en muchas otras cosas, hay una semejanza notable entre Dalmacia y Grecia. Ambas son dignas de lástima á causa de esto; y para remover estos óbstáculos, solo podia efectuarse tomando medidas muy fuertes, cuyo beñeficio no sentiria la nacion sino despues del trascurso de muchos años. Pero el egoismo del mundo es demasiado grande. Todo lo que se hace, es solo por el presente, y medidas de esta naturaleza le serian muy difíciles á un gobierno, salvo que fuera sostenido por las masas. La obstinada resolucion de una mujer como Isabel, la reina de Inglaterra, seria necesaria para semejante propósito. Ella, nos dicen, hizo que todos los caballos feos y defectuosos, se matasen, con el fin de mejorar la cría. El plan tuvo éxito, pero los beneficios se vinieron á cosechar en la tercera generacion.

Al sonar las ocho, y al comenzar á evolucionar las ruedas de nuestro vapor, los corteces generales que estaban en tierra, nos dieron tres vivas. Despues, en medio del estallido del cañon y el

sonido del himno nacional, que anunciaba al pueblo que era el cumpleaños del Emperador, abandonamos á todo vuelo la ciudad de Zara. Era un espectáculo imponente, y ese sentimiento de orgullo nacional se despertó fuertemente en nosotros. La idea nos parecia grandiosa, de que semejante dia se celebrase desde el punto mas nevado de la Gallicia, hasta las regiones mas léjanas de la Dalmacia.

Desgraciadamente la mañana estaba bastante nublada; sin embargo, á gran fortuna de los malos marineros, el mar estaba muy tranquilo.

Pasamos la mañana parte sobre la cubierta, y parte en el camarote, al que nos vimos reducidos por una lluvia desagradable que empapó la cubierta completamente.

Escribimos nuestros diarios, discutimos la política; pasatiempo que generalmente lo promovia el conde C.,—y de ese modo matamos algunas horas alegremente. Cuando mas tarde subimos sobre cubierta, no obstante el mal tiempo, presenciamos un espectáculo que vino á causar un disgusto general.

Navegábamos ya á alguna distancia de tierra, cuando repentinamente pasó volando arriba de

nosotros un pobre pajarito pechicolorado: iba muy asustado. Buscaba con anhelo un lugar donde dar descanso á sus fatigadas alas; mas sin embargo, apénas se paraba en uno de los obenques, cuando se echaba á volar de nuevo, alarmado por objetos desconocidos para él. Volverse á tierra firme le era imposible; se habia aventurado demasiado lejos en las traicioneras aguas. Varias veces le perdimos enteramente de vista, y á poco se volvia aparecer casi cayéndose de fatiga. Al fin se desapareció completamente, y la probabilidad es que pereció en lás olas. Esto me traia á la memoria, de una manera tan marcada, la introduccion al "Fausto de Lenau;" el gran poeta describe este cuadro con un sentimiento y una tristeza tan profunda! De buena gana hubiéramos salvado al pobre animalito, pero no era posible alcanzarle.

Hácia la hora de comer, afortunadamente el tiempo se compuso, y pudimos celebrar este fausto dia hasta donde nos alcanzó el ingenio. Hicimos que nos sirviesen la comida sobre cubierta, la que estaba adornada "ad hoc," y nos sentamos á la mesa, de riguroso uniforme. El capitan mandó que se cargasen los cañones de grueso calibre, para que el estruendo fuese oido á traves de los mares austriacos, al momento en que se

propusiese un bríndis. Las últimas botellas del buen vino fueron traidas de la bodega, pues con esta provision de boca nos habiamos propasado. Hoy, sin embargo, todo debia ser de lo mejor, pues no tan sol o era el santo de nuestro emperador, sino tambi en el último dia de nuestro delicioso viaje, debido á la bondad de este monarca.

Habiamos convidado á todos los oficiales del buque, y á las cinco nos reunimos. Las espesas nubes que por la mañana habian nublado el cielo, se habian dispersado por el hermoso horizonte de Austria; todos estab an con un humor alegre y jovial. Aun mi hermano, el que, gracias á Dios se habia salvado de una fiebre violenta, y el pobre capitan, que tambien habia estado enfermo desde hacia algunos dias, se presentaron. Nadie queria estar ausente en este dia.

A la mitad de la comida, todos nos pusimos en pié; los marineros treparon la jarcia; y á esto propuse un bríndis de corazon á la salud del Emperador. Los vivas resonaron por todo el buque, estalló el cañon, y al mismo tiempo la niebla, que hasta entónces habia oscurecido el horizonte, se disipó; salió el sol brillante refleján-

dose en el trasparente y cristalino mar. El cielo y la tierra brillaban con explendor; el agua, el ambiente y los últimos rayos del poniente sol, relucian en nuestras copas de cristal: todo contribuia á celebrar este dia.

Brindis, tras brindis se siguió, sin dejar de estar mezclados con alguna tristeza, cuando pensabamos que por última vez estabamos reunidos en derredor de la festiva mesa del caro "Vulcano." A cada nuevo "vivas" teniamos la contestacion eco de los marineros que estaban en la jarcia, hasta que tambien á ellos les llegó su turno, cuando fueron igualmente obsequiados con vino. El generoso néctar no dejó de producir sus regulares efectos. Desde el mas alto, hasta el mas bajo, todos estaban de buen humor, como era regular en semejante dia.

Aunque veniamos de regiones que estaban mas al Sur, y por lo tanto nos encontrabamos mas suceptibles al frio, sin embargo, nos quedamos sobre cubierta por la noche hasta muy tarde. Ya se habia oscurecido enteramente y todavia se apercibia el sonido del himno nacional que cantaban en italiano los alegres agradecidos marineros. Despues de que se hubieron cantado algunas canciones mas, todos nos reti-

ramos á costar, era la última noche que teinamos que estar juntos á bordo de "Vulcano." Que placer sentia al pensar que nuestra última noche se habia pasado tan feliz y tan agradablemente!

FIN.

INDICE.

FE DE ERRATAS.

Pág.	Líneas.	Dice.	Léase.
5	1	Jablonowsty	Joblonowsky
5	6	Corbeta	Corvéta.
6	1	arrebatada	arrebata
6	11	parduzcas	parduscas
10	4	Italia?	Italia!
10	26	Wellinton	Wellington
12	19	inherentes	interesantes
15	12	buso	buzo
17	27	Amilrar	Al mirar
20	7	os	es
23	10	nobes	nobles
23	22	emchones	mechones
33	4	empzase	empezase
40	8	varipo	varias
43	10	parte	porte
54	22	ubierto	cubierto
54	25	relenas	rellenas
56	15	gias	guías
63	19	de	la
66	14	correspodia	correspondia

FE DE ERRATAS.

Pág.	Líneas.	Dice.	Léase.
74	25	Htelicon	Helicon
79	4	3.000,000	300,000
81	19	peligroso	pedregoso
82	12	"King Charles"	perro "King Charles"
92	8	Estabamas	Estáabrmos
94	12	glesias	iglesias
121	1	Hadia	Habia
121	2	en idea	en la idea
122	5	igero	ligero
137	15	camontonaban	amontonaban
161	13	iios	friios
172	23	panalones	pantalones
173	27	mucho y habia	y habia mucho de
217	2	champwn	champoon
217	22	ejerciaio	ejercicio
223	7	nuessro	nuestro
233	17	estrépita	estrepitosa
237	25	huesito	huecesito
261	4	espírituinglés	espíritu inglés



